

Parece que él mismo está
Retratándose á si mismo.

IDOLATRÍA.

¿Quién viene en él colocado?

INGA.

Si de sus señas me acuerdo,
Aquel afligido jóven
Que vi entre pieles cubierto,
Ricamento ataviado
De ropas, corona y cetro,
Me parece.

IDOLATRÍA.

Oye sus triunfos,
Pues oiste sus lamentos.

EL JÓVEN.

Generosos peruanos,
Cuya fe, piedad y celo
En la adoracion del Sol
Logra hoy sus merecimientos:
Albricias, que ya ha llegado
El felice cumplimiento
De aquellas ya confundidas
Noticias que dejó un tiempo
En la primitiva edad
De vuestros padres y abuelos
Un Tomé ó Tomás sembradas
En todo el Perú, diciendo
Que en los brazos de la aurora
Mas pura, el Hijo heredero
Del gran Dios habia venido,
Luz de luz, al universo.
Pero aunque dijo que habia
Venido, habeis de entenderlo
Como invisible Criador
De todos los elementos,
Hombres, fieras, peces y aves;
Pero no en alma y en cuerpo,
Como mi padre me envia
Hoy á ser monarca vuestro.
Si me recibis, veréis
Que deste monte descendiendo
A vivir entre vosotros,
Regiros y manteneros
En ley, en paz y en justicia;
Y si no, á su trono excelso
Con él me volveré, donde
Ofendido en mi desprecio,
Os amenazan sus rayos,
Sus relámpagos y truenos.

ESCENA XXI.

INDIOS Y MÚSICA, dentro. — DICHOS.

INDIOS. (Dentro.)

Desciende, señor, desciende,
Pues te aclamamos, diciendo...

MÚSICA. (Dentro.)

Sea bien venido
En jóven tan bello
El hijo del Sol,
Para ser rey nuestro.

EL JÓVEN

Ya voy á vosotros,
Pues que voy oyendo...

MÚSICA Y TODOS. (Dentro.)

Sea bien venido, etc.
(Desaparecen, el sol por lo alto, y por
lo bajo el trono.)

ESCENA XXII.

LA IDOLATRÍA, EL INGA.

INGA.

Aun no lo he entendido.

IDOLATRÍA.

Ahora

Lo entenderás: oye atento.
Manco-Cápac, rico y noble

Cacique, fué á quien el cielo
Dotó, entre otras naturales
Prendas, de sutil ingenio.
Este, maquinando (el día
Que su bella esposa un tierno
Infante dió á luz) cómo
Lograria verle dueño
Del imperio del Perú,
Me consultó su deseo,
Como deidad á quien toca
(Ya te lo dije primero)
La adoracion del Sol. Yo,
Hallando el camino abierto
Para que creciese el culto
Con el agradecimiento,
Le dije que, publicando
Que el infante se habia muerto,
Con secreto le criase;
Y él lo hizo con tal secreto,
Que aun la nutriz que encerró
Con él, yace muerta ahí dentro.

Mientras el jóven crecía,
Tambien le di por consejo
Que publicase que el Sol
Le habia revelado en sueños
Que presto enviaria á su hijo
A dominar sus imperios;
Y como esta voz corria
Sobre aquellos fundamentos,
Que arruinados del olvido
Los fabricaba el acuerdo,
Equivocando verdades
A sombra de fingimientos,
Andaba el vulgo ni bien
Dudando ni bien creyendo,
Hasta que á determinado
Día convocó los pueblos,
Para que ocurriesen todos
A recibirle; y habiendo
Con mi arte y con su industria,
Como has visto, en lo supremo
Del monte fingido rayos,
Pudo hacer que sus reflejos,
Desmintiendo lo distante,
Acreditasen lo excelso:
De suerte que deste engaño
Desciendes; y aunque en quinientos
Años de la inmemorial
Posesion, ya es tuyo el reino,
Pues no hay ninguno que no
Se introdujese violento;
Con todo eso, el día que impidas,
U otro por ti, los decretos
Que en nombre del Sol disponen
Sus oráculos, es cierto
Que no habiendo conseguido
El que vayan en aumento,
Me he de vengar; y así, teme
Mis sañas, pues ves que puedo
En desagravios del Sol
Desvanecer tus trofeos,
Pompa y majestad, bien como
Ves que yo me desvanezco.

(Desaparece.)

INGA.

Oye, aguarda, escucha, espera.

ESCENA XXIII.

INDIOS Y YUPANGUÍ. — EL INGA.

INDIOS. (Dentro.)

Allí se oye, llegad presto.

INGA.

¿Qué es lo que por mí ha pasado?
(Salen varios indios y Yupanguí.)

TODOS.

¿Qué es esto, señor, qué es esto?

INGA.

No sé, no sé. Cinco siglos
He vivido en un momento,

Retrocediendo los años,
Y lo que he sacado dellos
Es que el Sol por mí no pierda
Sus cultos: y así, el precepto
Que te di, Yupanguí, no
Le ejecutes, ni por pienso.
Muera esa beldad y viva
Tu rey.

YUPANGUÍ. (Ap.)

¿Quién crerá que al tiempo

Que siento el mandar que viva,
El mandar que muera siento?
Pero nada me acobarde.
En que viva me resuelvo,
Y enojese ó no se enoje
El Sol, pues es tan severo
Dios; que en su culto nos manda
Contra el natural derecho,
Que mueran otros por él,
No habiendo él por otros muerto.

(Vase.)

JORNADA SEGUNDA.

Arboleda lindante con los muros del Cuzco.

ESCENA PRIMERA.

INDIOS Y ESPAÑOLES; despues,
TUCAPEL.

(Dentro cajas y trompetas.)

INDIOS. (Dentro.)

¡Arma, arma!

ESPAÑOLES. (Dentro.)

¡Guerra, guerra!

INDIOS. (Dentro.)

Caciques, á la muralla.

ESPAÑOLES. (Dentro.)

A la muralla, españoles.

INDIOS. (Dentro.)

¡Guerra, guerra!

ESPAÑOLES. (Dentro.)

¡Al arma, al arma!

(Sale Tucapel huyendo.)

TUCAPEL.

Si no hubiera un coronista
Que huyera de las batallas,
No hubiera cómo saberlas,
No habiendo cómo contarlas;
Y pues este es el papel
Que me toca, mientras andan
Allá como suelen, yo
Escondido entre estas ramas,
Tambien, como suelo, tengo
De estar á ver en qué para
El trance de hoy; que hasta ahora
Solo dicen voces altas...

UNOS. (Dentro.)

¡Arma, arma!

(Las cajas.)

OTROS. (Dentro.)

¡Guerra, guerra!

UNOS. (Dentro.)

¡Viva el Perú!

OTROS. (Dentro.)

¡Viva España!

TUCAPEL.

¡Oh si el señor Sol quisiera
Que sus paisanos lograsen
La victoria, y yo el deseo
De poder irme á mi casa!
No tanto porque en la propia
Bien un marido descansa,
Cuanto por hacerme el gusto
De hacerle disgusto á Glauca;
Pues desde que el español,

Cautivándome en mi patria,
 Conmigo, sin saber cómo,
 Dió en unas tierras extrañas,
 Donde su lenguaje y mio
 Hicieron tal mescolanza,
 Que ya ni es mio ni suyo,
 Bien que hasta entendernos basta;
 Y desde que, pertrechados
 De gente, bajeles y armas,
 Volvieron él y los suyos
 A navegar á estas playas,
 De donde tomando tierra,
 Han talado las campañas
 Que hay desde el Callao al Cuzco,
 Cuya gran corte hoy asaltan;

(Dentro las cajas.)

Nunca me han dado lugar
 De escaparme, por dos causas:
 Una, servirles de guía
 Para ir salvando sus marchas
 De pantanos y lagunas;
 Y otra, que á decir no vaya
 Cuán faltos de municiones
 Y de viveres se hallan:
 Y así, por ambos pretextos
 Con tal cuidado me guardan,
 Que al que desmandarme viere,
 Que me dé la muerte mandan:
 Con que me es fuerza esperar
 Día en que huyendo les hagan
 Volverse al mar. Mas no creo
 Que hoy sea el desta esperanza,
 Pues entre las confusiones
 Que solo repiten varias...

(Las cajas dentro.)

TODOS. (Dentro.)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

TUCAPEL.

Lo que desde aquí se alcanza,
 Es, que aunque las eminencias
 De la ciudad coronadas
 De Indios están, no por eso
 Los españoles desmayan,
 Por mas que de sus almenas
 No solamente disparan
 Diluvios de flechas, pero
 De los peñascos que arrancan,
 Despedazados los montes,
 Rodando sobre ellos bajan.
 Alguno lo diga, pues
 Caen de la escala mas alta,
 Diciendo...

ESCENA II.

Dentro suena ruido de armas, cajas y trompetas, y sale PIZARRO cayendo, con espada y rodela; despues, ALMAGRO, CANDIA Y ESPAÑOLES. — TUCAPEL.

PIZARRO.

¡Virgen María!

Vuestra gran piedad me valga.

ALMAGRO. (Dentro.)

Acudid á retirarle:

No consigan la alabanza

Estos bárbaros de que

Ni aun muerto pudo su saña

Triunfar dél.

(Salen Candia, Almagro y españoles, y Pizarro se levanta muy en sí.)

CANDIA Y ALMAGRO.

¡Pizarro!

PIZARRO

¡Amigos!

LOS DOS.

¿Qué desdicha es esta?

PIZARRO.

Nada.

TUCAPEL.

Pues no enterreis al mozo, Luis Qui-
 jjada.

PIZARRO.

Esta fué una bagatela:
 Volvamos á la batalla.

CANDIA.

¿Cómo es posible que el golpe
 De la peña y la distancia
 Del precipicio te deje
 Con la vida?

PIZARRO.

¿Qué os espanta,

Si quien invoca á María
 Aun de mas riesgos se salva,
 Mostrando su piedad (puesto
 Que en el Peru nos ampara,
 Repitiendo los favores
 Que nos hizo en Nueva-España)
 Cuánto de aquestas conquististas
 Se da por servida, á causa
 De que mejor sol se adore
 En brazos de mejor alba?
 Y pues conserva mi vida
 Para que vuelva á emplearla
 En su servicio, ea, amigos,
 Volvamos á las escalas;
 Que hoy en la corte del Cuzco
 Hemos de entrar, si esa valla
 Primera rompemos, ántes
 Que á socorrerla mañana,
 Segun dicen las espías,
 En persona llegue el Guáscar
 Con inmensas gentes.

ALMAGRO.

¿Quién

Lo duda, si en esperanza
 De propagacion de fe
 Y honor de María, se ensalzan
 La invocacion de su nombre
 En tí, y en Pedro de Candia
 La exaltacion de la Cruz,
 Pues vemos que en las montañas,
 Como á árbol prodigioso
 Que vence fieras, la exaltan
 Ya infinitos indios?

PIZARRO.

Pues

Con estas dos confianzas,
 ¿Qué hay que temer? Ea, españoles,
 Al arma otra vez.
 (Vanse los tres, y los demas españoles,
 y tocan cajas.)

ESCENA III.

INDIOS; y despues, ESPAÑOLES, dentro. —

TUCAPEL.

INDIOS. (Dentro.)

¡Al arma

Otra vez, fuertes caciques!

OTROS. (Dentro.)

¡Viva el Perú!

ESPAÑOLES. (Dentro.)

¡Viva España!

TODOS.

¡Arma, arma! ¡guerra, guerra!

TUCAPEL.

Pues nunca en estas andancias

Están bien los coronistas

Donde las flechas alcanzan,

¿Qué haré yo de mí, y mas viendo

Que embisten con furia tanta,

Que habré de llorar mi ruina

Si ellos su victoria cantan,

Pues en venciendo me quedo

En mi patria sin mi patria,

Y si quiero irme, á peligro

Es de la vida? ¡Oh mal haya

Aquella sacerdotisa,

Pues por volver á buscarla
 Con Yupangui, á mi me toca
 Todo el daño! Y pues de nada
 Ella se duele, ¡oh si hallase,
 De cuantos demonios hablan
 En nuestros idolos, uno
 Que á costa de vida y alma
 Me diga lo que he de hacer!

ESCENA IV.

LA IDOLATRÍA despues, INDIOS Y ESPAÑOLES, dentro. — TUCAPEL.

IDOLATRÍA.

(Ap. Si habrá, pues que tú le llamas;
 Que esa es la razon con que
 Dios la cadena me alarga.)
 Vente, Tucapel, conmigo;
 Que yo te pondré en tu casa.
 (Ap. Por lo que en ella me importas
 Para que vuelva á sus aras
 La hurtada victima al Sol.)

TUCAPEL.

¿Quién eres tú que me agarras
 Sin que te vea?

IDOLATRÍA.

Quien puede

(Abreviando las distancias
 Que hay desde el Cuzco á tu tierra,
 Valle de Copacavana)
 Llevarte sin que te vean
 Las mas vigilantes guardas,
 Solo á precio de que tú
 Por mí en el camino hagas
 Primero la diligencia
 Que te dictaren mis ansias.

TUCAPEL.

Si tienes tanto poder,
 ¿Cómo no la haces tú, y tratas
 De que un hombre la haga?

IDOLATRÍA.

Como

No puedo yo cara á cara
 Oponerme á quien me opongo,
 Y así, es fuerza que me valga
 Del hombre. (Ap. Que él, poseido
 De mí, dándome la entrada,
 Basta á cometer delitos
 A que el demonio no basta.)

TUCAPEL.

¿Y cómo ha de ser el irme?

IDOLATRÍA.

Prestándote yo mis alas.

TUCAPEL.

¿De qué suerte?

IDOLATRÍA.

Desta suerte. —

Ministros en quien entabla

Su imperio la Idolatria,

Dad al viento mi esperanza.

TUCAPEL.

¿Pues soy tu esperanza yo?

IDOLATRÍA.

Eres quien ha de lograrla,

(Desaparece Tucapel.)

Pues revestido en tí el fiero

Espiritu de mi rabia,

Tuyas han de ser las voces,

Pero mias las palabras,

Cuando diciendo su efecto

El trance desta batalla,

Digan el suyo mis iras;

Y hasta entonces, en dos varias

Partes suene el eco, aqui

Diciendo unos...

(Las cajas á rebato.)

ESPAÑOLES. (Dentro.)

¡Arma, arma!

IDOLATRÍA.

Y allí repitiendo otros...
(*Suena otra caja á lo léjos á marchar.*)

INDIOS. (*Dentro.*)

Alto, y pase la palabra.

IDOLATRÍA.

Con que á un mismo tiempo yo,
Entre horrores y venganzas,
Entre escándalos y estruendos,
Diré influyendo en entrambas...

ESPAÑOLES. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

INDIOS. (*Dentro.*)

Alto, y pase la palabra.

(*Vase la Idolatría.*)

ESCENA V.

*Suena la marcha, y sale EL INGA con
INDIOS, armados á su modo, y EL
SACERDOTE; despues, YUPANGUÍ.*

INGA.

Supuesto que ya la noche
Cubierta de sombras pardas
Nos va retirando el día,
De aqueste monte en la falda
Podrá restaurar la gente
Las fatigas de la marcha,
Para que con nuevo aliento
Al amanecer mañana
Demos vista á la ciudad,
Llamando á campal batalla
A sus sitiadores, ya
Que el socorrerla y librarla
A que yo en persona venga
Me obliga.

(*Sale Yupanguí.*)

YUPANGUÍ.

Dame tus plantas.

INGA.

¡Oh Yupanguí! bien venido
Seas.

YUPANGUÍ.

Quien llega á besarlas,
Fuerza es serlo.

INGA.

¿Qué responde

Atabaliba?

YUPANGUÍ.

La fama

Le tenia ya informado
Desta prodigiosa entrada
Que han hecho los españoles,
Y ántes de oír tu embajada,
Dijo que él mismo vendría
A darte auxiliares armas.

INGA.

¡Con qué vergüenza lo escucho,
Ofendido de que hayan
Cuatro desnudos, descalzos
Y hambrientos hombres, en tanta
Confusion puesto mis gentes,
Que sea fuerza que me valga
De mi hermano y mi enemigo,
Solo en fe de la ventaja
Que artificiales sus rayos
Llevan á nuestras aljabas!
En llegando á ponderar
Que en una y otra campaña,
Si se contara la gente,
Mas de mil indios se hallaran
Para cada español, pierdo
El juicio, la vida, el alma,
Y no sé...— Dejadme solo,
Idos todos; que se arranca
El corazon, y no quiero
Que nadie me vea en la cara

El semblante de la ira
Sin ver el de la venganza.

YUPANGUÍ. (*Ap. al Sacerdote.*)

¿Qué extraño furor es este
Que su sentido arrebató?

SACERDOTE.

No sé mas de que estos días
Le aflige.

INGA.

Tú no te vayas,

Yupanguí.

YUPANGUÍ.

Siempre yo estoy

Atento á ver lo que mandas.

(*Vanse los indios y el Sacerdote.*)

ESCENA VI.

EL INGA, YUPANGUÍ.

INGA.

Oye, pues solo contigo
Pueden descansar mis ansias.
Desde el día; ay infelice!
Que te mandé que libraras
Aquella sacerdotisa,
Todo es para mi desgracias,
Sin que el mandarte despues
Que en su suerte la dejaras,
Basta á que el Sol me remita
De aquella primera instancia
La culpa, pues en castigo
Trae contra mi tan extrañas
Gentes, como si el faltar
Despues fuese por mi causa.

YUPANGUÍ.

Ya que el querer impedir
Un sacrificio le agravia,
¿Por qué no mandas que otro
Igual á aquel satisfaga
Sus sentimientos?

INGA.

Porqué

Cuando lo intento, declaran
Los sacerdotes del Sol
Que sus sacros ritos mandan
Que en echándose una vez
La suerte, porque no haya
Favor ó pasion que excuse
Aquella sobre quien caiga,
No pueda hasta que ella misma
Sea la sacrificada,
Echarse otra suerte. Y esto
Dejado á sus observancias,
¿Cómo pudo una mujer
Intentar fuga tan ardua?

YUPANGUÍ.

Si es fácil amar, señor,
Dos á una hermosa rara,
Y fácil dar en un mismo
Pensamiento dos que aman,
¿Qué admiras que otro intentase
Lo mismo, y que?...

INGA.

Calla, calla;

Que son mucho mal los celos,
Para que el desdeñen les haga
De acuarillarlos con otros
Cuando ellos á matar bastan...
Mas ¿qué digo? En mi no hay celos.

YUPANGUÍ.

¿Por qué?

INGA.

Por la confianza

De que aqui no hubo segundo
Amante.

YUPANGUÍ.

¿De qué lo sacas?

INGA.

Si soberana deidad
Tanto mi vida amenaza,

Que no ménos que de siglos
Alimentó mi mudanza,
¿Cómo habia de dejar,
Siendo deidad soberana,
Sin temor á otro?

YUPANGUÍ.

Bien dices.

(*Ap. Quédese con su ignorancia;
Que á mi me está bien que nunca
En que hubo otro amante caiga.*)
Es sin duda que ella, ó mal
Conforme ó desesperada,
Del templo se huyó.

INGA.

El asombro

No es ese, sino que haya
Ocultádose de suerte
Que diligencias tan varias
No la hayan hallado. ¿Cuál
Será el centro que la guarda?

YUPANGUÍ.

Eso es lo que yo no puedo
Decir. (*Ap. Ay Guacolda amada!*
¿Y cómo que es verdad! pues
No puede decir quien te ama
Ni el villaje que te esconde,
Ni el traje que te disfrazo.)

INGA.

Supuesto que en que parezca
Estriban las esperanzas
De que el Sol se desenoje
Para que venzan mis armas,
Ya que todos por vencidos
Se dan de que no la hallan,
Haz tú por mi la fineza
De ser quien ponga en buscarla
Desde hoy nuevos medios.

YUPANGUÍ.

Yo

Te doy, señor, la palabra,
En habiéndote asistido
En la faccion de mañana
(Que no es bien desparecerme
Vispera de una batalla),
De ir á buscarla con tal
Deseo, cuidado y ansia,
Que ni descansa ni duerma
Ni sosiegue hasta encontrarla.
Y así, si me echares ménos,
No preguntes por mí, á causa
De que en busca de Guacolda
Estoy.

INGA.

Otra vez me abraza;
Que bien de tí esa fineza
Fio.

YUPANGUÍ.

Cree que he de hallarla,
Aunque sus recatos digan...

ESCENA VII.

INDIOS; y despues, EL SACERDOTE
Y TUCAPEL.— DICHOS.

INDIOS. (*Dentro.*)

Sepúltennos las entrañas
De los montes, pues nos echa
De las suyas nuestra patria.

INGA.

¿Qué confusas voces son
Las que parece que hablan
En nombre suyo? pues dicen...

INDIOS. (*Dentro.*)

Sean tumbas las montañas,
Que ántes nos entieren vivos
Que esclavos.

INGA.

¡Ah de la guardia!

¿Qué voces aquestas son?

(*Salen el Sacerdote é indios.*)

SACERDOTE.

De tropas que desmandadas,
Con sus mujeres é hijos
Y ancianos, en mil escuadras
Huyendo á ampararse vienen
De los montes.

INGA.

¿Pues qué causa
Puede obligarles á tanto
Desórden?

(Sale Tucapel.)

TUCAPEL.

Oye y sabrásla.

INGA.

Sin duda traes malas nuevas,
Pues á todos te adelantas.
¿Quién eres?

TUCAPEL.

El indio soy

Que cautivó en esa playa
Aquél primero español
Que en ellas puso las plantas:
Con él fui, y volví con él
Sin poderme librar hasta
Que la confusion de hoy
Me ha dado la puerta franca;
Pues habiendo la ciudad
Entrado á fuerza de armas
Los españoles, en tanto
Que hidrópicamente apagan
En su saco las dos sedes
De riquezas y viandas;
En tanto que por salvar
Las vidas, la desamparan
Sus naturales, dejando
Bienes, familias y casas,
Sin poner en mas la mira
Que en el celo con que sacan
Los idolos de los templos,
A fin de que sus estatuas
Sin ultraje se retiren
En la custodia y la guarda
Del mayor adoratorio
Del Sol, que es Copacavana;
En fin, en la confusion
De hoy logrando mi esperanza,
Vengo sin que lo veloz
Sea en fe de traer las malas
Nuevas, que quizá podrá
Hacer buenas una traza,
Con que pérdida tan grande
Se trueque en mayor ganancia.
Los mas principales cabos
Desa española canalla
Con los mas soldados suyos
Se alojan en ese alcázar
De los Ingas: este tiene
Al reparo de las aguas
Que suelen de la ciudad
Inundar calles y plazas,
Entre otras muchas surtidas,
Una mina que desagua
Cerca de aquí, cuya boca
Es preciso que ignorada
De hombres tan recién venidos,
Esté á estas horas sin guardas;
Y si por ella, eligiendo
El cabo de mayor fama,
Hicieses que con la gente
Tambien de mas importancia,
La mina entrase llevando
Seca fagina á la espalda
Y oculto fuego, no dudes
Que si por el pié la llama
Prende una vez, vuela todo,
Pues su arquitectura rara
Toda es preciosas maderas;
Y mas si á este tiempo mandas
Que se inficionen las flechas,
En vez de nocivas plantas,
De embreadas cuerdas que

Entre piedra y pluma, al asta
Pendientes, el aire corten,
Y medida la distancia
Por elevacion, hicieses
Darlas fuego al dispararlas;
Siendo como son los techos
Solamente de enea y paja,
Será fuerza que volando
En cada saeta una ascua,
Sean tambien rayos nuevos
Adonde quiera que caigan.
Y pues á darte este aviso
Y este arbitrio me adelanta
Quizá alto espíritu que
La voz mueve, el pecho inflama,
No le desdesenes, creyendo
Que no te habla quien habla,
Pues aunque son mias las voces,
No son mias las palabras. (Vase.)

ESCENA VIII.

EL INGA, YUPANGUÍ, EL SACERDOTE, INDIOS.

INGA.

Oye, espera.— Detenedle.

SACERDOTE.

Si aun el viento no le alcanza,
No es posible.

INGA.

Yupanguí,

Bien este aviso declara,
Pues por sendas nos le envía
Tan nuevas y tan extrañas,
Que ya el Sol se desenoja:
Y pues empresa tan alta
Parece que para ti
La tuvo el cielo guardada,
Pues esperó á que vinieses
Para haber de ejecutarla,
De toda esa gente escoge
La de mayor confianza,
Y á ejecutar la sorpresa
Parte; que en tu retaguardia,
Porque en todo trances tengas
Segura la retirada,
Con todo el grueso iré yo
Guardándote las espaldas.

YUPANGUÍ.

Por tanto honor tus piés beso;
Que en la guerra cosa es clara
Que no sirve el que obedece
Tanto como honra el que manda.
A obedecerte voy. (Ap. Bien
Que con temor de que vaya
Tucapel donde Guacolda
Está en la choza de Glauca.
¡Oh quiera amor que sin verla
Se oculte!) (Vase.)

ESCENA IX.

EL INGA, EL SACERDOTE, INDIOS.

INGA.

Sin tocar arma

Marche el ejército en mudo
Silencio.—No, deidad sacra,
Pues no proseguí en mi afecto,
Prosigas en tu venganza;
Que cuando me desengañen
Ilusiones y fantasmas
No ser mi natural padre,
Al fin no me desengañan
No ser mi natural dios;
Y de un dios ser hijo basta
Adoptivo, para ser
Del mundo el mayor monarca.—
Marche el campo en tal silencio,
Que aun la sordina bastarda
No dé el órden.

(Vase.)

Sala en un palacio del Cuzco.

ESCENA X.

PIZARRO, ALMAGRO, CANDIA;
despues, ESPAÑOLES.

ALMAGRO.

Pues ya quedan
Las centinelas dobladas,
Bien puedes, lo que á la noche
Resta, dormir.

PIZARRO.

Vigilancias

De un heróico pecho, mientras
Ménos duermen, mas descansan.
No solo al sueño¹ he de dar
El tributo desta humana
Propension, pero escribiendo
Lo que de la noche falta
He de estar, porque es forzoso
Que de tan gloriosa hazaña
Como hoy hemos conseguido,
Lleguen las nuevas á España,
Y sepan dos majestades,
Cárlos que en Yuste descansa,
Y Felipe que en su nombre
Reina, que ya es bien que añadan
A los coronados timbres
De sus católicas armas
Las columnas del Perú,
Que fijas sobre las aguas,
Como el *plus ultra* al *non ultra*
Las de Hércules aventajan.

CANDIA.

En tanto que desvelado
Tú en eso la noche pasas,
Almagro y yo rondaremos
Con divididas escuadras
El palacio.

ALMAGRO.

Y no será

Fineza; que su dorada
Riqueza y sumas grandezas,
Aun mas deleitan que cansan.

(Vase cada uno por su puerta.)

PIZARRO. (Llamando.)

Traedme aquí la escribanía
Y el bufete.— Esté la carta
Escrita, porque con ella
Fernando mi hermano parta
Al punto que...

ESPAÑOLES. (Dentro.)

¡Fuego, fuego!

PIZARRO.

Mas ¿quién en confusion tanta
Ciudad y palacio pone?
Iré á ver de qué se causa.

ESCENA XI.

CANDIA; despues, ALMAGRO.
— PIZARRO, ESPAÑOLES.

CANDIA.

¿De qué ha de causarse, si es
Un volcan todo el alcázar,
Que del centro de la tierra
Humo aborta y fuego exhala?
De sus bóvedas empieza,
Y es que sin duda minadas
Los bárbaros las tenían.

PIZARRO.

Acudamos á atajarlas.

CANDIA.

Por aquí será imposible,
Porque el incendio tomadas
Tiene esas puertas.

¹ No solo *no* he de dar al sueño, etc.

PIZARRO.

Pues vamos

Por estotra parte.

(Sale Almagro.)

ALMAGRO.

Aguarda;

Que no solo...

ESPAÑOLES. (Dentro.)

¡Fuego, fuego!

ALMAGRO.

La salida el fuego ataja,
Pero de un incendio en otro
Irás á dar cuando salgás.
Encendidas flechas tanto
Del aire la esfera abrasan,
Que vagas exhalaciones,
Puntas haciendo en su estancia,
Neblias de fuego suben
Y sacres de fuego bajan
A hacer la presa.

CANDIA.

Perdidos

Somos, pues no hay quien nos valga,
Cuando en toda la ciudad
Comun el incendio clama...

UNO. (Dentro.)

¡Que me abraso!

OTROS. (Dentro.)

¡Que me quemó!

UNOS. (Dentro.)

¡Virgen pura...

OTROS. (Dentro.)

Madre intacta...

UNOS. (Dentro.)

Inmaculada María...

OTROS. (Dentro.)

María llena de gracia!

TODOS. (Dentro.)

¡Favor, piedad!

PIZARRO.

¡Oh españoles!

¡Qué bien vuestra fe declara
Que ella es sola en las tormentas
Cabo de Buena Esperanza!
A morir iré con todos,
Porque con todos añadan
Mis voces la aclamacion.

CANDIA.

Ya que la muerte nos halla,
Sea con su dulce nombre
En los labios.

LOS TRES; Y OTROS. (Dentro.)

Madre intacta,

Inmaculada María,

¡Favor, piedad!

(Vanse.)

Vista exterior del Cuzco.

ESCENA XII.

EL INGA. YUPANGUÍ, EL SACERDOTE, INDIOS.

INGA.

Pues lograda

Tan felizmente la accion
Dejas, para que no haya
Tan generosa osadía,
Que española salamandra
Se atreva á salir del fuego,
Toda la ciudad sitiada
Tened, y dé en nuestras flechas
Quien saliere de sus llamas.

YUPANGUÍ.

¡Quién ha de salir, no habiendo

Atomo que no sea brasa,
Y ya los gemidos suenan
En voces tan desmayadas,
Que apenas se oyen ó escuchan?

ESCENA XIII.

Dentro, á lo léjos y en voces bajas, PIZARRO, ALMAGRO, CANDIA, ESPAÑOLES; despues, MÚSICA. — DICHOS.

PIZARRO. (Dentro.)

Hija elegida sin mancha,
Del Padre...

CANDIA. (Dentro.)

Madre del Hijo,
Doncella y fecunda...

ALMAGRO. (Dentro.)

Casta
Virgen, esposa de Santo
Espiritu...

PIZARRO. (Dentro.)

Tú nos salva.

CANDIA Y ALMAGRO. (Dentro.)

Tú nos favorece.

ESPAÑOLES. (Dentro.)

Tú

Nos socorre y nos ampara.

INGA.

¡Quién será esta á quien invocan?

YUPANGUÍ.

Quien no les responde.

INGA.

Calla,

Y volvamos á escuchar,
Pues tan bien suenan sus ansias.
(Se oye música celeste en los aires.)

MÚSICA.

El que pone en María
Las esperanzas,
De mayores incendios
No solo salva
Riesgos de la vida,
Pero del alma.

YUPANGUÍ.

¡Qué es esto? Tristes lamentos
De un instante en otro pasan
A ser dulces armonías
De sonoras voces blandas.

ESCENA XIV.

Suenan chirimías, y baja de lo alto una nube en forma de trono, con varios SERAFINES, Y DOS ÁNGELES que traen la imagen de Nuestra Señora de Copacavana, con el Niño en las manos; y al tiempo que empieza á descubrirse, y todo lo que dura el paso hasta desaparecerse, estará nevando la nube. — EL INGA, YUPANGUÍ, EL SACERDOTE, INDIOS, MÚSICA.

INGA.

No es eso, no es eso solo
Lo que admira y lo que pasma,
Pues del oido á la vista
El prodigio se adelanta.
¡No ves, no ves que los cielos
Sus azules velos rasgan,
Y dellos luciente nube
Sobre todo el fuego baja
Lloviendo copos de nieve
Y rocío, con que apaga
Su actividad?

YUPANGUÍ.

Y aun mas veo;

Pues veo que la nube, basa
(Guarnecida á listas de oro
Y tornasoles de nácar)
Es de una hermosa mujer,
Que de estrellas coronada
Trae el sol sobre los hombros,
Y trae la luna á sus plantas.
Hermoso niño en sus brazos
Trae tambien. ¡Quién vió que nazca
Mejor sol á media noche,
A quien con voces mas claras
Hijo de mejor aurora
Mejores pájaros cantan?

MÚSICA.

El que pone en María
Las esperanzas,
De mayores incendios
No solo salva
Riesgos de la vida,
Pero del alma.

INGA.

Verla intento; pero apenas
A ella los ojos levanta
La vista, cuando un rocío
Me ciega.

SACERDOTE.

A todos nos pasa
Lo mismo; que un suave polvo
De menuda arena blanca,
Ciegos nos deja.

UNOS.

¡Qué asombro!

OTROS.

¡Qué maravilla!
(Tropiezan unos con otros, como ciegos.)

INGA.

¡Qué magia,
Diréis mejor! Y pues no
Hay contra ella fuerza humana,
Acudid á la divina.

SACERDOTE.

Pues todas nuestras estatuas
Ya en Copacavana están,
Todos á Copacavana
Vamos á pedir en todas
Clemencia. (Vase.)

INGA.

Fuerza es buscarla
Contra quien apaga un fuego
Y con otro nos abrasa.

(Vanse el Inga y los indios.)

YUPANGUÍ.

Con todos huiré; mas no
Por el temor que me causa,
Sino porque en mí conozco
Que no merezco mirarla.
Pero aunque ya no la mire,
Tan fija llevo su estampa
En mi idea, que ha de ser
Vivo carácter del alma. (Vase.)

ESCENA XV.

Va pasando la nube con la imagen y los ÁNGELES; y salen oyendo las voces como elevados, PIZARRO, ALMAGRO, CANDIA Y ESPAÑOLES.

UN ÁNGEL.

Católicos españoles,
Ya María el fuego aplaca,
Porque perdió su violencia
En ella desde la zarza.

OTRO ÁNGEL.

Vivid y venced, pues ya
Es tiempo que á estas montañas
Amanezca mejor sol
En brazos de mejor alba.

LOS DOS.

Y América sepa
Con la fe de España...

ELLOS Y MÚSICA.

*Que el que pone en María
Las esperanzas,
De mayores incendios,
No solo salva
Riesgos de la vida,
Pero del alma.*

(Desaparece todo.)

PIZARRO.

Pues tan milagrosamente
Vemos que el fuego se apaga,
Debiendo á la invocación
De María dicha tanta;
En nombre suyo, pues va
De su vista huyendo Guáscar,
Sigamos su alcance, y diga
El hacimiento de gracias:
Si María es con nosotros,
¿Quién contra nosotros basta?

TODOS.

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

UNOS.

Vea América...

OTROS.

Y vea España...

TODOS Y MÚSICA.

*Que el que pone en María
Las esperanzas,
De mayores incendios
No solo salva
Riesgos de la vida,
Pero del alma.*

TODOS.

¡Guerra, guerra! ¡Arma, arma!

(Con esta repetición, sonando á un
tiempo las cajas y trompetas, la música
y la representación, se entran los
españoles.)

ESCENA XVI.

LA IDOLATRÍA, oyendo las voces á lo
léjos, y repitiéndolas con todos.

IDOLATRÍA.

« ¡Que el que pone en María
Las esperanzas,
De mayores incendios
No solo salva
Riesgos de la vida,
Pero del alma! »
Bien se deja conocer,
Pues cuando creí que había
Logrado la industria mía
En ver la ciudad arder,
No solo para acabar
Con los españoles fué,
Mas para aumentar su fe
Y destruir y turbar
La de los indios, pues ciegos,
En ellos crece el temor,
Y en los otros el valor
Viendo aceptados sus ruegos:
Con que ya mi monarquía
Se va estrechando tirana,
Pues solo hoy Copacavana
Corte es de la Idolatría.
En ella me han retirado
Con mis ídolos; mas no
Por eso he de darme yo
Por vencida; que obstinado
Mi espíritu que no ha sido
Capaz nunca de enmendarse,
Vencido puede mirarse,
Mas no darse por vencido.

1 No solo no fué para acabar con los españoles, etc.

A cuyo efecto, pues cuantas
Estatuas culto me dan,
Ya en Copacavana están,
En ellas influirán tantas
Sañas, iras y venganzas
Mis respuestas, que me atrevo
A hacer que vuelvan de nuevo
A vivir mis esperanzas.
Y así, siguiendo el intento
De que una amante pasión
No quite á mi adoración
Lo horroroso y lo sangriento
De mis sacrificios, hoy
El Guáscar ha de saber
De Guacolda, para hacer,
Si al Sol este obsequio doy,
Mayor la victoria mía;
Que si fué odio de la Cruz,
Ya lo es della y de la luz
Que trajo tras sí María.
Esté Guacolda segura
En el oculto villaje
Que allí veo, y fie al traje
Rústico y vil la ventura
De verse libre de mí;
Que aunque la desdicha no
Ha menester medios, yo
Sabré hacer que la halle allí. (Vase.)

Sala de una alquería.

ESCENA XVII.

GUACOLDA, de villana; GLAUCA.

GLAUCA.

Notable melancolía
Es la tuya.

GUACOLDA.

¿Cómo puedo

Perder, Glauca amiga, el miedo
A la triste suerte mía?

GLAUCA.

Viendo cuán segura estás
De villana disfrazada,
Y demas deso encerrada
Donde no ha entrado jamas
Nadie que á buscarme viene:
Y no dejándote ver,
Ni pudiendo otro saber
Quién eres ni quién te tiene
Aquí sino yo, parece
Que es desconfiar de mí.

GUACOLDA.

No lo creas; que ya vi
Cuánto tu lealtad merece.
Si sé que en casa naciste,
Hija de antiguos criados
De Yupangui, y que en tus hados
Primeros con él creciste;
Si sé que con Tucapel,
Criado también, te casó,
Y que esta alquería te dió,
Para pasarlo con él,
Si no rica, acomodada;
Si sé que el día que hubo
De fiarse de alguien, no tuvo
Satisfacción mas fundada
Que en tí, por tu obligación,
Y porque sola vivías.
Pues tan ausente tenias
A tu esposo, ¿qué razon
Pudo haber para pensar
Que desconfie de tí?
Y porque creas que aquí
No me aflige ese pesar,
Sabe que mi desconsuelo
No es sino que un bien que hubiera
Solo para mí en que viera
A Yupangui, aun ese el cielo
Le niega á mi suerte esquivá;
Pues apenas me dejó

Aquí, cuando le envió
El Guáscar á Atabaliba.
Dél no he sabido; y con ser
La ausencia ruina de amor,
Aun no es ese mi mayor
Cuidado, sino temer
No haya muerto en tanto estruendo,
Como noticias nos dan
Cuantos desde el Cuzco van
A Copacavana huyendo
Por todo aqueste distrito,
Donde en fe estoy solamente
De que nadie al delincuente
Busca donde hizo el delito.

GLAUCA.

De dos extremos no sé
Cuál venga á ser el mayor,
Tu temor ó mi temor.

GUACOLDA.

¿Cómo?

GLAUCA.

Como en ambas fué

Una la pena cruel
Y contraria, pues si no
Sabes de Yupangui, yo
Tampoco de Tucapel:
Y en tormento tan esquivo,
Que el mio es mayor es cierto,
Pues tú temes que esté muerto,
Y yo temo que esté vivo.

GUACOLDA.

¿Eso dices?

GLAUCA.

Si supieras

Tú lo que un marido ha sido
A todas horas marido,
Eso y mucho mas dijeras.
¿Qué es verle entrar muy hinchado
Diciendo!...

ESCENA XVIII.

TUCAPEL. — GUACOLDA, GLAUCA.

TUCAPEL.

Glauca, la mesa,
Y trae la comida apriesa;
Que aunque no vengo cansado,
Porque en diablos de alquiler
Es gran cosa caminar;
Con todo, si no el andar
Cansa, cansa el no comer.

GLAUCA.

¿Qué miro!

GUACOLDA. (Ap.)

Desdichas mias
Que han de descubirme, pues
Posible esconderme no es.

GLAUCA.

Al cabo de tantos dias,
¿Es ese modo de entrar
En tu casa?

TUCAPEL.

Dices bien:

Abrázame en parabien,
Mas no sirva de ejemplar;
Que abrazo recién venido
No es abrazo propietario,
Sino supernumerario
Con gajes de entretenido.

GLAUCA.

De cualquier suerte que sea,
Agradece mi deseo
El verte vivo.

TUCAPEL.

¿Qué veo!

Vuelva á inflamarse mi idea.
Hermosa sacerdotisa.
Que por mas que te disfraces,
No pueden obstar al sol
Nubes de villano traje,

Ahora veo que eres
La deidad cuyas piedades
(Compadecida de ver
Que por volver á buscarte
Con Yupangui á la marina,
Ocasionaras mis males)
Me han buscado y me han librado
Del cautivo vasallaje
En que estaba: y pues á precio
De ejecutar el dictamen
Que en mi inspiraron tus voces,
Favor á favor añades;
Pues no contenta con que
Libre en mi casa me halle,
Tambien la palabra cumples
De que cuando á ella llegase
Habia de saber quién eras;
Ya que lo sé, y sé que sabes
Favorecida del Sol
Obrar prodigios tan grandes,
Permite que á tus piés, ya
Que tanta deuda no pague,
La reconozca á lo ménos.

GUACOLDA.

¡Hombre! ¿qué dices? Qué haces?

GLAUCA.

El fué simple, y vuelve loco.

GUACOLDA.

¿Cuándo yo he podido hablarte?
Cuándo dictar en tus voces
Que nada en mi nombre entables,
Ni cuándo darte palabra
De que en tu casa me hallases?

TUCAPEL.

No disimules conmigo;
Que ya sé que las deidades
Hacen el bien, y no quieren
Blasonar de que le hacen.—
Glauca, este hermoso milagro,
Que sin querer desdenarse
De pisar de nuestro albergue
Los siempre humildes umbrales,
Se desdena de que cuente
Yo sus liberalidades,
Es á quien debo la vida.
Llega pues, llega á postrarte
A sus piés, agradecida
De que á tus ojos me trae.

GLAUCA.

Tucapel, no una aprension
Tanto tu discurso engañe;
Que aquesa aldeana es
Mi hermana, que á acompañarme
Vino en tu ausencia.

TUCAPEL.

¡Qué presto,

Lisonjeramente afable,
Viendo que su gusto es ese,
Te pones tú de su parte!
Pero una cosa es que ella
Modestamente recate
Sus prodigios, y que tú
Complacer con ella trates,
Y otra obligarme las dos
A que yo ingrato los calle.—
Sepa el mundo sus venturas.—
¡Moradores destos valles, (A voces.)
Vecinos de aquestas aldeas!...

GUACOLDA.

No los nombres.

GLAUCA.

No los llames,

TUCAPEL.

¿Cómo no? De igual bien todos
Han de ser participantes.—
Vuestro antiguo compañero
Tucapel os llama: á darle
Venid todos de sus dichas
El parabien.

ESCENA XIX.

INDIOS. — DICHOS.

UN INDIO. (Dentro.)

¿No escuchasteis

Sus voces?

INDIOS. (Dentro.)

Si.

EL INDIO. (Dentro.)

Pues lleguemos

Todos á verle y hablarle.

GUACOLDA.

¡Ay de mí! Forzoso es verme.

GLAUCA.

Retírate á aquesta parte.

(Retírase Guacolda, y salen algunos indios.)

INDIOS.

Tucapel, muy bien venido
Seas.

TUCAPEL.

Que á todos abrace

Es mi mejor bienvenida.

INDIO 1.º

Desde el dia que faltaste
De la marina, por muerto
Te tuvimos.

TUCAPEL.

Dios os guarde

Por la merced.

INDIO 2.º

¿Es posible

Que te vemos?

TUCAPEL.

¿Veis cuán tarde

Os parece que he venido?
Pues ha sido por el aire,
Gracias á aquesa deidad. (Por Guac.)
—No te escondas, no te apartes;
Que es bien que sepan la mucha
Piedad que conmigo usaste.
Ella es la que prodigiosa
Ha tratado mi rescate:
Llegad, llegad, porque todos
La deis gracias de mi parte.

INDIOS.

Todos á tus piés rendidos
Te estimamos que le ampare
Y nos le traigas.

GUACOLDA. (Ap.)

¿Quién, cielos,

Pudo nunca semejante

Acaso prevenir?

GLAUCA. (Ap.)

Dimos

Con todo el secreto al traste,
Si la conocen.

INDIO 1.º (Ap. á los otros.)

¿No es esta,

Si no es que el deseo me engañe,
Aquella sacerdotisa
Que por no sacrificarse,
Del templo huyó?

INDIO 2.º

Si, y por quien

Tantas diligencias hace
Guáscar, que á quien diga della
Ofrece tesoros grandes.

INDIO 3.º

¡Famosa ocasion tenemos
De enriquecer, en contarle
Que está aquí! Pues segun dice
La gente que va delante,
A Copacavana viene
A que el Sol su enojo aplaque,
Para volver á la lid.

INDIO 1.º

Supuesto que estos villajes
Al paso son, al camino
Le salgamos para darle
La nueva.

INDIO 2.º

Disimulemos.

INDIO 3.º

Tucapel, justo es descanses.
Despues despacio hablarémos.

TUCAPEL.

Sabréis sucesos notables.
Id ahora con Dios.

INDIOS.

Adios.

(Vanse.)

ESCENA XX.

GUACOLDA, TUCAPEL, GLAUCA.

TUCAPEL.

Glauca, ¿qué hay con que regales
A tal huésped?

GLAUCA.

Bien digo

Yo, oyendo tus disparates,
Que fuiste simple y que vienes
Loco. ¿Que es, no me escuchaste,
Mi hermana?

TUCAPEL.

Tambien á mi

Me escuchaste tú que en balde
Por complacerla, á que no
Es quien yo sé me persuades
Y cuando tú, por llevar
Tus lisonjas adelante,
No la agasajes, sabré
Traer yo con qué la agasaje,
Pues por lo ménos estamos
En tan goloso paraje,
Que no faltarán tortillas
De maiz y chocolate. (Vase.)

GUACOLDA.

¿A qué mas pudo llegar
Mi desdicha? Ya quedarme
Aquí no es posible niirme:
Quedarme, por si se esparce
Quién soy; niirme, pues no sé
Dónde Yupangui me halle.

GLAUCA.

Solo un medio se me ofrece.

GUACOLDA.

¿Qué es?

GLAUCA.

Por si vuelve, oye aparte.
(Hablan las dos bajo.)

ESCENA XXI.

YUPANGUÍ.—GUACOLDA, GLAUCA.

YUPANGUÍ.

(Ap. Vemente aprension que siempre
Me estás poniendo delante
Aquella hermosa deidad
Que vi iluminando el aire,
Deja, deja de seguirme
Siquiera un rato, en que allane
Que el vivir absorto no es
Dejar de vivir amante.)
Hermosa Guacolda mía,
Si otros hicieron constantes
Los instantes de la ausencia
Siglos, no ¡ay de mí! te espantes
Que hallándolos ya hechos siglos
Los haya hecho eternidades.
Dame los brazos mil veces.

GUACOLDA.

Es tan inmenso, tan grande
El bien, Yupangui, de verte,
Que es forzoso que le extrañe,
Porque persuadirse un triste
A que hay contento, no es fácil.
En hora dichosa vengas;
Que aunque siempre fuera amable
Tu presencia para mí,
Pues con afectos iguales
También para mí eran siglos
Las vidas de los instantes,
Nunca en mejor ocasion
Verte pude.

YUPANGUÍ.

¿Cómo?

GUACOLDA.

Sabe

Que Tucapel ha venido,
Y no sé con qué dictámen,
Empeorado de talento,
Mejorado de lenguaje,
Se ha persuadido á que soy
Yo la que pude sacarle
De su esclavitud: con que
Solicitando mostrarse
Agradecido, me ha muerto:
Culpa de amigo ignorante,
Matar con buena intencion.
De suerte que ya ocultarme
Aquí no es posible: mira
Adónde podrás llevarme,
Pues ya, á no haber tú venido,
Me iba yo á las soledades
De los montes mas incultos,
En cuyos páramos, ántes
Que los ministros de Guáscar
O los del Sol, me encontrasen
O las sañas del leon,
O las astucias del áspid.

YUPANGUÍ.

No dudes que cuidadoso
Solicite yo ausentarte
Adonde nuestro amor pueda,
Sin que el rencor nos alcance,
Celebrar de nuestras bodas
Las mas amorosas paces.
(Ap. ¡Oh bello divino asombro!
No tanto tras tí me arrastres;
Yo iré tras tí.)

GUACOLDA.

¿No prosigues?

YUPANGUÍ.

Si, mi bien. (Ap. Vuelva á cobrarme.)

GLAUC. (Ap.)

Cuantos vienen, no parece
Que traen los juicios cabaes.

YUPANGUÍ.

Por poder celebrar, digo,
De nuestras bodas las paces,
Me valí de Atabaliba,
A quien di de todo parte.
El, por hija de quien tanto
Siguió sus parcialidades,
Tomándose la palabra
De que yo en su vasallaje
Haya de vivir, me ofrece
Dichosas seguridades.
Jurado lo dejé, en cuya
Fe, prevenido el viaje
Tengo: vénte pues conmigo...
(Ap. Si no es que el ir me embarace
Contigo ya otra hermosura.)

GUACOLDA.

¿Qué ventura! Glauc, dame
Los brazos, y adios.

GLAUC.

Con bien te lleven. (Vase.)

GUACOLDA.

Cobarde

Tus pasos sigo.

(Vanse.)

Vista exterior de la alquería. Árboles á un
lado, á otro una cruz, en medio un idolo
del sol.

ESCENA XXII.

YUPANGUÍ, GUACOLDA.

YUPANGUÍ.

¿Qué temes?

Que cuando el asegurarte
No fuera en mí obligacion,
Me obligara el homenaje
De haber dado á quien le di
La palabra de llevarte
A su presencia.

ESCENA XXIII.

Al entrarse diciendo estos versos, salen
oyéndolos GUASCAR, EL SACER-
DOTE Y LOS INDIOS. — DICHOS.

INGA.

No era

Menester que yo escuchase,
Para saber tus finezas
Y acrisolar tus lealtades,
Que cumpliendo, Yupangui...

GUACOLDA. (Ap.)

¡Triste pena!

YUPANGUÍ. (Ap.)

¿Extraño lance!

INGA.

Con la palabra que á mí
Me diste, seas quien trate
De llevar á mi presencia
Esa infeliz; y no en balde,
Al decirme esos villanos
Dese camino en el márgen
Que aquí quedaba, previne
Que fueses tú quien la hallases:
A cuya causa la nueva
Me movió á que me adelante
A ser el primero yo
Que á ella admire y á tí abrace.

GUACOLDA. (Ap.)

¿Qué dolor!

YUPANGUÍ. (Ap.)

Ya aquí no hay mas
Que morir á todo trance.

INGA.

Infaustra, triste hermosura,
Que tímida é inconstante
Desdeñas en ser esposa
Del Sol la dicha mas grande,
El sabe que cuanto hubiera
Dado por hallarte ántes
De verte, diera despues
Por no haber llegado á hallarte.
Superior causa, que tú
No puedes saber ni nadie
Saber puede, es quien me obliga
A que á mi pesar restaure
Su sacrificio á las aras,
Su victima á los altares. —
Llevala al templo; que hoy,
Sin esperar dias legales,
Ha de morir. ¿Qué esperais?
Quitádmela de delante;
Que temo que me enternezcan
Los desatados cristales,
Que aun suelen ser vivo afeite
De ménos bello semblante.

GUACOLDA.

Primero...

YUPANGUÍ. (Ap.)

¡Ay de mí!

GUACOLDA.

Que llegue

A morir, has de escucharme.

INGA.

¿Qué podrás decirme, cuando
Apóstatamente fácil,
Contra el Sol has cometido
El mas sacrilego ultraje?

GUACOLDA.

Aunque pudiera valerme
De la repugnancia que hace
A toda ley natural
Que un dios beba humana sangre,
Y dentro de una ley misma
El fiel muera y el fiel mate,
No lo he de hacer; que no quiero
(Aunque en mi esta razon cabe)
Escandalizar, y así
Para otra apelo. Mi padre,
A quien desterrado tienes
Desde las enemistades
Tuyas y de Atabaliba,
Sabiendo que me inclinase
Amor á un cacique noble,
Por ser de opuesto linaje,
Forzada me trajo al templo,
Donde mientras él no falte,
He vivido, con estar
Casada en secreto ántes:
Y así, no pudiendo ser
Sacerdotisa, tocarme
No pudo la suerte, y pudo
Aquel natural dictámen
Ausentarme sin delito.

INGA.

Contra que esas sean verdades
Y no inventadas disculpas,
Una sola razon baste.
¿Quién fuera noble y felice
Tanto, que esposo y amante
Mereciera entrambas dichas,
Y en tantas penalidades
Morir te dejara aleve?
Y así, mientras no declares
Quién es, y él muera en castigo
De robarte y de ocultarte,
Rompiendo el templo en lo uno,
Y en lo otro mis bandos reales,
Será en balde que te admita
La apelacion.

GUACOLDA.

Más en balde

Será, advertida en su riesgo,
Decirlo yo, pues librarle
A él de su afrentosa muerte
Hará la mia süave.

INGA.

¿A eso te resuelves?

GUACOLDA.

Si.

INGA.

Yupangui, ella no sabe
La lástima que se quita
Con los celos que se añade.
Persuádela tú á que diga
Quién es, pues con eso hace
Ménos grave su delito,
Y podrá ser que la salve
La apelacion.

YUPANGUÍ.

¿Para qué

Quereis, señor, que me canse
En persuadirselo á ella,
Si el decirlo yo es mas fácil
A precio de que ella viva?

INGA.

¿Luego tú el cómplice sabes?

TUCAPEL.

INGA.

Por ti me vienen

Todas las felicidades,
Y hoy la mayor en saber
De un agresor tan cobarde,
De quien no estaré vengado
Sin que el corazón le arranque.
¿Qué aguardas, pues? ¿Quién es?

YUPANGUÍ.

Yo.

INGA.

¿Qué dices?

TUCAPEL. (Ap. al Inga.)

Que no te espantes,

Pues de ocultación y hurto
Fuiste tú quien me enseñaste
El modo, cuando dijiste
Que para ti la robaste.

INGA.

Pues ¿cómo, traidor vasallo,
Falso amigo, criado infame,
La confianza ofendiste
Que hice de ti?

GUACOLDA.

No le ultrajes;

Que no es él.

YUPANGUÍ.

Si soy.

GUACOLDA.

No es;

Que yo, creyendo librarne,
Fingi esposo, que no tengo,
Y él, por pensar que templases,
Siendo él, tu enojo, eso ha dicho:
Y así, ¿qué esperais? Llevadme
Donde á precio de que él viva,
Con roja púrpura bañe
Las aras.

YUPANGUÍ.

Yo soy: á mí

Me llevad donde derrame
Deshecho coral que illustre
Mas el altar que le manche,
A precio de que ella viva.

INGA.

Si ambos lo desean constantes,
Ya que por sacerdotisa
El castigo no la alcance,
Alcáncela por haber
Profanado el templo. Iguales
Mueran los dos. ¿Qué esperais?
Llevadlos pues de aquí.

(Al llevarlos, se desasan y se abrasan.)

YUPANGUÍ.

Antes,

Dulce esposa...

GUACOLDA.

Amado dueño...

YUPANGUÍ.

Que yo espire...

GUACOLDA.

Que yo acabe...

YUPANGUÍ.

Feliz con mirarte muera.

GUACOLDA.

Feliz yo con abrazarte.

INGA.

Apartadlos, divididlos.

(Apartánlos, y volviéndose á desasir, se buscan.)

YUPANGUÍ.

¡Triste pena!

GUACOLDA.

¡Dolor grave!

YUPANGUÍ.

Mas aunque todos me fuercen...

GUACOLDA.

Mas aunque todos me arrastren...

YUPANGUÍ.

Volver podré...

GUACOLDA.

Podré ir...

LOS DOS.

A darle el último vale.

GUACOLDA.

¡Noble dueño!

YUPANGUÍ.

¡Esposa mía!

INGA.

¡Que esto sufran mis pesares!

Llevadlos, digo otra vez,
Donde no se vean ni hablen.

GUACOLDA.

Hasta perderle de vista

A aqueste tronco me enlace.

(Abrázase á una cruz.)

YUPANGUÍ.

En aqueste árbol me enrede,
Hasta que á verla no alcance.

(Abrázase á un árbol.)

GUACOLDA.

Y pues que no acaso fuiste
El que vencer fieras sabe,
A cuya causa te han puesto
Colocado en tantas partes...

YUPANGUÍ.

Y pues plátano no acaso
Eres, en quien veo la imágen
Que desde que la vi tuve
En el alma por carácter...

(Los indios quieren desasirlos, y no pueden.)

GUACOLDA.

Tú me favorece, puesto
Que tienes poder tan grande
En fieras, y fieras son
Los hombres que usan crueldades.

YUPANGUÍ.

Tú me ampara, pues en tí
Me ocurre su luz radiante.

GUACOLDA.

Infeliz amante esposo...

YUPANGUÍ.

Infeliz esposa amante...

GUACOLDA.

Adios.

YUPANGUÍ.

Adios.

INGA.

¿Cómo así

Permitis verse ni hablarse?

UNO.

Como á apartarla del tronco

No hay fuerza, señor, que baste.

OTROS.

Como no hay para moverle

Fortaleza que le arranque.

INGA.

¡Todo, cielos, ha de ser
Prodigios en estos valles
De Copacavana, siempre
Que á pisar llego su márgen?

¿Con qué, oh soberano sol
Que adoro, no digo padre,
Desenojarte podré,
Si traerte no es bastante
Por una víctima dos?
Respóndeme, ¿qué te aplace
De mí, para que ejecute
Tus órdenes?

ESCENA XXIV.

LA IDOLATRÍA. *en el ídolo del sol.*

— DICHOS.

IDOLATRÍA. (Ap.)

Que los mate

Le diré.

INGA.

Si en una estatua
Mil respuestas solias darne,
¿Cómo en mil estatuas hoy
Que á tu templo se retraen,
Aun no das una respuesta?

IDOLATRÍA.

Si daré.

INGA.

¡Dicha notable,
Pues que ya desenojado
Responde! ¿Qué haré? di.

IDOLATRÍA.

Darles...

(Ap. Muerte iba á decir, y no puedo pronunciar.)

INGA.

No calles

Tu decreto, pues me ves
Obediente á ejecutarle.

IDOLATRÍA.

Si deseas... (Ap. Proseguir
No puedo; que al declararme,
Tengo un dogal en el cuello
Y en el corazón un áspid.)
Si pretendes... (Ap. No es posible
Que ya en mis ídolos hable,
Siendo para mí dos veces
Bronce el bronce y jaspe el jaspe:
Con que mas estatua que ellos
Todos mis sentidos yacen.)

INGA.

Si á hablarme empiezas, ¿por qué
No prosigues? Y si es darne
A entender que hasta que mueran
No merezco que me ampare,
Ya que apartar á los dos
De los dos troncos no es fácil,
Flechados en ellos mueran
Por sacrílegos amantes.—
Disparad contra sus pechos.

GUACOLDA.

Árbol, pues tal poder traes...

YUPANGUÍ.

Deidad, pues tal poder tienes...

GUACOLDA.

Tú me ampara.

YUPANGUÍ.

Tú me vale.

(Desaparecen los dos, asidos á los árboles, y suenan truenos y ruido de terremoto.)

INGA.

¿Qué aguardáis? Disparad, digo.

UNO.

¿Contra quién, si ciego el aire,
El mismo polvo, la misma
Arena nos ciega que ántes?

(Terremoto y cajas al mismo tiempo.)

ESCENA XXV.

ESPAÑOLES, dentro. — EL INGA, EL SACERDOTE, INDIOS, LA IDOLATRÍA.

ESPAÑOLES. (Dentro.)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

INGA.

Si el español en mi alcance
Viene, ¿quién duda que venga
Con él quien al viento esparce
Nieblas que á la vista cieguen?
Nieves que el incendio apaguen?
No doy paso que no sea
Tropezando en mi cadáver;
Y pues contra sus encantos
No hay fuerza ó poder que baste,
¡Al templo!

UNOS.

¡Al monte!

OTROS.

¡A la selva!

INDIOS.

Sin duda ¡cielos! es grande
Este Dios de los cristianos,
Pues tantos portentos hace.
(Vanse huyendo.)

ESCENA XXVI.

PIZARRO, ESPAÑOLES. — LA IDOLATRÍA.

PIZARRO. (Dentro.)

¡A ellos, españoles!

ESPAÑOLES. (Dentro.)

¡A ellos!

PIZARRO. (Dentro.)

Mueran ántes que se amparen
De las breñas.

IDOLATRÍA.

¡Cielos, luna,
Sol, estrellas, montes, mares!
¿No bastaba enmudecerme,
Sino á mí de mí privarme?
Pero ¿qué mucho que vea
Contra mí prodigios tales
El día que ella se ampara
De la Cruz, y que él se vale
Del plátano, que atributo
De María es, cuya imagen
Tan fija en el alma lleva?
Mas no por eso desmayen
Mis rencores; y pues soy
Genio de las tempestades,
Mi aliento el aire inficione,
Mi fuego los campos tale,
Mi rabia los frutos hiele,
Mi ira las mieses abraza,
Para que muriendo todos,
Primero que á Cristo aclamen,
A los embotados filos
De pestes, sedes y hambres,
Ninguno pueda lograr
En las siguientes edades
Ver que mejor sol en brazos
De mejor aurora nace.

JORNADA TERCERA.

Sala en casa del gobernador de Copacavana.

ESCENA PRIMERA.

Tocan chirimias, y sale por una parte el virey DON LORENZO DE MENDOZA, conde de Coruña, con ACOMPAÑAMIENTO, y por otra DON JERÓNIMO MARAÑÓN, gobernador de Copacavana.

GOBERNADOR.

¡Oh feliz, gran Don Lorenzo
De Mendoza, rama invicta
Del Infantado, y glorioso
Blason de Coruña, el día
Que del Segundo Felipe,
Que eternas edades viva,
Virey, señor, os merecen
Estas conquistadas Indias!

CONDE.

Su Majestad, que Dios guarde,
Sin propios méritos, fia
De mi su gobierno, en fe
De que en la obligacion mia
Le sirva el afecto, ya
Que el mérito no le sirva.
Y pues para el que desea
Acertar, tomar noticias
El primer paso es, ¿de quién
Puedo mejor adquirirlas
Que de quien, por montañas
Marañón, es en Castilla
Tan ilustre, y por su cargo
Es en aquestas provincias
Gobernador de tan grave
Puesto como él mismo explica,
Pues al de Copacavana
Pocos hay que le compitan?

GOBERNADOR.

¿Qué noticias podré daros
Que vos no traigais sabidas,
Pues todas han ido á España
Ya contadas y ya escritas?
Fuera de que son tan grandes
Las inmensas maravillas
Que obró Dios y obró su pura
Virgen Madre sin mancilla
Desde el día que en Perú
La Cruz entró, y desde el día
Que la invocacion del nombre
Dulcísimo de María
Se oyó en él, que me parece
Que un casi agravio seria,
Presumiendo no saberlas,
Vos, el osar yo decirlas.
Y así, os suplico, señor,
Me excuseis de que repita
Que la Cruz domeño fieras,
Victoria muy suya antigua;
Que María apagó incendios,
Nevando sus manos mismas
Blancos copos; que con lluvias
De arena y polvo la vista
Al idólatra dos veces
Cegó; y que tan peregrinas
Obras (viendo que sus vanos
Idolos enmudecian
Al sonido de aquel nombre
Y de aquel tronco á las líneas)
Introdujeron la fe;
Que entre los que se bautizan
Y los que idólatras quedan
Hubo bandos, hubo cismas
Y disensiones; y en fin,
Que siguiendo las conquistas,
Después que se redujeron

Cuzco, Chucuitos y Lima,
De cuyos conquistadores
Apénas uno hay que viva,
Murió Guáscar prisionero
De su hermano Atabaliba
No sé cómo: y pues no son
Estas cosas para dichas
Tan de paso, remitamos
A la historia que lo escriba,
Y vamos á lo que hoy
Toca á la obligacion mia,
Y en Copacavana hablemos
No mas, pues cosa es sabida
Que á un gobernador no toca
Hablar como coronista.
Es Copacavana un pueblo
Que casi igualmente dista
En la provincia que llaman
Chucuitos, las propias millas
De la ciudad de la Paz
Y Potosí. Sus campiñas
Son fértiles, sus ganados
Muchos, y sus alquerías
De frutas, pescas y cazas
Abundantes siempre y ricas:
Cuya opulencia, en su lengua,
A la nuestra traducida,
Copacavana lo mismo
Que piedra preciosa explica.
Pero aunque pudiera ser
Por esto grande su estima,
La hizo mayor que en sus montes
Yace aquella Peña Altiva
Que adoratorio del sol
Fué un tiempo, por ser su cima
Donde diabólico impulso
Hizo crér que el sol podia
Dar á su hijo para que
Los mande gobierne y rija.
A esta causa, entre la Peña
Y la procelosa orilla
De una gran laguna, que hace
El medio contorno isfa,
Se construyó templo al sol,
En cuyas aras impías
Faubro al idolo llamaron
Superior, que significa
Mes santo; y miéntras el cielo
No nos revele el enigma,
Ocioso es que discurremos
Ahora en su etimologia.
En él, por los reservados
Juicios de Dios, las insidias
Del antiguo áspid, y en otros
Oráculos, respondian
Inspirando abominables
Ritos, cuya hidropeia
De sangre, mal apagada
Con la de las brutas vidas,
Pasó á beber la de humanas
Virgenes sacerdotisas.
En fin, siendo como era
Copacavana la hidra
(Principalmente despues
Que á su templo retraidas
Trajo la guerra en estatuas
Todas sus falsas reliquias),
En fin, siendo (á decir vuelto)
Copacavana la hidra
De tantas cabezas cuantas
El padre de la mentira
En cada garganta mueve,
En cada anhelito inspira,
Fué la primera en quien Dios
Logró la feliz semilla
De su fe, siendo primeros
Obreros de su doctrina
De Domingo y de Agustino
Las dos sagradas familias.
Roma de América hay
Quien piadoso la publica;
Pues bien como Roma, siendo

Donde mas vana tenia
 La gentilidad su trono,
 Fue donde puso su silla
 Triunfante la Iglesia; así
 Donde mas la idolatria
 Reinaba, puso la fe
 Su española monarquía,
 Mostrando cuán docta siempre
 La eterna sabiduría,
 Donde ocurre el mayor daño,
 El mayor remedio aplica.
 Tan fecundas sus primeras
 Raíces prendieron, tan fijas,
 Que á marchitar no bastaron
 Sus flores todas las iras
 Del tiempo; pues padeciendo
 Destemplado todo el clima
 Hambre, peste y mortandad,
 No por eso desconfían,
 Atribuyendo á que sean
 Sus dioses quien los castiga;
 Pues ántes atribuyendo
 A Cristo y su Madre pia
 Que sus pasados errores
 Trata con blanda justicia,
 Para aplacarla trataron
 Hacerla una cofradia,
 Porque, al fin, en voz de muchos
 Suenan mas las rogativas.
 Mas como siempre el demonio
 Obstinadamente lidia
 En estorbar devociones,
 Bandos introdujo y riñas
 Entre dos nobles linajes
 Sobre qué patron elijan.
 Los Urisayas, de quien
 Cabeza es Andres Jaira,
 Anciano cacique noble,
 Que allá en sus ritos solia
 Ser sacerdote del sol,
 Sabiendo cuánto domina
 Sobre las pestes su santa
 Intercesion, solicita
 Que sea San Sebastian
 Titular de la obra pia.
 Otro, de los Anasayas
 Cabeza, que hoy se apellida,
 Por ser de aquella real sangre,
 Francisco Yupangui Inga,
 En que Maria ha de ser
 La patrona, y no otro, insta.
 Estas pues dos opiniones,
 Excusando que á rencillas
 Pasasen, convine en que
 A los votos reducidas,
 La mayor parte venciese;
 Pero la noche del día
 En que habían de juntarse
 A resolver la porfia,
 Con estar las heredades
 De unos y otros tan vecinas,
 Que en todos aquesos pagos
 Unas con otras alindan,
 Amanecieron las mieses
 De aquellos que defendian
 Que Maria habia de ser
 La patrona, tan floridas
 Con el riego de una nube
 Celestial, que daba grima
 El ver las de los opuestos
 Tan áridas y marchitas,
 Dando consuelo mirar
 Tan juntos triunfos y ruinas,
 Y que en un espacio mismo
 Hubiese union tan distinta,
 Como ser todo esto flores,
 Siendo todo aquello aristas.
 Por algunos días duró
 La admiracion, repetida
 La lluvia desde la noche
 Al alba, y desde su risa
 Hasta otra noche tan claro

Sol, que brotaban opimas
 (A vista de otras que estaban
 Mustias, yertas y marchitas)
 Las mazorcas del maíz
 Y del trigo las espigas.
 Con este prodigio ¿quién
 Dudará que, reducidas
 Las opiniones, quedase
 Por su patrona divina
 La siempre llena de gracia,
 Siempre intacta y siempre limpia?
 ¿Ni quién dudará tampoco
 Que ya una vez elegida,
 Fuese todo frutos, todo
 Salud, abundancia y dicha?
 Pero entre tantos favores
 No faltan penas que aflijan,
 Bien que tales penas, ellas
 Se padecen y se alivian,
 Siendo ellas mismas remedio
 Del achaque de si mismas.
 Es pues el gran desconsuelo
 De los que mas solicitan
 Su culto, no tener para
 Colocar en la capilla
 Que labra la Esclavitud,
 Una imágen de Maria.
 Mil diligencias se han hecho;
 Pero como á estas provincias
 Aun no han pasado los nobles
 Artes de España, es precisa
 Cosa que supla la fe
 Lo que no alcanza la vista.
 Dirá la objecion que ¿cómo
 No habia arte donde habia
 Estatuas de tantos dioses?
 Y hallárase respondida
 Con saber que eran estatuas
 Tan toscas, tan mal pulidas,
 Tan informes y tan feas,
 Como una experiencia diga;
 Pues el cristiano cacique
 Que dije que defendia
 De Maria el patrocinio,
 Viendo la gente afligida
 Y ansiosa por una imágen,
 Se ofreció á que él la daria
 Como la tenia en su mente,
 Hecha por sus manos mismas.
 Bien creímos todos, viendo
 Entrar con tanta osadia
 En su fábrica gloriosa,
 Que por lo ménos seria
 Una que supliese, ya
 Que no primorosa, linda;
 Pero con ser la materia
 De que intentó construirla
 Tan dócil como es el barro,
 Pues no hay, sin que se resista,
 Cíncel á que no obedezca,
 Butil á que no se rinda;
 Muy pagado de su hechura,
 La trajo tan deslucida,
 Tan tosca y tan mal labrada,
 Sin proporcion en sus lineas
 Ni primor en sus facciones,
 Que, irreverente, movia,
 Mas que á adoracion, á escarnio,
 Mas que á devocion, á risa:
 De que se infiere cuán brutos
 Sus simulacros serian,
 Pues este juzgó bastar
 Hechura tan poco digna.
 Tan corrido de baldones
 Se vió, de vayas y gritas,
 Que desde allí no ha salido
 De un aposento en que habita,
 Donde apenas deja verse
 De su esposa y su familia,
 Con qué intento no sé; pero
 Sé que durando en la villa
 El desconsuelo de verse

Las esperanzas perdidas
 De hallar imágen, dilatan
 El formar la cofradia,
 A que entiendo que hago falta
 Si mi fe no los anima.
 Y así, que me deis licencia
 Mi rendimiento os suplica,
 Por juzgar que en esto mas
 A Dios, al Rey y á vos sirva.

CONDE.

De vuestras noticias quedo,
 Por mas que excuseis decirlas,
 Bastantemente informado;
 Y pues no es justo que impida
 Mi detencion vuestro celo,
 Id, donde de parte mia
 A la Esclavitud diréis
 Que la ruego que me admita
 Por su hermano, y en mi nombre
 La ofreceréis para el dia
 Que haya imágen, las coronas
 De Hijo y Madre, y sea precisa
 Ley que me hayais de avisar
 De cuanto logre y consiga
 Tan piadoso afecto.

GOBERNADOR.

En eso

Y en todo es justo que os sirva
 Mi obediencia.

CONDE.

El cielo os lleve

Con bien.

(Vase el Conde y acompañamiento.)

GOBERNADOR.

Guarde él vuestra vida.

—Vamos, deseos: no haga
 Falta la persona mia,
 Porque primeros fervores
 Que la necesidad dicta,
 En viéndola remediada,
 Con poca causa se entibian. *(Vase.)*

Sala en casa de Yupangui.

ESCENA II.

YUPANGUÍ, *en traje humilde de español, con taller, herramientas y demás instrumentos de escultor, labrando una estatua tosca de madera, cuya altura ha de ser de una vara, poco mas ó ménos.*

YUPANGUÍ.

Ya, purísima Maria,
 Que mejorando de suerte,
 Te adoró sin conocerte
 La ciega ignorancia mia;
 Y ya que el felice día
 De conocerte llegó,
 Llegue el de que logre yo
 Esta aprension, que vemente
 Insta en que copiarte intente,
 Y en que lo consiga no.
 Bien sé que nunca aprendi
 Este arte; pero no sé
 Qué interior carácter fué
 El que en el alma imprimi
 Desde el punto que te vi,
 Que aunque tan ruda se halla
 Al desbatar desta talla
 La agilidad de mi estrella,
 Siendo imposible el tenella,
 Es imposible el dejalla.
 Si cuando al barro fié
 El primer diseño mio
 Te hallaste de mi albedrio
 No bien servida porque
 Masa quebradiza fué
 Del primer Adan, en cuyo

Daño original arguyo,
No comprendida, cuán mal
Pudiera en su original
Copiarse retrato suyo;
Ya en mejor materia fundo
Este segundo diseño,
Pues te fabrico de un leño
A honor del Adán segundo.
Permite pues que vea el mundo
Que en esta fábrica mía,
Pues á un madero se fia,
Se aúnen á mejor luz
La materia de la Cruz
Y el retrato de Maria.
Y vos, Niño Dios, que aquí
Gozando los tiernos lazos
De sus amorosos brazos
Significar pretendí,
Pues no hay facultad en mí
Ni para dejar la acción
Ni para su perfección,
Usad de vuestra piedad.
O dadme la habilidad,
O quitadme la aprensión.

ESCENA III.

GUACOLDA, *vestida ya en traje de española.* — YUPANGUÍ.

GUACOLDA.

Aunque te enojas, Francisco,
De que entre donde desees
Tanto estar solo, no puedo
Excusarlo.

YUPANGUÍ.

María bella,
Dulce amada esposa mía,
¡Contigo enojarme! Ofensa
Haces á mi amor.

GUACOLDA.

Si veo

Que á todos, señor, ordenas
Que no entren aquí, ¿qué mucho
Que yo disgustarte sienta?

YUPANGUÍ.

La ley de todos, María,
No es bien contigo se entienda:
Fuera de que tú no haces
Compañía, con que es fuerza
Que la soledad tampoco
Estorbes.

GUACOLDA.

De qué manera

Ni estorbar la soledad
Yo, ni hacer compañía pueda,
No sé; que al parecer son
Proposiciones opuestas.

YUPANGUÍ.

No son; que el que ama y lo amado
Son solo una cosa mesma:
Y así, viviendo yo en tí
Y tú en mí, la consecuencia
Es fácil de que no añades
Nuevo número á la cuenta;
Con que alma del alma, y vida
De la vida, cosa es cierta
Que ni acompañas ni estorbas;
Pues de la misma manera
Que en presencia estás conmigo,
Conmigo estás en ausencia.

GUACOLDA.

Solo puedo responder
A tan hidalga fineza,
Que el no entrar á todas horas
Aquí, no es en consecuencia
De que otros no entren, sino
Porque nada te divierta
La ocupación; pues por mucho

Que te desveles en ella,
Mas la debemos á quien
Hacer el obsequio intentas,
Pues debemos á María,
Después de tantas tragedias
Como pasámos, huyendo
De Guáscar, tantas miserias
Como después padecimos
Acosados de la guerra,
Hasta venir á tomar
Puerto en nuestra misma tierra,
La suma felicidad
De llegar á conocerla,
Y admitir la ley de un Dios
De tan divina clemencia
Y tan humana piedad,
Que primero que yo muera
Por él, ha muerto por mí,
Que fué el dictámen de aquella
Natural luz, que á no verme
Sacrificada hizo fuerza.
Y así, dándole las gracias,
Libres de tantas tormentas,
Pasemos á la disculpa
De que á embarazarte venga.
Los Urisayas, movidos
De Andrés Jaira, su cabeza,
La ocasión aprovechando
De tu retiro y la ausencia
Del Gobernador, han hecho
Hoy junta, y resuelto en ella
Que no se haga cofradía,
Pues no hay para quién hacerla,
El día que no hay imagen.
Los Anasayas con esta
Novedad, viendo que tú
En el empeño los dejas
Y no pareces, se han dado
Por vencidos: de manera,
Que á estas horas están todas
Tus pretensiones deshechas,
Tus diligencias frustradas
Y tus esperanzas muertas.

YUPANGUÍ.

No están; y pues tan á un tiempo
De unos la acción, y la queja
De otros llega, que podré
A entrambas satisfacerla:
A los unos con que tienen
Imagen, pues ya está hecha;
Y á los otros con que no
Me ausentó menor tarea
Que la de estarla labrando,
No dudes que se convengan.
Cierra este taller, y nadie
Entre en él hasta que vuelva. *(Vase.)*

ESCENA IV.

GLAUCO. — GUACOLDA.

GUACOLDA.

¡Ines!

GLAUCO.

¿Qué mandas?

GUACOLDA.

Que cierres

Deste aposento la puerta
Y traigas la llave.—Virgen
Soberana, Madre y Reina
De ángeles y de hombres, llegue
Día en que nos amanezca
Tu aurora en Copacavana. *(Vase.)*

GLAUCO.

La llave no da la vuelta,
Y temo que he de quebrarla,
Si porfío: quede puesta
En la cerradura, pues
Aquí nadie sale ni entra. *(Vase.)*

Zaguan de casa de Yupangui.

ESCENA V.

TUCAPEL, GLAUCO.

TUCAPEL.

Cé, Glauco, Glauco.

GLAUCO.

¿Quién es

Quien dese nombre se acuerda?

TUCAPEL.

El menor marido tuyo,
Que humilde tus manos besa.

GLAUCO.

Mejor dirás mi mayor
Quebradero de cabeza.
Ven acá, bestia en dos pies,
Que son las peores bestias,
Si sabes que nuestro amo
Obligado á la fineza
Con que á su esposa la tuve
Disfrazada y encubierta,
Apénas se vió en su casa
Cuando nos redujo á ella,
En tiempo de tantas hambres.
Ansias, pestes y miserias;
Si sabes que no queriendo
Admitir la verdadera
Ley que ellos y yo admitimos,
Durando siempre aquel tema
De los pasados furoros,
Fantasías y quimeras
Que á tiempos de tí te privan,
Te echó de casa, con pena
De que si volvías á entrar
Idólatra por sus puertas,
Te habia de molar á palos,
¿Cómo con tal desvergüenza
Osas llegar hasta aquí,
Sin que su castigo temas?

TUCAPEL.

Como la necesidad
Tiene la cara de hereja
Tan mala, que es menor daño
El ver la tuya que el verla.
Desacomodado y pobre
Perezco; y viéndole hoy fuera
De casa, me atreví á entrar
A pedirte que te duelas
En este estado de mí;
Porque esperar á que sea
Cristiano, será imposible;
Que hay otro yo que en mí reina,
A quien ofrecí alma y vida
Cuando presumí que fuera
La sacerdotisa quien
Me habia traído á tu presencia.

GLAUCO.

Pues dile á ese señor diablo
Que tus acciones gobierna,
Que digo yo que es un tonto,
Pues ya que á pedir te fuerza,
Pedir diciendo pesares
Es política muy necia.
Con esto, y con que en tu vida
Ni me hables ni me veas,
Véte, ó no te vayas, pues
Podrá ser que el amo venga,
Y á los susodichos palos
Ejecute la sentencia. *(Vase.)*

TUCAPEL.

Oye, aguarda.—No es posible
Seguirla, sin que me vea
La demás gente de casa;
Y ya que solo me deja
En este zaguan, adonde
Hay á un aposento puerta,
Y está en él la llave, tengo

De ver si hay algo que pueda
Llevarme hácia allá, con que
Repere alguna pequeña
Parte á mi necesidad.

(Mira, entreabriendo la puerta.)

Mas ; qué inútil diligencia !
Pues todo cuanto hay aqui,
Solo son cuatro herramientas
Y una mal formada estatua.
¿Quién crerá ser tan adversa
La infame de mi fortuna,
Que ya que á hurtar me resuelva,
Cuando me da la ocasion
Me quita la conveniencia ?
Pero por poco que valgan
Cepillos, cinceles, sierras
Y escoplos, algo valdrán :
Con todos cargar pretenda. (Éntrase.)

ESCENA VI.

LA IDOLATRÍA. — TUCAPEL.

IDOLATRÍA. (Dentro.)

¡Ladrones, ladrones !
(Suena dentro ruido, como de quien
tropezando derriba un banco, y sale
huyendo Tucapel.)

TUCAPEL.

¡Cielos !

Muerto soy, si aquí me encuentran :
Quiera mi suerte...

IDOLATRÍA. (Dentro.)

¡Ladrones !

TUCAPEL.

Que acierte á dar con la puerta. (Vase.)

ESCENA VII.

LA IDOLATRÍA ; despues, INDIOS.

IDOLATRÍA.

Si darás, porque estas voces
Solo en tus oídos suenan,
Articuladas de mi
Porque al ir huyendo dellas,
Te haya hecho el temor que en todo
Tropieces como tropiezas,
Para que, sin que haya mano
Tan sacrilega, tan fiera,
Tan bárbara, tan enorme,
Que ejecute la violencia
De derribar esa estatua
La halle quebrada y deshecha
Su artifice ; que aunque yo
Por mano del hombre pueda
(Ya lo dije) obrar insultos,
No sé qué se tiene esta
Aun no imagen de María,
Que su respeto me fuerza
A haber hecho en el acaso
Tolerable la indecencia.
Diga la historia que halló
Su fábrica descompuesta ;
Mas no diga que hubo quien
Osase descomponerla.
¿Quién crerá que cuando estoy
Huída, arrojada y depuesta
De tan alta monarquía,
De majestad tan suprema
Como en esta mayor parte
Del mundo tuvo sujetas
A mi imperio tantas gentes,
Tantos mares, tantas tierras
Y tantas adoraciones,
Solo gima, lllore y sienta
Pensar que en Copacavana,
Que el adoratorio era
Del gran idolo de Faubro,
Cuerpo que con tres cabezas
Equivocaba iejanas
Noticias de que Dios sea

Uno y Trino, se ha de ver
¡Ay de mi ! la imágen puesta
De María, porque es
Cerrarme todas las puertas
A la esperanza de que
Jamás á cobrarse vuelvan
Imperios, aras ni altares ;
Que ya sé que donde llega
La devocion de María,
Para siempre vive y reina ?
¿Pues qué, si á aqueste dolor
Se añade (que no hay pequeña
Circunstancia que no aflija,
Si entre las grandes se encuentra)
El ver que un indio bozal,
Sin mas arte ni mas ciencia
Que un rasgo, un viso, un bosquejo
Que él se dibujó en su idea,
Se persuade á que ha de hacer
Escultura tan perfecta,
Que, retrato de María,
Ser colocada merezca ?
Bien sé cuánto es imposible
Conseguirlo su torpeza ;
Mas la fe con que la labra
Me ofende de tal manera,
Que por vengarme en la fe
Aun mas que en la suficiencia,
No ha de haber medios que no
Ponga, astucias y cautelas,
No solo en desvanecer
El afan de sus tareas,
Pero el efecto á que aspira,
Haciendo que no le tenga
La Congregacion : á cuya
Causa moveré pependencias,
Rencillas y disensiones
Entre aquesas dos opuestas
Familias : de suerte, que
Tan desde luego se enciendan,
Que desde luego se escuche
Decir á espadas y lenguas...

ELLA ; É INDIOS. (Dentro.)

¡Mueran hoy los Anasayas !

ELLA ; Y OTROS. (Dentro.)

Hoy los Urisayas mueran.

(Vase la Idolatría.)

—
Calle.

ESCENA VIII.

ANDRES JAÍRA Y YUPANGUÍ, á la ca-
beza de DOS BANDOS DE INDIOS, acuchi-
llándose ; TUCAPEL, y despues, EL
GOBERNADOR.

ANDRES.

¡Aqui, deudos !

YUPANGUÍ.

¡Aqui, amigos !

TUCAPEL.

¿Ver de léjos, no es gran fiesta,
Cuchilladas ?

VOCES. (Dentro.)

Pára, pára.

GOBERNADOR. (Dentro.)

Acudid todos apriesa.

(Sale el Gobernador.)

Tened, apartad. ¿Qué es esto ?

¡En cuatro dias de ausencia

Hacé mi persona falta

De suerte, que lo que encuentra

Primero, es un alboroto

Tan grande !

YUPANGUÍ.

Que me detenga

Tu respeto, es justo.

ANDRES.

Solo

El mi cólera pudiera
Suspender.

GOBERNADOR.

Esa atencion

Por ahora os agradezca
En no envarios á una cárcel
Hasta que la causa sepa,
Por si ántes de escribirla
Es capaz de componerla.
¿Qué ha sido esto ?

YUPANGUÍ.

Andres Jáira

Lo dirá ; que es bien prefiera
La autoridad de sus canas,
Y fio de su nobleza
Que no dirá cosa que
No esté en toda razon puesta.

ANDRES.

En fe desa confianza,
Usaré de la licencia.
Yo, señor, que un tiempo fui
(Bien como todos) de aquella
Idólatra ceguedad
Que creyó que el sol pudiera,
Siendo sin alma y sin vida
Solo un material planeta,
Habernos dado á su hijo ;
Oyendo la diferencia
Que hay de Criador á criatura,
Y viendo las excelencias
De ley tan en natural
Razon que para creerla,
Sin sus milagros, bastara
La suavidad de si mesma ;
Convencido en mi pasado
Error, la admiti y con ella
La piadosa Esclavitud
De la gran patrona nuestra.
He asentado este principio
Para que nunca se crea
Que es relajacion en mí
Haber hecho resistencia
A que miéntras que no haya
Decente imágen que pueda
Colocarse, estén la obra
Y la Esclavitud suspensas.
En esto yo y mis parciales
Hablamos ; y como llegan
Las voces de un barrio á otro
Tan otras que no son ellas,
Quejoso Francisco Inga
De que yo hiciese en tu ausencia
Junta sin él, llegó á hablarme
Con mas pasion que paciencia.
Yo tambien (no me disculpo)
Debí de dar la respuesta
Sin paciencia y con pasion :
De suerte que á las primeras
Razones, viendo él y yo
Cuánto mejor se remedia
Una injuria de la espada
Que una herida de la lengua,
Llegamos á lo que has visto.
Diga él si hay mas causa que esta.

YUPANGUÍ.

¿Cómo puedo yo negar

Que esa es la verdad, si es vuestra ?

Solo añadiré, señor,

Que reñimos tan apriesa,

Que no hubo lugar de que

Lo que iba á decirle, sepa :

Y así, permitid que aqui

Diga lo que allá dijera.

GOBERNADOR.

Decid.

YUPANGUÍ.

Concedo que erré

En la escultura primera

La materia de la imágen

Que ofrecí, y en consecuencia

De que no hay humano yerro

Que no le dore la enmienda,
De las varas del maguey,
Por ser preciosa madera
E incorruptible, otra imagen,
Desbastadas las cortezas,
Del corazon he labrado,
Por parecerme que sea
Corazon é incorruptible,
De ambos decente materia.
A satisfacer con esto
A unos de que imagen tengan,
Y á otros de que mi retiro
No de otra causa proceda,
Iba, cuando (ya lo dijo
Andres) la cólera nuestra
No dió á pláticas lugar:
Y puesto que tu presencia
Le da, y que lo que ahora digo
Es lo que entónces dijera,
Quien quiera satisfacerse
De verdad tan manifiesta,
En buen paraje se halla,
Pues está mi casa cerca.

GOBERNADOR.

Yo, no por satisfacerme;
Que fuera dudarle ofensa;
La hechura iré á ver, por sola
La curiosidad de verla.

TODOS.

Todos sirviéndote iremos.

YUPANGUÍ.

Venid, pues.

TUCAPEL. (Ap.)

Porque no tenga
Sospecha de que yo fui
El que dió con todo en tierra,
Con todos iré; que no
Hay mejor quita-sospechas
Que no huir el agresor.

(Vanse.)

Sala en casa de Yupanguí.

ESCENA IX.

LOS MISMOS.

YUPANGUÍ.

Antes que os abra la puerta
Donde la imagen está,
Habeis de oirme una advertencia.

GOBERNADOR.

¿Qué es?

YUPANGUÍ.

Que estando solo en blanco,
Haber de suplir es fuerza
Ahora en lo que no es
Lo que será cuando tenga
La encarnacion de los rostros
Y manos, y la viveza
De la estofa del ropaje,
Que es lo que no he de ponerla
Yo, sino un pintor que dora
El retablo de la iglesia,
Que en la ciudad de la Paz
La órden de Francisco ostenta.

GOBERNADOR.

Claro está que en blanco, solo
Da de lo que ha de ser muestra.

YUPANGUÍ.

Pues con esta prevencion,
La imagen que labré es esta.
(Abre una puerta, y vese el taller der-
ribado, la estatua deshecha, y los
instrumentos esparcidos.)

TODOS.

¿Qué imagen?...

YUPANGUÍ.

¡Cielos! qué miro!

GOBERNADOR.

Que aquí solo á verse llegan
Mal desunidos pedazos,
Que esparcidos por la tierra,
No solo imagen son,¹ pero
Aun de serlo no dan señas.

ANDRES.

¿Esto es lo que me traeis
A ver con tan satisfecha
Presuncion?

GOBERNADOR.

¿Cómo en disculpa
No hablais desta inadvertencia?

YUPANGUÍ.

Como un dolor, que en menores
Pedazos que esos me quiebra
El corazon en el pecho,
Ha embarazado á la lengua
La voz, y tras ella el uso
De sentidos y potencias.

ANDRES.

Bien se ve que esto no es mas
Que un imaginario tema
De mania; y pues que tengo
Tan á vista la evidencia
De lo poco que esto puede
Venir á ser, no os parezca
Rebeldia el mantener
Que hasta que haya imagen bella,
No ha de haber Congregacion:
Y así, vos, por vida vuestra,
Que esto de labrar estatuas
Lo dejéis á quien lo entienda.

GOBERNADOR.

¿Quién os persuadió á que pudo
Haber sin estudio ciencia?

TUCAPEL Y UNOS.

¿Qué delirio!

OTROS.

¿Qué locura!

(Vanse el Gobernador y los indios.)

ESCENA X.

YUPANGUÍ.

Por mas que todos me afrentan,
Perdido desvelo mio,
Me aflige y me desconsuela
Mas el mirar vuestro ultraje,
Que el padecer mi vergüenza.
Si es, Señora, esto en castigo
De que un bruto indio se atreva
A copiar vuestra hermosura,
Humildemente sobre estas
Antes que fábricas ruinas,
Os ruego, pecho por tierra,
Que me quiteis la aprension
Ó me deis la suficiencia;
Porque miéntras que de vos
O el olvido no me venga,
O no me venga el favor,
Por mí no ha de quedar esta
Viva fe de que he veros
En Copacavana puesta
En alto solio, y...

ESCENA XI.

GUACOLDA.—YUPANGUÍ.

GUACOLDA.

Francisco,

¿Qué es esto? que la pendencia
Antes, despues el concurso
De gente, absorta y suspensa
Me tuvo: sepa qué ha sido.

YUPANGUÍ.

¿Qué quieres, Maria, que sea
Sino poca suerte mía?

¹ No solo no son imagen.

Mira... Pero no lo veas:

(Corre la cortina.)

No te quiebre el corazon
Ver mi dicha en polvo envuelta.
¿Quién aquí cuando sali
Entró?

GUACOLDA.

Nadie, que yo sepa.

YUPANGUÍ.

Pues sabrás...

ESCENA XII.

GLAUCA; y despues, TUCAPEL.

— DICHOS.

GLAUCA. (Dentro.)

¿Qué atrevimiento

Es este?

YUPANGUÍ.

Mas oye, espera.

(Salen Glauca y Tucapel.)

¿Qué es eso, Ines?

GLAUCA.

Que no solo

Aquí Tucapel se entra,
Pero que no hay como echarle
De casa.

TUCAPEL. (Ap.)

Mi muerte es cierta.

YUPANGUÍ.

Vén acá: ¿no te he mandado
Que no entres por estas puertas?

TUCAPEL.

La novedad de entrar todos
Me permitió la licencia.

YUPANGUÍ.

Y cuando todos se van,
¿Cómo tú solo te quedas?

TUCAPEL.

Como aunque mas lo procuro,
Nunca encuentro con la puerta.

YUPANGUÍ.

¿Qué necia disculpa! Pero
Aunque castigar debiera
De otra suerte tu osadía,
No ha de ser sino de aquesta.
Entra á esa cuadra.

TUCAPEL. (Ap.)

Los palos

Llegaron, pues quiere que vea
El daño que hice.

YUPANGUÍ.

Y en una

Caja que hallarás en ella,
Pon cuanto hallarés allí
De instrumentos y herramientas,
Y carga con ello, y vén
Connmigo, porque tú á cuestras
Lo has de llevar donde yo
Te mandare.

TUCAPEL.

Considera...

YUPANGUÍ.

¿Qué?

TUCAPEL.

Que no podré llevarlo.

YUPANGUÍ.

¿Por qué?

TUCAPEL.

Porque ya experiencia

Tengo de que para eso
No alcanzan, señor, mis fuerzas.

YUPANGUÍ.

No repliques; que ha de ser.

TUCAPEL.

No ha de ser.

YUPANGUÍ.

Si ha de ser : entra ;
Que es servicio de Maria.

TUCAPEL.

Ya el obedecerte es fuerza.
(Vase, y Glauca por otro lado.)

ESCENA XIII.

YUPANGUÍ, GUACOLDA.

YUPANGUÍ.

Tú, querida esposa mia,
Licencia me da á una ausencia ;
Que nadie ha de verme hasta
Que con la escultura vuelva
Hecha toda una ascua de oro,
Por si suple la riqueza
Lo que al arte le ha faltado.

GUACOLDA.

¿Para eso pides licencia,
Cuando para eso aun mi amor
Te rogara que te fueras ?
Solo me pesa que esté,
De pestes, hambres y guerras,
Tan en necesidad suma
Nuestro caudal, que cubierta
No la puedas traer, Francisco,
De oro, diamantes y perlas.
Pero ya que no es posible,
Débate yo una fineza.

YUPANGUÍ.

¿Qué es ?

GUACOLDA.

Que te lloves contigo

Las pocas pobres joyuelas
Que me han quedado, y si no
Te bastare el precio dellas
Para pagar el dorado,
Con una S y clavo sella
Mi rostro ; que pues esclava
Dos veces, de Maria bella
Una, y otra tuya soy,
A ninguno hará extrañeza
Ver que esclava de dos dueños,
Uno para otro me venda.

YUPANGUÍ.

¿Qué quieres que te responda,
Sino que no me enterezcas ?
Yo llevo con que pagar.

GUACOLDA.

Pues ya está la caja puesta,
Y con ella Tucapel
Esperandote á la puerta.

YUPANGUÍ.

Dame los brazos, y adios.

GUACOLDA.

El con bien á ellos te vuelva.

YUPANGUÍ.

¿Quién no sintiera el dejarte !

GUACOLDA.

¿Quién el verte ir no sintiera !

YUPANGUÍ.

¿Qué pena !

GUACOLDA.

¿Qué pena !

(Vanse cada uno por su parte.)

ESCENA XIV.

IDOLATRÍA.

¿Qué

Dolor puede ser, qué pena
La que empezando en ultraje,
Camina á ser excelencia ?
¿Qué es esto, cielos ? ¿ Tan firmes
Raices prende, flores echa
Y frutos brota una planta
De fe en tan árida tierra
Como el corazon de un indio,

T. XIV

Que no impiden á que crezca
Ni el ábrego de mis iras
Ni el ciego de mis violencias ?
¿De qué me ha servido ; ay triste !
Que en la escultura primera
Oyese tantos baldones,
Ni que en la segunda vuelva
Con nuevo escarnio de todos
A ver ruinas y oír afrentas,
Si nada le desconfia,
Si nada le desespera,
Y ántes de los mismos medios
Que usé yo para romperla,
Usa él para fabricarla,
Pues me obliga, pues me fuerza
En aquel indio á quien yo
Asisto, á que le obedezca,
Siendo yo misma en mi agravio
Cómplice contra mí mesma,
Pues puse á servir mi noble
Espíritu de soberbia ?
Y aun no para aquí el prodigio
De su fe, sino en que quiera
Mi cólera adelantarme,
Mal valida de mis ciencias,
Todo su triunfo, porqué
Aun ántes de ser le sienta.
Digalo el que sincopando
El tiempo, le veo que llega
Ya al dorador, á quien oigo
Que le dice...

Aparece una calle de la ciudad de la Paz.

ESCENA XV.

YUPANGUÍ, UN DORADOR. —
LA IDOLATRÍA.

YUPANGUÍ.

Yo quisiera,
Pues ya habeis visto la imagen,
Que lo que yo en componerla
Tarde, tardeis en dorarla,
Porqué de aquesta manera
No perdamos tiempo.

DORADOR.

Amigo,
Lo que he sacado de verla,
Es que vuestro celo es bueno,
Mas la habilidad no es buena.
Cuanto gasteis en dorarla
Perderéis, pues imperfecta
Siempre ha de quedar, supuesto
Que está tan sin arte hecha,
Tosca y mal pulida.

YUPANGUÍ.

Eso

No corre por vuestra cuenta.

DORADOR.

Si corre. ¿He de poner yo
Mano en cosa que no sea
Despues de provecho ?

YUPANGUÍ.

No
Deis tan áspera respuesta
A quien humilde os suplica,
Y lo que ha de pagar ruega ;
Pues cuanto al precio, si no
Bastaren estas monedas
De oro, que es cuanto ha podido
Dar de sí mi corta hacienda,
Yo me quedaré á serviros
Hasta quedar satisfecha
La paga, y un año mas
De balde sobre la deuda.

DORADOR.

No sé qué os diga. Ese afecto
Me ha trocado de manera,
Que no solo he de doraros
La Imágen, pero ni aun esas

Monedas he de tomar :
Guardadlas para la vuelta,
Y venid conmigo, no
A servir, sino á que sea
Vuestro hospedaje mi casa
El tiempo que aquí estéis.

YUPANGUÍ.

Si era

Mi obligacion ser criado,
Ya me hace esclavo la vuestra.

DORADOR.

Venid conmigo.

YUPANGUÍ.

Los cielos

La piedad os agradezcan.

(Vanse.)

ESCENA XVI.

IDOLATRÍA.

Si harán, pues es obra suya
El que un corazon se mueva
Tan de un instante á otro. ¡Cielos !
Baste, baste la experiencia,
Sin que querais que mis ansias
A mas tormento transciendan,
Anteviendo que dorada
La Imágen, vuelva con ella
A Copacavana, adonde
Porque en su casa no tenga
Otro riesgo, fray Francisco
De Navarrete en la aldea
De San Pedro, que es doctrina
Suya, la guarda en su celda.
¿Qué de luces, qué de voces
En ella alumbran y suenan
Todas las noches ! De cuyo
Divino pasmo da cuenta
A los de Copacavana,
Para que viniendo á verla,
Della agradados, la lleven
En procesion á su iglesia.
Con que una sola esperanza
A mis sentimientos queda,
Y es que haya quien todavía,
Por dorada que la vea,
Dure en la opinion de que
No ha de colocarse, miéntras
No se halle otra mas hermosa.
¡Oh si en esta conferencia
Venciese Jaira, pues viene
Diciendo despues de verla...

Se ve una calle de Copacavana.

ESCENA XVII.

ANDRES, YUPANGUÍ, EL GOBERNADOR y algunos INDIOS. — LA IDOLATRÍA.

ANDRES.

Por mas dorada que esté,
De estar informe no deja.

YUPANGUÍ.

Para suplirme algo, hay una
Fuerte razon.

ANDRES.

¿Cuál es ?

YUPANGUÍ.

Esta.

Si en lo inmenso no se da
Medida, y no está mas cerca
Del sol el que está en la cumbre
Que el que en el valle se asienta,
Claro está, pues de Maria
Es la perfeccion inmensa,
Que el mejor retrato suyo
No se acerque á su belleza
Mas que se acerca el que ménos
Hermosa la manifiesta.

Pues siendo así que hay en todos
Que suplir, suplid en esta
Copia aquello mas que hoy
La necesidad dispensa.

GOBERNADOR.

Dice bien.

ANDRES.

Yo lo concedo

En cuanto á que nadie pueda
Hacer perfecto retrato;
Mas no ha de ser de manera
Que al verle, la devocion
Peligre en la irreverencia.
Y así, en tanto que no haya
Mejor hechura que esa,
No ha de entrar en la capilla.

GOBERNADOR.

Si ha de entrar; que la fe es ciega
Y no mira á lo que es,
Si no á lo que representa.

ANDRES.

Aqueso es querer que el mando
A la razon haga fuerza.

GOBERNADOR.

No es sino querer que el celo
Con el tiempo no se pierda,
Mayormente cuando hoy
Tenemos tres concurrencias
Que en ningun dia del año
Habrá...

TODOS LOS INDIOS.

¿Qué son?

GOBERNADOR.

La primera,

Que aquel ídolo de Faubro,
Que mes santo se interpreta,
Simboliza al de febrero,
Que es el que mañana empieza.
La segunda es que al segundo
Dia suyo se celebra
La gran Purificacion
De Maria; y la tercera
Que aquesta festividad
Se llama de las Candelas:
Luego si el ídolo Faubro
En febrero se destierra,
Y el lugar que estubo inmundo
Se purifica con bella
Luz de fe, ¿qué dia tendrém
Para celebrar la fiesta,
En que Purificacion
Haya, mes santo y luz nueva?

ANDRES.

¿Veis todas esas razones?
Pues á mi no me contentan.

TODOS.

Ni á nadie, miéntras no haya
Escultura mas perfecta.

(Vase.)

ESCENA XVIII.

EL GOBERNADOR, YUPANGUÍ.—
LA IDOLATRÍA.

GOBERNADOR.

Francisco, ¿veis esto? pues
Nuestra fe no descaezca.
Yo tengo al Virey escrito
Cuanto nos pasa, y que tenga
Memoria de las coronas
Que ofreció, con que con ellas
Mas adornada la Imágen,
No dudo mejor parezca.
Cuidad della vos, en tanto
Que yo andas y altar prevenga,
Coro y música; que vos
Y yo hemos de hacer la fiesta
Solos, aunque nadie acuda. (Vase.)

YUPANGUÍ.

María divina y bella,

Yo no supe mas, ni pudo
Extenderse á mas mi idea.
Perdonadme, y si por mí
El pueblo no os reverencia,
No corra eso á cuenta mía:
Volved vos por la honra vuestra. (Vase.)

ESCENA XIX.

IDOLATRÍA.

¿Quién no fuera inmortal para
Matarse ántes que lo viera!
Mas ¡ay! que no solo tengo
De verlo cuando suceda,
Pero aun desde ahora, pues
En la aprension de mis ciencias
Estoy (¡oh ansia, lo que corres!)
Viendo (¡oh dolor, lo que vuelas!)
Que el generoso Mendoza
Que hoy estos reinos gobierna,
Como quien tiene á María
En el corazon impresa,
Pues el *Ave Maria* es
El timbre de su nobleza,
Avisado (¡ay infelice!)
Del Gobernador, en muestra
De su devocion, trayendo
Las coronas de la ofrenda,
A hallarse en su translacion
Viene: con que unirse es fuerza
Para su recibimiento,
Ambos bandos, de manera
Que saliéndole al camino,
Veo que á decirle llegan...

Aparece un camino.

ESCENA XX.

INDIOS, SOLDADOS, EL GOBERNADOR,
EL VIREY, YUPANGUÍ, ANDRES.
—LA IDOLATRÍA.

INDIOS. (Dentro.)

¡Viva el ínclito Mendoza,
Que en justicia y paz gobierna!

GOBERNADOR.

¡Vuexcelencia, gran señor,
En estos valles!

CONDE.

Habiendo

Sabido por vuestro aviso
Que está ya todo dispuesto
Para ir á Copacavana
Desde el lugar de San Pedro
La Imágen que labró el indio,
A hallarme en la fiesta vengo,
Como congregante suyo;
Y á cumplir mi ofrecimiento
Trayendo las dos coronas,
Bien que humilde corto obsequio;
Mas no todas veces puede
Seguir el don al deseo.

GOBERNADOR.

Vos seais muy bien venido;
Que bien menester habemos
Este honor para que sea
Grande su acompañamiento;
Que sin vos fuera muy solo.

CONDE.

¿Pues no están todos los pueblos
Convocados?

GOBERNADOR.

Hay, señor,
Mucho que decir en eso.

CONDE.

¿Qué hay que decir?

ANDRES.

Si me dais
Licencia, yo, pues que tengo

La culpa, daré, señor,
La disculpa. Yo me he puesto
En que no es decente imágen
La que hasta ahora tenemos.
Porque es labrada de un hombre
Sin arte, ciencia ni ingenio;
Y por no ver deslucido
Su culto en el desaseo,
Han seguido mi opinion
Muchos, que no quieren cuerdos
Colocar una escultura
Que hace indevoto el afecto.

CONDE.

¿Quién la labró?

YUPANGUÍ.

Yo, señor.

CONDE.

Pues ¿qué os movió no teniendo
Ciencia ni experiencia, á ser
Escultor?

YUPANGUÍ.

Un pensamiento
En que fué mas imposible
Que el serlo, el dejar de serlo.

CONDE.

Yo la he de ver, y veré
De ambos la razon.

YUPANGUÍ.

Bien presto

Podeis.

CONDE.

¿Cómo?

YUPANGUÍ.

Como está
En ese cercano pueblo:
Por no tenerla en mi casa
Sin el debido respeto,
Está en la de un religioso.

CONDE.

Pues vamos allá; que quiero
Desengañarme yo á mí,
Y componer este duelo
Como mas convenga á gloria
Y honra suya.

ANDRES (Ap.)

Yo me alegro

De que vaya á verla, pues
Es fuerza ofenderse, en viendo
Su deformidad.

YUPANGUÍ. (Ap.)

Señora,

En vista está vuestro pleito:
Pues de todos abogada
Sois, hoy sedlo vuestra.

(Vase.)

IDOLATRÍA.

¡Cielos!

¿Qué fe es esta deste indio,
Que penetrando los cielos,
Logra ¡ay de mí! que las nubes
Rasguen sus azules velos,
Y que alados querubines,
Iluminando los vientos,
Desciendan sobre la Imágen?
A tan alta fe, á misterio
Tan grande, á favor tan sumo,
Ni hay ciencia ni hay sufrimiento
Cantén ellos, miéntras yo
Sufro, lloro, gimo y peno. (Vase.)

ESCENA XXI.

Tocan chirimías, córrese la cortina, y vese en un altar adornado de luces y flores la Imágen dorada, y al mismo tiempo en dos apariencias, que llaman sacabuches, bajan DOS ÁNGELES, con paletas, colores y pinceles en las manos; y mientras ellos cantan y toda la MÚSICA responde dentro, vancando LOS ÁNGELES la Imágen, y ella se va convirtiendo, como mejor pueda ejecutarse, en una imágen de nuestra Señora, con el Niño Jesus en los brazos, la mas hermosa, adornada y vestida que se pueda, que será aquella misma que se vió en la apariencia del incendio y de la nieve.

ÁNGEL 1.º

Venid, corred, volad,
Y al terreno pensil
Trocad, ángeles, hoy
El trono de zafir.

MÚSICA. (Dentro.)

Volad, corred, venid.

ÁNGEL 2.º

Venid, corred, volad,
Pues es la causa á fin
De hermostear el retrato
De vuestra Emperatriz.

MÚSICA. (Dentro.)

Volad, corred, venid.

ÁNGEL 1.º

Venid, corred, volad;
Donde puedan suplir
Acieros del pincel,
Errores del buril.

MÚSICA. (Dentro.)

Volad, corred, venid.

ÁNGEL 2.º

Venid, corred, volad;
Que hay quien quiera argüir
Mancha en copia de quien
Nunca la tuvo en sí.

MÚSICA. (Dentro.)

Volad, corred, venid.

ÁNGEL 1.º

Venid, corred, volad,
Veréis que al esparcir
Al aire su cabello,
Tremola á todo Ofir.

MÚSICA. (Dentro.)

Corred, volad, venid.

ÁNGEL 2.º

Venid, corred, volad,
Y en el blanco matiz
De su frente hallaréis
Deshojado el jazmín.

MÚSICA. (Dentro.)

Volad, corred, venid.

ÁNGEL 1.º

Venid, volad, veréis
En sus ojos lucir
Luceros ciento á ciento,
Estrellas mil á mil.

MÚSICA. (Dentro.)

Volad, corred, venid.

ÁNGEL 2.º

Venid, corred, que en dos
Mitades dá á un rubí
Su púrpura el clavel,
La rosa su carmin.

MÚSICA. (Dentro.)

Corred, volad, venid.

ÁNGEL 1.º

Venid, corred, volad;
Que en su mano á brunir
Da torneado alabastro
Lecciones al marfil.

MÚSICA. (Dentro.)

Corred, volad, venid.

ÁNGEL 2.º

Venid, corred; volad,
Que de uno á otro confín
Hoy lucen en febrero
Las flores del abril.

MÚSICA. (Dentro.)

Corred, volad, venid.

ÁNGEL 1.º

Y vosotros, mortales,
A admirar, á advertir...

ÁNGEL 2.º

Que los yerros del hombre
Enmienda el serafín.

LOS DOS; Y MÚSICA, dentro.

Corred, volad, venid,
Veréis cuánto mejoran
En vuestra Emperatriz
Acieros del pincel
Errores del buril.
Corred, volad, venid.

ESCENA XXII.

Tocan las chirimías, y desaparecen los ÁNGELES, quedando en las andas la Imágen, vestida; y salen YUPANGUÍ y GUACOLDA por distintas puertas, sin verse.

YUPANGUÍ Y GUACOLDA.

«¡ Corred, volad, venid,
Veréis cuánto mejoran
En vuestra Emperatriz,
Acieros del pincel,
Errores del buril! »

YUPANGUÍ.

¿Qué salva, cielo, es
La que en el viento oí?

GUACOLDA.

Sin duda es nueva aurora
A quien se canta así.

YUPANGUÍ.

A aquella parte suena.

GUACOLDA.

Pues se escucha hácia allí...

YUPANGUÍ.

Seguiré su armonía.

GUACOLDA.

Su acento he de seguir.

YUPANGUÍ.

Pero ¿qué es lo que veo? (Vense.)

¡Tú, bella esposa, aquí!

GUACOLDA.

Si estás tú aquí, ¿qué extrañas
El que venga tras ti?

YUPANGUÍ.

La fineza agradezco;
Mas déjame sentir
Que día que en el valle
Tanto concurso vi,
Que aun el mismo Virey
Corona su confin,
Tan desacompañada
Vengas á deslucir,
Sin mas fausto, la heroica
Real sangre que hay en ti.

GUACOLDA.

No eso te desconfie;
Que si vengo á asistir
Al culto de María,

De quien humilde y vil
Esclava soy...

YUPANGUÍ.

Espera;

Que segun advertí,
Viene el Virey.

GUACOLDA.

Si haré,

Volviendo á discurrir...

YUPANGUÍ.

Y vuelva yo á pensar...

LOS DOS.

¿Qué quisieron decir
«Que mejorar verémos
En nuestra Emperatriz
Acieros del pincel,
Errores del buril?»

ESCENA XXIII.

EL VIREY, EL GOBERNADOR, ANDRES É INDIOS.—DICHOS.

YUPANGUÍ.

Esta, señor, es la breve
Esfera donde hoy la tengo
Depositada, hasta ver
Si tanta dicha merezco
Como verla colocada.

ANDRES. (Ap.)

Ahora es cuando al verla, es cierto
Que se ha de desagradar.

CONDE.

¡En mi vida vi mas bello
Simulacro de María!

YUPANGUÍ.

¿Qué es esto, cielos, que veo!

GOBERNADOR.

¡Cielos, qué es esto que miro!

ANDRES.

¿Quién retocó aquel bosquejo,
Que tan inculto dejamos?

YUPANGUÍ.

Pasóse de extremo á extremo
A ser alcázar mi ruina,
Pues la que allá en un momento
Encontré deshecha, aquí
Tan adornada la veo,
Siendo la misma que yo
Vi nevar sobre el incendio.

CONDE. (A Andres.)

¿Cómo vos tan atrevido,
Tan rara perfeccion viendo,
A decir os atrevisteis
Que era retrato imperfecto?

ANDRES.

Como no es esta la estatua
Que aquí dejamos.

GOBERNADOR.

Si es, puesto
Que nadie aquí entró, ni ha habido
Por diligencias que ha hecho
Nuestro cuidado en buscarla,
Otra en todos estos reinos.

ANDRES.

Pues si es ella, aquí han andado
Mas celestiales obreros.

CONDE.

Es sin duda, porque no
Pudo el humano desvelo,
Sin divino auxilio, haber
Tal hermosura compuesto.
Ampos y copos parece
De su rostro y de su cuello
La blancura.

GOBERNADOR.

Yo dijera

Que agraciado lo triguero,
En ella hicieron union
Nieve y azabache á un tiempo.

UNOS.
Ninguno dijera bien;
Que sonrosados reflejos,
Rosas y claveles son
Sus tornasoles.

YUPANGUÍ.
Yo ciego
A sus rayos, de colores
No puedo hacer juicio, atento
A la risa con que mira.

ANDRES.
¿Qué risa, si lo severo
De su semblante está dando
Igual temor y respeto,
Si no es que sea á mí, por mas
Que de mi error me arrepiento?

TODOS.
A todos ha parecido
Diferente.

CONDE.
Fuerza es, puesto
Que á lo divino no alcanzan
Los humanos ojos nuestros.

YUPANGUÍ.
Dichosa mi insuficiencia
Fué, pues si docto maestro
La hubiera labrado, á él
Se atribuyera el acierto,
Y no pasara de allí
La admiracion á portento.

CONDE.
Dadme los brazos; que bien
Se ven los merecimientos
De vuestra fe: y pues teneis
Vos tratado su respeto
De mas cerca, poned vos
Las coronas á sus dueños.

(Toma Yupangui las coronas, sube á ponerlas, y en tanto el Gobernador re- parte á todos velas, que traerá un criado.)

YUPANGUÍ.
Ya no como á hechura mia,
Como á reina os reverencio,
Pues os entrego coronas.

GOBERNADOR.
En tanto iré repartiendo
Las velas que ha de llevar
Todo el acompañamiento.
Vos, pues venisteis á honrarnos,
Habeis de ser el primero.
Id ahora tomando todos.

CONDE.
Apartaos todos; que quiero
Ver si las coronas vienen
A medida. ¡Oh cuánto siento
Que la del Hijo á la Madre
Cubra el rostro! ¿Podrá esto,
Decid, pues vos la labrasteis,
Tener agora remedio,
Con que bajando las manos,
Deje el rostro descubierto?

YUPANGUÍ.
Mal podré atreverme yo
A retocarla, teniendo
Oficiales que sabrán
Mucho mejor que yo hacerlo.

CONDE.
Pues desconsuelo es bien grande.

YUPANGUÍ.
No es muy grande el desconsuelo.

CONDE.
¿Cómo?
(Aparta la Imágen el brazo derecho, y deja en el lado izquierdo el Niño, que le tenia con las dos manos, y queda con la mano derecha desocupada.)

YUPANGUÍ.
Volved á mirarla,
Veréis que aparta de en medio

Del pecho, donde tenia
A su Hijo, el brazo izquierdo,
Y recostándole al lado
Del corazon, el derecho
Tambien desviado, deja
Todo el rostro descubierto.

¡Qué maravilla!

UNO.
OTRO.
¡Qué asombro!

OTRO.
¡Qué prodigio!

OTRO.
¡Qué portento!

CONDE.
No solo portento, asombro
Es y maravilla, pero
Aun todo eso incluye en sí
Mas reservado misterio.
Haber reclinado al Hijo
Al abrigo de su pecho,
Dejando la mano diestra
Desocupada, ¿no es cierto
Que es para que yo esta vela
Ponga en ella, conociendo
Que es la Purificacion
Su principal ministerio?

(Pone la vela á la Imágen en la mano.)
Mirad cómo representa
De la suerte que fué al templo,
Mostrando que al templo hoy
Va tambien; y si allí vemos
Que fué purificacion
Su festividad, lo mismo
Vemos aquí, pues el ara
Sacrilega tanto tiempo
Purifica de su antorcha
La luz, á cuyos reflejos
Se van de la idolatria
Las sombras desvaneciendo.

(Dentro ruido de tempestad.)

ESCENA XXIV.

LA IDOLATRÍA. — DICHOS.

IDOLATRÍA. (Dentro.)
Y para confirmacion
De que es verdad que me ausento
Para siempre, resignando
En Maria mis imperios,
Cuantos espíritus tuve
En los idólatras pechos
Apostados, conmigo
Irán de su vista buyendo.

TODOS.
¿Qué nuevo prodigio es este?

ESCENA XXV.

GUACOLDA. — DICHOS.

GUACOLDA.
Yo lo diré, pues viniendo
A lograr hoy en mi esposo
El triunfo de sus desvelos,
He hallado por el camino
Sanos á muchos enfermos,
Con piés á muchos tullidos
Y con vista á muchos ciegos,
Y lo que es mas, muchos indios,
Que poseidos de fieros
Espíritus, han quedado
Libres, á voces diciendo...

INDIOS. (Dentro.)
¡Maria es la Virgen Madre
Y Cristo el Dios verdadero!

ESCENA XXVI.

TUCAPEL Y OTROS INDIOS. — DICHOS.

TUCAPEL.
Digalo yo, pues cobrado

En mi natural acuerdo,
A voces pido el bautismo.

UNOS.
Todos decimos lo mismo.

TODOS.
¡Maria es la Virgen Madre,
Cristo es el Dios verdadero!

YUPANGUÍ.
¡Feliz el dia que logra
Tantas dichas mi deseo!

GUACOLDA.
¡Feliz el que yo en tu busca
Vine á merecer el verlo!

ANDRES.
¡Feliz para mí el que miro
Tan mejorados mis yerros!

GOBERNADOR.
¡Feliz el que en mi ha logrado
La devocion de mi afecto!

CONDE.
¡Y mas feliz para mí,
Que descubri en mi gobierno
Tan alto tesoro! Y pues
Más que esperar no tenemos,
Empiece la procesion;
Que yo he de ser el primero
Que aplique el hombro á las andas.

GOBERNADOR.
Intentarlo para ejemplo
De todos, basta. Llegad
Los nombrados para eso,
Y los músicos entonen
Dulces cánticos.

ESCENA XXVII.

Salen MÚSICOS, y las MUJERES vestidas de
estudiantes, con sobrepellices. — DI-
CHOS.

MÚSICA.
Si harémos.
(Canta.) Venturosa la mañana
Que en duplicado arrebol
Nos nace con mejor sol
La aurora en Copacavana.

VOZ 1.^a
Piedra preciosa solia
Llamarse su esfera hermosa;
Pero hoy la piedra preciosa
Es la Imágen de Maria.

VOZ 2.^a
Del Faubro la Idolatria,
Que la poseyó tirana,
Mas luz en febrero gana,
Pues de nuestra se crisol...

TODA LA MÚSICA.
Nos nace con mejor sol
La aurora en Copacavana.

TUCAPEL.
Yo, pues de mi esclavitud
Libre por ella me veo,
Por mí y por todos, es bien
Pida perdon de los yerros.

YUPANGUÍ.
No es, pues de todos la ufana
Voz dirá al reino español,
Que en su imágen soberana...

MÚSICA Y TODOS.
Hoy nace con mejor sol
La aurora en Copacavana.

(Con esta repeticion, encendidas las
luces en forma de procesion, y los
músicos delante, darán vuelta por el
tablado con la Imágen en las andas;
y porque no se embaracen al entrar,
caerá una cortina que lo cubra todo.)

FINEZA CONTRA FINEZA.

PERSONAS.

ANFION, rey de Chipre.
CELAURO, general de Tesalia.

LELIO, criado de Celauro.
LIDORO, soldado.
CUPIDO.

ISMELA,
DÓRIS,
LIBIA, } damas.

SOLDADOS.
SACERDOTISAS.
MÚSICA. — GENTE.

La escena es en Tesalia.

JORNADA PRIMERA.

Campo inmediato á un templo de Diana.

ESCENA PRIMERA.

Dentro cajas y trompetas, y habiéndose dicho los primeros versos, salen LIDORO y OTROS SOLDADOS, riñendo con CELAURO, que sale ensangrentado el rostro, y tropezando. Despues, ANFION.

SOLDADOS. (Dentro.)

¡Victoria por Anfion!

ANFION. (Dentro.)

¡A sangre y fuego! No quede Piedra sobre piedra, y sea, Porque mas presto me vengue, El gran templo de Diana El primero en quien empiece El incendio.

(Salen Celauro y soldados.)

CELAURO.

Antes que osados Os atrevais á ofenderle, Me atreveré á morir yo En su defensa.

LIDORO.

¿Qué emprendes, Habiendo quedado solo, Puestas en fuga tus gentes A ampararse de los montes?

CELAURO.

Hacer gloriosa mi muerte, Matando y muriendo ántes Que á ver los ultrajes llegue Del templo, á cuyos umbrales Tengo de morir.

UN SOLDADO.

Si ese Es tu deseo, cumplido Le verás presto.

(Cae Celauro; y al ir á herirle, sale Anfion.)

ANFION.

Detente, No le mates.

SOLDADOS.

¡Tú, á quien tantos Tuyos ha muerto, defiendes!

ANFION.

Si; que es bueno para amigo Enemigo tan valiente.— ¿Quién eres, jóven?

CELAURO.

Si ántes De decir quién soy, se atreve

A decirlo mi valor Tan desesperadamente, ¿Qué será despues que lo haya Dicho? Y para que me empeñe De nuevo el nombre, Celauro Soy, general de las huestes De Aristeo, hoy en Tesalia Rey, cuyos montes contienen Este templo de Diana, En cuya defensa (Ap. Déme Esfuerzo el dolor) intento (Ap. ¡Ay, Dóris, lo que me debes!) Morir, porque vivo, no Se diga de mí.— ¡Valedme, Cielos! que vista y sentidos Desalentados fallecen; Bien que altivamente ufanos, Al ver cuán gloriosos mueren, Más por la fama que ganan Que por la sangre que pierden.

(Cae desmayado.)

ANFION.

Retíradle, retíradle;

(Retíranle.)

Y si por dicha no hubiere Espirado, como si Mi misma persona fuese, Cuidad de su vida. Pero No por una piedad piense Tesalia que mis rencores En ella el furor suspenden. Seguid el alcance á sangre Y fuego, y aunque mil veces Lo repita, el templo sea De Diana en quien empiece La hoguera, cuyas cenizas Tan desvanecidas vuelen Al aire, que de su ruina La memoria aun no se acuerde.

SOLDADOS.

Arda el templo de Diana.

(Vanse los soldados y Lidoro. — Cajas y trompetas dentro.)

ANFION.

¿Qué conciento habrá que suene Mejor que al compas de trompas Y cajas, decir mis gentes?... (Suena dentro música.)

ESCENA II.

CORO DE SACERDOTISAS; despues, LIDORO Y SOLDADOS.— ANFION.

SACERDOTISAS. (Dentro, unas hablando y otras cantando en coro.)

Suspende, invicto Anfion, La saña, el furor suspende; Que quien vence sin contrario, No puede decir que vence.

ANFION.

Pero ¿qué voces son estas Que á sus estruendos suceden? (Salen Lidoro y soldados.)

LIDORO.

Apénas los embreados Haces que aplicar previenen Tus soldados á su muro, La primera llama encienden, Cuando de adentro se escuchan Dos ecos tan diferentes Como son música y llanto: A cuyo compas se ofrecen, Abierto el templo, sus bellas Sacerdotisas, que vienen Cantando á un tiempo y llorando, Porque sus extremos muestren El que tu victoria aplauden Y el que su desdicha sienten.

ESCENA III.

ISMELA, LIBIA Y CORO DE SACERDOTISAS. — ANFION, LIDORO, SOLDADOS.

ISMELA. (Dentro.)

Venid todas, respondiendome A lo que yo diga siempre.

ANFION.

Mucho temo que sus blandos Ecos mi cólera templen; Que cláusulas y gemidos Son dos hechizos muy fuertes. Pero no me venceré, Por mas que diciendo lleguen... (Salen Ismela, Libia y coro de sacerdotisas.)

ISMELA Y CORO.

Suspende, invicto Anfion, La saña, el furor suspende; Que quien vence sin contrario, No puede decir que vence.

ISMELA.

Suspende, invicto Anfion, La saña, el furor suspende; Que no es digno aplauso, heróico Triunfo, ni blason decente De tus siempre victoriosas Armas, que ya que te adquieren El laurel contra el valor De los hombres, le ensangrienten En los femeniles pechos De tan rendidas mujeres, Que en fe de noble, de ti Contra tí se favorecen. Cuantas de Diana el templo Habitan, á tus piés tienes, Con segura confianza De que han de vivir, si atiendes...

CORO.

*Que quien vence sin contrario,
No puede decir que vence.*

ISMELA.

Si ya en la campal batalla,
Atropellando lo fuerte,
Te coronas vencedor,
No en lo flaco á perder echas
El segundo lauro que
Lograr victorioso puedes,
Pues vencer y perdonar
Es ser vencedor dos veces.
El rayo sus ejemplares
Te dé, que sañudo hiere
Mas que en pajizas cabañas
En dorados chapiteles.
Las iras del noto mas
Se ceban en lo rebelde
Del roble que se resiste,
Que en la caña que se tuerce.
¿Qué raudal precipitado
Del monte en deshecha nieve,
Cuando le arranca lo bronco,
No le perdona lo débil?
El mas corpulento bruto
Que sobre su espalda suele
Sufrir armados castillos,
En la sangre se detiene;
Que aun un bruto á sangre fria
La furia en lástima vuelve.
No pues tu valor disfames,
No pues tu valor afrentes;
Que el que de valiente pasa
A cruel, ya no es valiente,
Pues no repara, no mira,
No considera, no advierte...

CORO.

*Que quien vence sin contrario,
No puede decir que vence.*

ISMELA.

El triunfo del victorioso
Mas le ilustra y le engrandece
El vivo esclavo que uncido
Arrastra el carro eminente,
Que el que yace en la campaña;
Pues nada mas claramente
Dice la ruina de aquel,
Que la servidumbre deste.
Y pues nuestro llanto dice
Nuestro dolor, é igualmente
Nuestro canto tu victoria,
No abandones, no desprecies,
Cuando á merced de las vidas
Por tus cautivas nos llevas,
Que cláusulas y gemidos
Tan en tu aplauso se mezclen,
Pues celebran lo que lloran,
Que lloren lo que celebren:
Y siendo así que uno y otro
Mas te ensalza que te ofende...

CORO.

*Suspende, invicto Anfion,
La saña, el furor suspende.*

ISMELA.

No digan de tí, si lidias
Contra quien no se defiende...

CORO.

*Que quien vence sin contrario,
No puede decir que vence.*

ANFION.

Quien viere puesta á mis plantas
Tan hermosa tropa, y viere
Que ni su canto me obliga
Ni su llanto me enternece,
Siendo así que en la hermosura
Son (ya esté triste ó ya alegre)
El canto la mejor gala

Y el llanto el mejor afeite,
Pensará que soy tan fiero,
Tan bárbaro y tan aleve,
Que falto á lo racional;
Y para que no lo piense,
En público manifiesto
Será preciso que honeste
Que me mueve mayor causa
Que las dos que no me mueven.
Todas la sabeis; mas no
Sabeis todas qué accidente
La hace mayor cada día:
Y así es bien que aquella acuerde
Para entrar en esta, puesto
Que es menor inconveniente
Que moleste repetida,
Que el que ignorada moleste.
—Hijo de Anteon de Chipre
Quedé, en tan temprano oriente,
Que no supe de mi vida
Primero que de su muerte.
El primer idioma en que
Aprendieron mis niñeces
A hablar, fué el comun gemido
De su nobleza y su plebe,
Lamentando su horroroso
Trágico fin; que no tienen
Públicas desdichas ménos
Coronistas que las cuenten.
Dél pues supe que arrastrado
De la inclinacion vemente
Que siempre tuvo á la caza,
Vino desde Chipre á este
Monte de Tesalia, á fin
Quizá de que á un tiempo fuesen
De sus bosques y su alcázar
Tan sacrificio las reses,
Que los despojos de uno
Coronasen los dinteles
De otro, siendo en ambos ruina
Y adorno testas y pieles.
No bien le salió el intento,
Pues cuando mas diligente
Penetraba de sus grutas
El mas intrincado albergue,
Rendido á sed y cansancio,
Propensiones que traen siempre
Fatigas del bosque umbroso
Y sañas del sol ardiente;
Llamado del blando silbo
De una cristalina sierpe
(Bien dije, pues en Tesalia
No hay planta que no avenene
Con lo amargo de sus hojas
Lo dulce de sus corrientes),
Siguió su conciento; pero
Recatándose prudente
De que el hallado cristal
Mas que le alivié le infeste,
Se contuvo, por mas que
Brindaba halagüeñamente
Sobre salva de esmeralda
Búcaro de yerba el césped:
Con que burlando su risa,
Hasta que sanear pudiese
Lo nocivo del arroyo
Lo nativo de la fuente,
Entró á lo mas escondido
De un marañado retrete,
Que el natural sin el arte
Fabricó, haciendo canceles
De melancolicas hiedras
Y encubiertos cipreses.
Aqui en un neutral remanso
Que hacia timidamente
El agua, como dudando
Si se pare ó se despeñe,
A lo largo descubrió
Por entretejidas redes
A Diana con vosotras,
O vuestras antecedentes
Ninfas; que no quiero que

Curiosos impertinentes,
Habiendo dicho mi infancia,
Vuestra edad por la mia cuenten.
Depuestos pues los adornos
En la hermosa márgen verde,
Al líquido cristal daban
Cuajado cristal por huésped.
Hidrópica aquí la vista
Mas que el labio, con dos sedes,
Ya fuese de fuego helado
O ya de encendida nieve,
A su acecho se atrevió;
Pero no tan cautamente,
Que por aclarar quizá
El corto resquicio breve,
No hiciese ruido en las ramas:
Con que corrida de verse
Vista Diana, bien como
A la verdad pintar suelen
(Por no decir que desnuda),
Tanto su indecoro siente,
Que á fuer de casta deidad,
Se vengó como si fuese
Delito el acaso. En fin
(Que no quiero detenerme
En retóricas pinturas;
Que pelagra lo decente
Donde hay baños y beldades),
Para que nunca pudiese
Decir que la vió, en tan nueva
Forma su aspecto convierte,
Que de especie racional
Transformado en bruta especie,
Hallado fué de sus canes,
Que en lo real ó lo aparente
De su semblante engañados,
Para que cuando le encuentren
Halle la fiera rendida,
Por servirle le acometen
Traidoramente leales.
; Oh lisonja, cuántas veces
Juzgas que á tu dueño halagas,
Y es tu dueño á quien ofendes!
Dívalo... Mas no lo diga
Nadie, porque nadie puede
Decir mas de que fué en ellos
La lealtad la delincuente.
Muerto pues, aunque el dolor
Creció conmigo igualmente,
No el rencor; que venerando
La deidad de Diana siempre
Por casta deidad, no tuve
Accion que no se rindiese
A que ya dada una vez
Por ofendida, se vengue;
Pero en habiendo sabido
Que tanto pundonor (entre
De aquella primera causa
Aqui el segundo accidente)
Paró en rendir á un villano
Pastor, de sus altiveces
La vanidad, pues por él
De noche incauta descendié
A estos montes, no me queda
Ni atencion que la veneré,
Ni adoracion que la estime,
Ni temor que la respete.
Deidad que en sus estatutos,
Contra naturales leyes
Manda al aborrecimiento
Que á pesar del amor reine;
Deidad que por el melindre
De un fácil acaso leve
Mata á un noble Anteon, y admite
A un vil Endimion, ó miente
Aquel honor ó este amor
O entrambos; que no convienen
Bien un amor que se abata
Con un honor que se ostente.
Manténgase en sus recatos
Igual la que altiva quiere
Que sea igual su estimacion;

Que emprende mal la que emprende
 (Mientras no enmudezca el vulgo
 O la malicia no ciegue)
 Que se callen los favores
 Y se digan los desdenes.
 Y pues no debo guardarla
 Respetos que ella se pierde,
 Deba persuadirme á que
 Aquel estrago no fuese
 Todo honestidad, sinó
 Ojeriza que nos tiene
 A los de Chipre, por ser
 Adonde mas reverente
 Adoracion se da á Vénus.
 Y aunque ella vengada quede
 Viendo todos cuán en vano
 El arco de Amor desprecie,
 Yo no, porque un heredado
 dolor, aunque le tolere
 La pereza de los dias,
 Tan sobre sí mismo duerme,
 Que es fuerza que á poca voz
 Sobresaltado despierte.
 Y así, naciendo mi agravio
 Segunda vez como fénix,
 De cenizas que no estaban
 Ni apagadas ni calientes;
 Sin entrar en el temor
 De que en mí su saña emplee
 Como en mi padre (que en fin
 Es Vénus quien me defiende,
 Y poder contra poder
 Ningun privilegio tiene);
 En venganza suya intento
 Hacer que el mundo celebre
 Con desdoras de Diana
 Triunfos de Vénus: de suerte,
 Que no me quede en su ultraje
 Templo suyo que no queme,
 Alcázar que no derribe,
 Clausura que no violente,
 Bosque ó selva que no tale,
 Flor ó fruto que no asuele,
 Y en fin, estatua que no
 Profane, deshaga ó quiebre;
 Si ya no es (porque no digan
 Que mis armas impacientes,
 Porque se vieron validas,
 Dejaron de ser corteses)
 Que entre el rendido lamento
 Vuestro y mi cólera medie
 Capitulacion en que
 Unos y otros intereses
 Ni bien castiguen piadosos,
 Ni bien perdonen crueles.
 Con calidad pues de que
 La imagen de Diana deje
 A la de Vénus altar,
 Ara y trono en que se asiente;
 Y vosotras, que hasta aqui
 A sus cultos obedientes
 La servisteis, desde hoy,
 Mudados ritos y leyes,
 Sacerdotisas de Vénus,
 Troqueis ufanas y alegres
 Sus vanas austeridades
 A regalados placeres
 De honesto amor (que tampoco
 Soy tan bárbaro que intente
 Que los deleites de Vénus
 Sean no dignos deleites,
 Pues si es madre de Cupido,
 Tambien de Antéros prudente);
 Viviréis y viviré
 Vuestro templo, felizmente
 Mejorado de deidad;
 Pero si altivas hicieréis
 Repugnancia á este partido,
 Iréis esclavas, y este
 Templo arderá: de manera
 Que en vosotras mismas, jueces
 De vosotras mismas, pongo

Vuestra vida ó vuestra muerte
 Resolvéos pues el día
 Que mis sañas se resuelven
 A darse por satisfechas
 Con que, auxiliar de mis huestes,
 En el templo de Diana
 Vénus viva, triunfe y reine.

ISMELA.

¡Cielos! ¿qué diré?

CORO.

La vida

Es amable: que la aceptes.

LIBIA.

Y mas cuando en libertad
 Nos pone; que aunque se suele
 Decir que es cadena de oro
 Con la que Diana prende,
 ¿Qué vale el oro en cadena
 Que se arrastra y no se vende?

CORO.

Libertad y vida admite.

ISMELA. (Ap.)

¡Que á esto los hados me fuercen!

ANFION.

¿Qué respondeis?

ISMELA.

Yo que fui

La que hablé con los poderes
 De todas para obligarte,
 Lo haré para responderte.
 (Ap. Esto es fuerza, dando al tiempo
 Tiempo para que se enmiende.)
 No solo una libertad
 Y una vida te agradece
 Nuestro rendimiento, pero
 Dos, pues dos son las que ofrezco
 A quien perdonas y á quien
 Restauras piadosamente
 De la opresa esclavitud
 De austera deidad, que quiere
 Que á fuer de fieras vivamos
 Montaraces y silvestres,
 Siempre por selvas y bosques.
 (Ap. ¡Qué esto diga!) Y porque llegues
 A ver que todas en mi
 Comprometidas convienen
 En la adoracion de Vénus;
 Pues que ya decir no deben
 Que quien vence sin contrario
 No puede decir que vence,
 Dirán, depuesto el lamento
 Y no el canto, una y mil veces...

CORO.

Si dirémos, repitiendo
 Todas ufanas y alegres...
 (Cantando.) Pues el invicto Anfion
 La sana en piedad convierte,
 En el templo de Diana
 Vénus viva, triunfe y reine.

ESCENA IV.

DÓRIS, furiosa. — DICHOS.

DÓRIS.

Ni reine, triunfe ni viva,
 Sino gima, lllore y pene.

TODAS.

¿Qué intentas?

DÓRIS.

Desesperada

Venir buscando mi muerte.
 ¿Cómo es posible, cobardes,
 Traidoras, falsas y alevés,
 Que en baldon de vuestra sacra
 Deidad, tanto os amedrente

La muerte ó la esclavitud,
 Que abandonando laureles
 Tan nobles como hoy consigo
 Traen esclavitud ó muerte,
 El voto de su pureza
 Rompais, y?...

CORO Y LIBIA.

Como no debe

Obligarnos voto en que
 Ella misma nos absuelve
 El día que del amor
 Es cómplice.

DÓRIS.

La voz cese,

Cese el labio, no lo digas,
 Que aunque mil vidas me cueste,
 (Ap. ¿Para qué las quiero ya?)
 Sabrá Anfion y el mundo dese
 Engaño la verdad. (Ap. ¡Ay
 Celauro, lo que me debes!)
 Endimion, el mas sabio
 Pastor que Tesalia tiene,
 Entre otros varios estudios
 Que su juventud divierten,
 El principal fué observar
 De aqueos orbes celestes
 Los nunca parados rumbos,
 Que en siempre constantes ejes,
 El rápido y natural
 Impulso arrebató y mueve,
 Yendo el rápido al ocaso
 Y el natural al oriente.
 Y siendo así que de cuantos
 Flamantes astros contiene
 La iluminacion hermosa
 Dese volumen luciente,
 No hay constelacion, ya fija
 O ya errante, que no observe,
 Solo halló dificultad
 En el claro transparente
 Cerezo de la luna, en quien
 Diana es la que resplandece.
 Y dándose por vencido
 A que por si no penetre
 De sus tres semblantes tres
 Aspectos tan diferentes
 Como mostrarse ya llena,
 Ya menguante y ya creciente;
 A efecto de que piadosa
 Tanto caso le revele,
 Acudió continuas noches
 A sacrificarla á este
 Monte, cuya invocacion
 Era repetir: « Desciende,
 Desciende, hermosa Diana,
 A la voz de quien se atreve
 A investigar tu deidad,
 En fe de que no te ofende,
 Pues antes te obliga, cuando
 Salvar tu deidad pretende
 De la objecion de mudable,
 Persuadido á que no puedes
 Haber entrado en el uso
 Tú de las demas mujeres.»
 Agradecida la diosa
 Al culto, si ya no fuese
 Ofendida de que haya
 Quien sus mudanzas condene.
 Ó ya en sueños ó ya en voces
 Le reveló que depende
 Su luz del sol, y que como
 Opaco el orbe terrestre
 Se interpone entre los dos,
 Es preciso que se alternen
 Con las luces que la aclaran,
 Las sombras que la obscurecen.
 Y así, cobrando del año
 Los alimentos por meses,
 Se descuella en las dos puntas
 De su coronada frente,
 Al menguar, contra el levante,

Y al crecer, contra el poniente
Con que aquella invocacion
Junta con esta evidente
Demonstracion de que él solo
El curso á la luna entiendo,
Al vulgo ocasionó á que
Murmure, malicie y piense
Que dueño de sus secretos,
Lo es de su amor. ¡Oh inclemente,
Fiero, desbocado monstruo!
¡Cuántos decoros padecen,
No porque yerran, sinó
Porque á tí te lo parece!
Con que siendo como es
Clara, pura y limpia siempre
La luz de Diana...

ANFION.

Calla,
Tú tambien la voz suspende;
Que ya se sabe que á quien
Amantes yerros comete,
Nunca faltaron buscadas
Disculpas que los enmienden.
Esa lo es: y porque veas
Cuán poco conmigo puede
Tu hallada razon, no quiero
Darte castigo mas fuerte
Que el que veas cuánto ultraje
Sufre, llora, gime y siente.—
Entrad al templo, y su estatua

(A los soldados.)

Caiga en átomos tan breves,
Que dudando el aire, el bronce
Le crea polvo y se lo lleve.—
Y vosotras, pues usais
De mi clemencia prudentes,
Venid conmigo, porque
Quitada de su eminente
Solio, traigais la de Vénus
(Que siempre conmigo viene
En pequeña estatua, grande
Capitana de mis huestes)
Desde mi tienda á sus aras,
Donde triunfante se asiente.
Y para que desde luego
Su primer aplauso empiece
Hasta que se hagan mañana
Sacrificios mas solemnes,
Repetid vuestras canciones,
Cuyos concentos se mezclen
Con cajas y trompas, todos
Diciendo confusamente:
Pues el invicto Anfion...

CORO Y TODOS.

Pues el invicto Anfion...

ANFION.

La saña en piedad convierte...

CORO Y TODOS.

La saña en piedad convierte...

ANFION.

En el templo de Diana
Vénus viva, triunfe y reine.

CORO Y TODOS.

*En el templo de Diana
Vénus viva, triunfe y reine.**(Cajas, trompetas y música, todo á un
tiempo: éntranse todos, ménos Dóris.)***ESCENA V.**DÓRIS; *despues, coro, dentro.*

DÓRIS.

¿Quién, cielos, habrá que crea
Que este aplauso que sería
Ayer suma dicha mia,
Hoy suma desdicha sea?

Mas ¿quién no lo crerá; oh hado
Cruel! si, imaginada ó dicha,
Siempre corre á ser desdicha
La dicha del desdichado?
Dígalo el que siendo yo
Quien mas la fiera, tirana
Esclavitud de Diana
En estos montes sintió,
Sea quien con mas esquiva
Causa sienta el ver que ufana...

CORO. (Dentro.)

*En el templo de Diana
Vénus triunfe, reine y viva.*

DÓRIS.

Enigma parecerá
Verme defender á quien
Aborreci, y ver tambien
Que á quien amé, no me da
Gozo el mirarla aplaudida.
Pero si enigma no fuera
Mi vida, ¿cómo pudiera
Atormentarme mi vida?
Dígalo otra vez, cuán ciegas
Mis ansias son, pues precisas...

ESCENA VI.LIBIA.—DÓRIS; *coro, dentro.*

LIBIA.

Como entre sacerdotisas
No hacemos falta las legas,
Sin que reparen en mi,
Con una duda que tengo,
En tu busca, Dóris, vengo.

DÓRIS.

A mal tiempo es; pero di.

LIBIA.

Si en mi secreto no ignoras
Que asegurada tu fama,
Sé que Celauro te ama
Y sé que á Celauro adoras,
Pues en confianza mia
Contabais los dos amantes
La edad de la noche á instantes,
Y á siglos la edad del dia,
Cuando sin temer tan graves
Riesgos, lograbais abiertas
Por mi del jardin las puertas,
Falseando al templo él las llaves;
¿Cómo acusando los dos
Los preceptos de Diana,
Y amando á la soberana
Madre del vendado dios,
En vez de que agradecida
Veas logrado tu deseo,
Tan al contrario te veo
Ser tú sola la ofendida
De que aquesa voz altiva
Mil veces repita ufana?...

ELLA; Y CORO, dentro.

*En el templo de Diana
Vénus reine, triunfe y viva.*

DÓRIS.

¡Ay hermosa Libia mia!
Que esa duda y la que yo
Padezco es una; y pues no
En vano á solas quería
Mis desdichas apurar,
Oye cómo puede ser
Darme pesar el placer
Y darme el placer pesar.

LIBIA.

¿Pesar el placer?

DÓRIS.

Es cierto,
Pues cuando el placer tenia

De ver que Vénus vencia,
Tuve el pesar de haber muerto
Celauro en la lid.

LIBIA.

¿Qué dices!

DÓRIS.

Bien dudas; que no debí
De decirlo, pues no di
Envuelta en tan infelices
Voces la vida.

LIBIA.

¿Quién fué

Quien esas nuevas te dió?

DÓRIS.

Quejosa de no ser yo
La elegida, para que
Por todas á Anfion hablase,
A la mira del suceso
La última quedé: con eso
Fué fácil el que llegase
A hablarme Lelio, bañado
En lágrimas, que decian
Mas que el labio...

LIBIA.

¿Qué?

DÓRIS.

Que habian

Los contrarios retirado
Muerto á Celauro, porqué
Muerto aun les daba temor
En el campo su valor.
Tan á un tiempo oír esto fué
Y el que Vénus se aplaudia,
Que viendo cuánto su estrella
Contra mí era, contra ella
Volví toda la ansia mia.
¿Deidad que infiel veneré
En servicio de Diana,
El dia que á su templo ufana
A solo premiar mi fe
Creí que hubiera venido,
Es á quitarme la vida!
Por esto, y crér que ofendida
Diana empezar ha querido
Su venganza en él y en mí,
No habiendo ya que temer
A una ni que agradecer
A otra, acabar pretendí
De una vez con todo, siendo
Yo misma en dolor tan fuerte
Quien solicite mi muerte:
Y así, contra mi moviendo
De Anfion la saña esquiva,
Fingí aquella ilusion vana,
Para que ménos altiva...

ELLA; Y CORO, dentro.)

*En el templo de Diana
Vénus reine, triunfe y viva.*

LIBIA.

Cuando una desdicha está
Para venir, Dóris bella,
Justo es oponerse á ella;
Pero sucedida ya,
No es justo que el desconsuelo
Mate: sentencia es muy dicha...

DÓRIS.

¿Qué?

LIBIA.

Que el fin de la desdicha
Es principio del consuelo.

DÓRIS.

Para quien le puede haber;
Pero ni le hay para mí,
Ni puede haberle: y así,
Pues solamente ha de ser
Mi muerte el consuelo mio,

Por si muriendo restauro
En el Elisio á Celauro,
Turbará mi desvario
Dese triunfo lo solene,
Pues cuantas veces previene
Decir su pompa festiva...

ELLA; Y CORO, dentro.

Vénus reine, triunfe y viva...

DÓRIS.

Dire yo...

ESCENA VIII.

ANFION, SOLDADOS Y GENTE. —
DÓRIS, LIBIA.

ANFION.

Que lllore y pene

Vas á decir; pero no
Lo dirás; que aunque veloces
Corten el aire tus voces,
Sabré detenerlas yo,
Y con castigo mas fuerte
Que aun el de ser tu homicida;
Que darle á un infeliz vida
No es dejar de darle muerte.—
Y así, porque mayor sea
Dilatado su pesar
Siempre que en su nuevo altar
La estatua de Vénus vea,
Presa al templo la llevad,
Con órden de que no intente
Salir dél: veamos si siente,
Con culto y sin libertad,
Ver que en las verdes florestas
De Tesalia, al nuevo modo
De Chipre, es sin ella todo
Bailes, músicas y fiestas.
Llevadla pues.

DÓRIS. (Ap.)

¿Quién vió, cielos,

Que hoy por castigo me den
Lo que ayer fuera mi bien?

LIBIA. (Ap.)

Aunque de sus desconsuelos
No poca culpa he tenido,
No por eso he de dejar
De cantar y de bailar;
Que si á otros decir he oido:
«Con amor y sin dinero,
¡Mirad con quién y sin quién,
Para que nos vaya bien!»
Mejor yo decir espero:
«Con Vénus y sin Diana,
¡Mirad con cuál y sin cuál,
Para que nos vaya mal!»
(Vanse Libia, Dóris y soldados.)

ESCENA VIII.

LIDORO Y OTROS SOLDADOS, con LELIO,
preso.— ANFION, GENTE.

LIDORO.

Llegad...

LELIO.

De muy mala gana

Lo haré.

LIDORO.

Y echáos á sus piés.

LELIO.

Ya desde aquí se los beso
Interiormente.

ANFION.

¿Qué es eso?

LIDORO.

Este hombre, señor, que ves,
Sin duda es espía que viene
De parte de los que huidos,

En los montes escondidos
Están, é inquirir previene
Tus designios.

LELIO.

Es engaño;

Que, cruel la suerte mia,
Espía no es, pues que no es pia;
Y para mas desengaño,
Yo soy, invicto Anfion,
De Celauro desdichado
Criado leal, si leal criado
No implica contradiccion.
Viendo en la batalla que
Tu gente le retiró
Muerto, á saber si es que yo
Por su heredero quedé
Como hijo suyo (respecto
De que siempre que venía,
«Vén acá, hijo,» me decia),
Vine tras él; y en efecto,
Habiéndome detenido
En decir á no sé quién
De su hado el fatal desden,
De vista el tropel perdido
Que le traia, empeñado
Entre tus tiendas me hallé,
Y con ser tiendas, no sé
Si vendido ó si comprado.
Y pues me traen ante ti
Quizá á saber lo que valgo,
Y es tan poco que aun no es algo,
Duélete, mi bien, de mí.

ANFION.

Si de Celauro criado
Eres, sabrá mi piedad
Agradecer tu lealtad;
Pero si no, despeñado
Morirás.

LELIO.

¡Ay infelice!

Que mal probarlo podré
Yo aquí.

ANFION.

Ni yo lo crére,

Si él mismo no me lo dice.

LELIO.

¡Buen despacho tengo yo,
Si para haber de vivir
El muerto lo ha decir!

ANFION.

¡Muerto! ¿Qué escucho? ¿Pues no
Me dijisteis que no era
Mortal una ni otra herida,
Y que la sangre vertida
Fue causa de que rindiera
Al desmayo su valor,
Y en fin que convalido
Estaba y restituído
Ya á su salud?

LIDORO.

Si, señor,

Y habiéndose levantado
Y hecho homenaje de que
Guardará en la prision fe,
Salir le habemos dejado:
Y para que veas si es
Verdad, viene allí.

ESCENA IX.

CELAURO. — Dichos.

CELAURO.

Y no en vano

A besar tu invicta mano
Postrado á tus reales piés.

LELIO.

El por él es y está vivo.
Salto y brinco de contento.

ANFION.

Levanta, y llega á mis brazos
Pará descansar en ellos;
Que esta es la distancia que hay
De estimar al prisionero
Cuando se rinde lidiando,
A cuando se rinde huyendo.

CELAURO.

Por el trato y por las armas,
Que tu piedad y tu esfuerzo
Me ha cautivado dos veces,
Solo yo con verdad puedo
Asegurar; y así una
Y otra vez tus plantas beso,
Una como á rey piadoso,
Y otra como á invicto dueño.

ANFION.

A darme por entendido
Desas dos deudas me atrevo,
En fe de que las finezas
Logren su agradecimiento.

CELAURO.

Tuyo soy, tuya es mi vida.

ANFION.

Pues porque no embaracemos
Despues lo que importa mas
Con lo que ahora importa ménos,
¿Qué hombre es este?

LELIO.

Mira bien

Que soy yo.

LIDORO.

Callad.

LELIO.

No quiero

Que cuando está para todos
Vivo, esté para mi lerdo;
Y no es bien aventurar
A que el desvanecimiento,
O por la falta de sangre
O sobra de valimiento,
Le tenga corto de vista
Como á otros muchos que veo,
Que porque sangre les falta
O por verse en mejor puesto,
A nadie conocen.

CELAURO.

Este.

Criado es mio, el nombre Lelio
Y su buena ley no dudo
Le traiga en mi seguimiento.

LELIO.

¡Bien haya quien te parió!
Mira, señor, si te miento.

ANFION.

Libre estás, y este diamante
Sea por ahora premio
De tu lealtad. (Dale una sortija.)

LELIO.

Tantas veces

Tus reales juanetes beso
Cuantas él centellas brilla.
—Tú, resucitado dueño,
Permite que te ria vivo,
Pues que te he llorado muerto.

CELAURO.

Quita, loco.

(Abrázale Lelio.)

ANFION.

Retiráos

Todos.

(Vanse Lelio, Lidoro, los soldados
y gente.)

ESCENA X.

ANFION, CELAURO.

ANFION.

Tú ahora oye atento.

La entrada que he hecho en Tesalia,
Ya públicos mis pretextos,
No ignorarás que es á fin
De desvanecer los fueros
De ingrata deidad, que quiso...
Mas ¿para qué lo refiero,
Si ya dijo Anteon la causa
Y Endimión el efecto?
La entrada pues que en Tesalia
(Vuelvo á repetir) he hecho,
Es fuerza que á restaurar
Su tierra obligue á Aristeo,
Mayormente cuando sepa
Que en el suntuoso templo
De su Diana adorada,
Triunfa la deidad de Vénus,
A quien ya todas sus ninfas,
Movidas al sabio acuerdo
De una que tomó la voz,
Entonan amantes versos.

CELAURO. (Ap.)

¡Ay bella Dóris! ¿quién duda
Que fuese tuyo el trofeo
De que, depuesta Diana,
No embarace el amor nuestro?

ANFION.

Yo, aunque en fe de victorioso,
Pasar adelante puedo,
Con dos causas esperarle
Determino en este puesto
Fortificado: la una,
Ser político consejo
Mantener lo conquistado
Mas que conquistar de nuevo;
La otra, que Vénus, quizá
Agradecida á mi obsequio,
Bien como á Páris, intenta
Darme una hermosura en premio.
Para uno y otro es forzoso
Valerme de ti, supuesto
Que el hacer de un enemigo
Un amigo, ha sido á efecto
De que en lo primero admitas
Las ventajas de mi sueldo,
Pues como tú en mi favor
Milites, el mundo entero
Será poco asunto mio;
Y en lo segundo, seas dueño
De los secretos del alma:
Con que en ambas me prometo
Coronarme vencedor
De Marte y Amor á un tiempo.
Sabrás pues que entre las raras
Hermosuras que salieron
Del templo á templar mis iras
Con tan contrarios extremos
Como ser gemido el canto
Y ser cláusula el lamento,
Una (que fué la que dije
Que habló por todas) mi afecto
Ganó primero llorando:
¿Qué haría despues riyendo?
En mi vida (sobre ser
El mas hermoso portento
Que vieron jamas mis ojos)
Vi mas soberano ingenio
Que el que mostró en apagar
De mi cólera el incendio;
Mas ¡ay! que no dije bien
En apagarle, supuesto
Que en encenderle dijera
Mejor. Mas ¿qué mucho, siendo
Experiencia tan usada
Que con un suspiro mesmo
Se mate una llama y otra

Se avive, que ella en mi pecho
El fuego al odio apagase,
Y á amor le encendiese, haciendo
Que con un aliento muera
Y viva con otro aliento?
No solo pues como dije
(Fuerza es repetirme en esto),
De mi venganza la fiera
Indignacion venció, pero
Hizo que todas viniesen
En la adoracion de Vénus,
Y yo en la adoracion suya.
Su nombre decir no puedo,
Que nunca escuché su nombre;
Bien que ocasion habrá presto
De que tú le sepas, pues
Ya no hay retiros severos
Que las nieguen á los ojos:
Y así, Celauro, pretendo
Que al señalártela yo,
Me informes de su sugeto,
Su nombre, su calidad,
Su condicion y su genio;
Que lleva grande ventaja
Quien entra en un galanteo
Sabiendo, y no adivinando
En qué agrada á su dueño.

CELAURO.

En cuanto, señor, á que
Tu sueldo admita, te ruego
Adviertas que si el valor
Que viste en mí, fué el empeño
De tus favores, no es justo
Que me adquiriese su esfuerzo
Estimaciones de honrado
Para que deje de serlo.
Aristeo es el rey mio,
No puedo contra Aristeo
Tomar las armas: y así,
Pues que soy tu prisionero,
Con no darme libertad,
Tampoco contra ti, es cierto,
Podré tomarlas: y pues
Esta vida que te debo
Tuva es, y en tenerla honrada
Mas te obligo que te ofendo,
Paso á que, aunque sé muy poco
Del arte de amor, te ofrezco...

ANFION.

Nada me ofrezcas. Negado
Lo mas, ¿qué importa lo ménos?
Buena es tu razon, Celauro;
Mas por buena que es, te advierto...

CELAURO.

¿Qué?

ANFION.

Que el que viva quien vence
Es político proverbio. (Vase.)

ESCENA XI.

CELAURO.

Enojado va. ¿Qué mucho?
Que á un poderoso soberbio,
Aunque él la razon conozca,
Se la desconoce el ceño
De no verse obedecido.
Pero mi honor es primero;
Que el ser dueño de mi vida
No es ser de mi fama dueño.
Obre yo lo mejor, y obre
El lo que quisiere en esto.
Y á la estimacion dejando
Lo que della hiciera el tiempo,
Vamos, imaginacion,
Al anticipado miedo
De pensar si seria Dóris...

ESCENA XII.

LELIO. — CELAURO.

LELIO.

Gracias á Dios que te veo
Solo, y podremos hablarnos
En puridad.

CELAURO.

Y mas, Lelio,

Si es que vienes á aliviarme
En lo que iba discurrendo.
Vén acá, ¿sabes si fué,
Cuando salieron del templo
Las sacerdotisas, Dóris
La que habló á Anfion?

LELIO.

No puedo

Decirlo; que salir ellas
Y venirme yo siguiendo
Fué tan en un punto todo,
Que aun no sé si entre el estruendo
De fuego y armas, me oyó
Que te retiraban muerto.
Mas ¿quién duda que seria
Ella?

CELAURO.

¿Maldígate el cielo!

Que en vez de darme un alivio,
Me has dado dos sentimientos.

LELIO.

¿Dos?

CELAURO.

Sí.

LELIO.

¿Cuáles?

CELAURO.

El pesar

Que á ella diste, y el tormento
Que á mí me das, no dudando
Que ella seria.

LELIO.

Al primero

Respondo con que quizá
No fué pesar: ¿qué sabemos
Si ella lo tendria por gusto?
Que verse amada en extremo
Una dama, dicen que es
Agasajo muy molesto.
Y al segundo satisfago
Con que ántes la lisonjeo
En juzgar que ella seria
La elegida por su ingenio.

CELAURO.

¡Ay, que en buenas prendas fundan
Su política los celos!

LELIO.

¿Celos?

CELAURO.

Sí.

LELIO.

¿De quién?

CELAURO.

No sé.

LELIO.

Lo mejor es no saberlo,
Y no quererlo saber
Mejor que mejor.

CELAURO.

¡Ay Lelio!

Que aunque tengo la razon,
No sé la razon que tengo.

LELIO.

Ni la sepas en tu vida;
Y sírvate de consuelo
La general de pensar
Que tener amor sin celos

Es lo mismo que querer
Tener coche sin cocheró,
Conditio sine qua non
Se da amor.

CELAURO.

Con todo, intento
Por desengañarla, si es
Que te oyó, y por si son ciertos,
Apurarlos.

LELIO.

Mal harás,
Porque todos cuantos medios
Pongas ahora por hallarlos,
Pondrás despues por perderlos.
Mas ¿cómo ha de ser?

CELAURO.

¿No cierra
Negra la noche? ¿No tengo
Llave al jardín?

LELIO.

¿Qué sé yo?
Que en volteando á un caballero
El toro, la diligencia
Primera de socorrerlo
Es limpiarle ántes que el polvo
La faldriquera, y lo mesmo
Juzgo que sucede á quien
Le voltean prisionero,
Pues no le dejan un *plus*
Ni un *ultra*.

CELAURO.

¿Quién quieres, necio,
Que de una llave, que ignora
De dónde es, hiciese aprecio?

LELIO.

Una por una, de que
Salves la objecion me alegre;
Que hay ingenios de puntillas
Que sienten el que haya ingenios.
Y volviendo á noche y llave,
¿Cómo has de apurarlos?

CELAURO.

Yendo
A ver á Dóris; que aunque,
Porque no me espera, creo
Que no esté en el jardín, una
Vez en él, al cuarto puedo
Hacer seña que conozca.

LELIO.

¿Y si en tanto te echan ménos
Y te dan por fugitivo?

CELAURO.

El homenaje que he hecho,
Con verme despues, verán
Que ni le rompo ni quiebro.
Y porque no te pregunten
Por mi en aqueste intermedio,
Vén conmigo: esperarásme
A la puerta.

(*Vanse.*)

Jardín del templo de Diana.

ESCENA XIII.

DÓRIS, LIBIA.

DÓRIS.

Pues te debo
La fineza, Libia mia,
De que en tantos desconsuelos
Sola me acompañes, no
Me dejes conmigo, puesto
Que no tengo otro enemigo
Mayor que mi pensamiento.

LIBIA.

Que yo te acompañe es justo.

A horas competentes; pero
A no competentes horas
Es mucho acompañamiento.
Cuando Celauro venia,
Y yo era, á costa del sueño,
Centinela desvelada,
Ya me consolaba el serlo,
Ocupada en buenas obras;
Mas ahora toda me duermo;
Que velar el muerto he oido,
Mas no desvelar el muerto.
¿Es posible que de noche,
En el jardín y en el puesto
Adonde á verle venias,
Vengas á no verle?

DÓRIS.

¿Eso
Te admira? ¿Qué amor no es loco
Si quiere parecer cuerdo?
Si estas sombras, si estas ramas.
Este horror, este silencio,
Estas fuentes y estos cuadros
Callados testigos fueron
De mis gozos, ¿por qué no
Lo han de ser de mis tormentos?
No á buscar alivios, Libia,
En estas deshoras vengo;
Memorias si; y no porque
Falten á mi sentimiento,
Sino porque aflija mas
Desde mas cerca el acuerdo.
Y así, déjame llorar
Sobre estas ruinas, diciendo:
«Aquí fué amor.»

ESCENA XIV.

CELAURO. — DICHAS.

CELAURO. (*Ap.*)

A la escasa
Luz de estrellas y luceros
Dos bultos distingo; y pues
No me espera Dóris, necio
Seré en llegar sin oír,
Destas hojas encubierto,
Alguna voz que me acerque
O me retire.

DÓRIS.

En efecto,
Para mí es consuelo ver
Las cenizas del incendio.

CELAURO. (*Ap.*)

Dóris es; que esta es su voz.
Pues ¿qué aguardo, que no llevo
A hablarla? Pero no sé
Quién es la otra; y así, á precio
De la paciencia, es forzoso
Dar espera al sufrimiento.

DÓRIS.

Aquí fué donde le oí
Tantos rendidos afectos,
En la esperanza fundados
(Pero ¿qué mal fundamento!)
De que de Diana habria
Apelacion para Vénus,
Que fué lo que me obligó
A hablar con tanto despecho
A Anfión.

CELAURO. (*Ap.*)

¿Qué es lo que escucho?
Ella es la que le habló, ¡cielos!

DÓRIS.

Y con tan fuerte aprension,
Con tan vago devaneo,
Tan eficaz fantasia
Y tan aparente objeto
Me le representan, Libia...

CELAURO. (*Ap.*)

Libia dijo: llegar puedo.

DÓRIS.

La noche en sus negras sombras
Y en sus fantasmas el viento,
Que como si me escuchara
(¿Con qué poco me contento!)
Al aire diré: Celauro,
Mi bien, mi señor, mi dueño,
¿Cómo tan tarde esta noche
Á verme vienes?

CELAURO. (*Ap.*)

¿Qué espero?
Mientes, temor; que mas valen
Sus lágrimas que tus celos.

DÓRIS.

¿Cómo tanto olvido, tanto
Descuido, tanto despego
Con quien te idolatra?

CELAURO. (*Llega.*)

Como
No pude venir mas presto,
Adorada Dóris mia.

DÓRIS.

¡Ay de mí infeliz! ¿Qué veo?

LIBIA.

¡Ay triste de mí! ¿Qué miro?

DÓRIS.

¡Qué pasmo!

LIBIA.

Toda yo tiemblo.

CELAURO.

No te asustes, no te asombres;
Que ese temor, ese miedo,
Bien se deja ver que nace
De lo que te dijo Lelio.

DÓRIS.

Ya lo sabe.

LIBIA.

En la otra vida
Hay grandísimos parleros.

CELAURO.

Pero aunque no te mintió
En que iba el cadáver preso,
Vivo estoy para adorarte,
Y así, á verte, Dóris, vengo
Mas muerto de tus amores
Que de mis heridas muerto.

DÓRIS.

Celauro, yo creo que vives
Elisios campos, y creo
Que las ondas de Aqueronte
Movidas de mis lamentos
Te dén paso; pero ¡ay triste!
Que si yo en tu ausencia (¡hoy muero!)
Tuve valor para hablarte,
Para verte no le tengo.
Véte en paz, y no me aflijas
Mas; que hartó lo estoy.

CELAURO.

Mi dueño,
Mi bien, mi esposa...

DÓRIS.

No llegues
A mí.

CELAURO.

Advierte...

DÓRIS.

¡Piedad, cielos!
Que á tanto susto me faltan
Alma, vida, voz y aliento.

(*Cae desmayada.*)

CELAURO.
¡Qué miro!
LIBIA.
Caer, si no muerta,
Desmayada por lo ménos.

CELAURO.
Infelice Dóris mía,
Vuelvete en tí, cobra el acuerdo;
Que tú la muerta y yo el vivo,
Es trocar los sentimientos.
¡Ay Libia!

LIBIA.
No te me acerques:
Mira que haré yo lo mesmo.

CELAURO.
¿Qué puedo hacer en tan raro
Trance?

LIBIA.
Volverte al infierno;
Que si hablábamos de tí
Con tantísimos de afectos,
No lo dijimos por tanto
Que sea el por tanto portento.
Véte en paz.

CELAURO.
Espera.
LIBIA.
¡Ay
Que me agarra! — Acudid presto
Todas á ampararnos. (Grita.)

CELAURO.
Calla:
No esas voces des.
LIBIA.

Si quiero. —
¡Ah de los claustros! Venid,
Venid á favorecernos.

ESCENA XV.

SACERDOTISAS É ISMELA, dentro. —
CELAURO, LIBIA; DÓRIS, desmayada.

SACERDOTISAS. (Dentro.)
Voces dan en los jardines.

ISMELA. (Dentro.)
Para ver quién anda en ellos,
Traed luces, arcos y flechas.

CELAURO. (Ap.)
¿Quién se vió en igual aprieto?
Dejarla así es villanía,
Hallarme aquí, grave empeño;
Cargar con ella es hacer
Público escándalo el nuestro;
Llevarla donde no sepan
Ni de mí ni della, es yerro
Infame, pues es faltar
Al homenaje.

ISMELA. (Dentro.)
Allí fuéron
Las voces.

LIBIA.
Aquí son: todas
Llegad.

CELAURO. (Ap.)
A estar me resuelvo
Escondido entre estas ramas
A la mira del suceso;
Que él dirá qué debo hacer,
Pues ni me estoy ni me ausento.
(Escóndese entre las ramas.)

ESCENA XVI.

ISMELA Y SACERDOTISAS, con luces, arcos y flechas. — LIBIA; DÓRIS, desmayada; CELAURO, escondido.

SACERDOTISAS.
¿Qué voces son estas, Libia?

LIBIA.
¡Ay que anda por aquí muerto
Celauro en pena! Yo y Dóris
Le vimos, todo sangriento
El rostro, de la manera
Que unos soldados dijeron
Que le habían retirado.

ISMELA.
Ilusion ú devaneo
Sería; que yo no soy
Tan venturosa que creo
Ser verdad que en la batalla
Haya ese tirano muerto.

UNA.
Sea lo que fuere, Ismela,
A su cuarto la llevemos,
Y cuidemos de que cobre
Sus sentidos.

LIBIA.
Es tan cierto,
Como que á ella ha desmayado,
Y á mí me ha mayado, puesto
Que me arañó por asirme.

ISMELA.
Aunque lo dudo, bien creo
Que si á vengar de Diana
Agravios tarda Aristeo,
Por mi han de pasar á mas
De Tesalia los portentos.
(Levantán entre todas á Dóris, llévantal dentro, y sale de entre las ramas Celauro.)

CELAURO.
Impedir el que la lleven
Es impedir sus remedios;
Y pues en estar yo aquí
Nada alivio y mucho arriesgo,
Dejando en que fué ilusion
Lo que Libia y Dóris vieron,
Vuelva á mi prisión, y deje
Todo lo demas al tiempo.

JORNADA SEGUNDA.

Vista exterior del templo de Diana.

ESCENA PRIMERA.

Dentro chirimias, atabalillos y música;
y en habiendo cantado los primeros
versos, salen LIBIA Y ALGUNAS SACERDOTISAS,
con guirnaldas y ramos en las manos, y ISMELA,
con un azafate, y en él unas tórtolas.

CORO DE SACERDOTISAS.
Venid, hermosas ninfas
Destas incultas selvas,
Al nuevo sacrificio
Que se introduce en ellas.
Venid, venid al templo
Que ayer alcázar era
De la hermosa Diana,
Y hoy lo es de Venus bella.
Venid, y en nuevo culto y nueva ofrenda
Dad nueva aclamacion á deidad nueva.

ISMELA. (Ap.)
Sacra hermosa Diana,

Perdona; que esto es fuerza,
Pues á no haber rendido
El cuello á la violencia,
Creyendo que Aristeo
Vengue tu honor, ya fueran,
Si tus aras cenizas,
Polvo las vidas nuestras.
Y pues por conservarte
Altars donde vuelva
A su culto tu imágen
Y mi fe á tu obediencia,
Fué preciso doblar
La cerviz, no te ofendas
De que yo tambien diga
En tu oprobio violenta...

ELLA Y CORO.
Venid, hermosas ninfas
Destas incultas selvas,
Al nuevo sacrificio
Que se introduce en ellas.
(Tocan chirimias.)

ESCENA II.

ANFION Y SOLDADOS. — ISMELA,
LIBIA, SACERDOTISAS.

ANFION.
¿Qué bien las consonancias
De ambos concientos suenan,
Oyendo Amor y Marte
La lira y la trompeta,
Cuando unisonas dicen
Sus cláusulas diversas
Al eco que las trae
Y al aire que las lleva!...

ÉL Y CORO.
Venid, venid al templo
Que ayer alcázar era
De la hermosa Diana,
Y hoy lo es de Venus bella.

ISMELA.
Y pues siempre mi celo
Sus memorias venera...

ANFION.
Y pues nunca mejor
Sonaron sus cadencias...

ISMELA.
Fuerza es que yo repita...

ANFION.
Justo es que yo refiera...

LOS DOS Y CORO.
Venid, y en nuevo rito y nueva ofrenda,
Dad nueva aclamacion á deidad nueva

ISMELA.
Ya, valeroso Anfion,
Que á tus preceptos atentas,
Hemos salido á los montes,
No á ser fieras de las fieras,
Sino á coronar de rosas
Nuestras sienes, porque sea
La real púrpura de Venus
La mejor guirnalda nuestra;
Ya pues, invicto Anfion,
Que todas á tu obediencia,
En vez de las toscas pieles
Y de las armadas testas,
Como en vez de blancos cisnes,
Que simbolo de pureza,
Víctimas de Diana fuéron,
Llevamos tórtolas tiernas,
Porque símbolos de amor
Hoy á su madre la ofrezcan;
Vén al templo, donde alegres
Volvemos de gala y fiesta:
Honrarás el sacrificio
Con tu vista; y porque veas

Que la primera que pudo
Mover tu ira, es la primera
Que sabe ganar tu agrado,
Seré la que en sus excelsas
Aras destas simples aves
La inocente sangre vierta.

ANFION.

(Ap. ¡Ay, que mas quisiera verte
Piadosa yo que cruenta!)
Aunque te agradezco ver
Cuánto á todas te prefieras
En los obsequios... (Ap. Mejor
En la hermosura dijera.)
No has de hacer tú el sacrificio.
(Ap. Quite el agüero de verla
Cruel, aun en crueldad piadosa.)
¿Cómo no viene aquí aquella
Que en loor de Diana, tanto
Se mostró á Vénus opuesta?

LIBIA.

Como mandaste, señor,
Que del templo no saliera...

ANFION.

Pues ahora mando que salga,
Siendo, porque mas lo sienta,
Ella la que á Vénus lleve
Las primicias de la ofrenda.
Vé por ella.

LIBIA.

Anoche estuvo
Casi en un desmayo muerta,
Y creo...

ANFION.

No me repliques;
Que es bien que humillada sepa
Que al rayo, al raudal y al voto
No se ha de hacer resistencia.

(Vase Libia.)

(Ap. ¡Oh si cayera en cuán vivas
Sus razones se me acuerdan!)
Y en tanto, porque el aplauso
Un breve instante no pierda,
Mientras llegamos al templo,
La música á decir vuelva...

TODOS Y CORO.

Venid, hermosas ninfas
Destas incultas selvas,
Al nuevo sacrificio...

ESCENA III.

SOLDADOS, CELAURO.— ANFION, ISMELA, SACERDOTISAS, MÚSICA, SOLDADOS.

SOLDADOS. (Dentro.)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
(Dentro cajas y trompetas, y sale Celau-
ro por enmedio de los dos, de suerte
que para hablar á Anfion, tenga de
espaldas á las sacerdotisas.)

ANFION.

¿Qué alboroto es este?

CELAURO.

Es,
Señor, que las centinelas,
Que de las cimas del monte
Ocupan las eminencias...

ISMELA. (Ap.)

¡Cielos! ¿No es este Celau-
ro? Ya me espantaba que fuera
Yo tan feliz, que la muerte
De un alevé fuese cierta.

CELAURO.

A lo largo han descubierto
Una armada que navega,
Segun su rumbo, á esta playa.
Y segun buques y velas,
No dudo que es de Aristeo.

ISMELA. (Ap.)

¡Oh, quiera el cielo que él sea,
Si es que puede traer Celau-
ro Nada que bien me parezca!

CELAURO.

Y porque del homenaje
Te asegure mi presencia,
Ser quise el primero yo
Que con la noticia venga,
Fiado en que en salvo mi honor
Ponga una accion.

ANFION.

¿Qué accion?

CELAURO.

Esta.

(Saca la espada, y pónela á los piés de
Anfion, hincado de rodillas.)

Rendir mi espada á tus plantas,
Porque hallándome sin ella,
Ni la deuda de mi sangre
Ni de mi vida la deuda
Pueda interpretar, si acaso
Al toque de la baqueta
O al aliento del clarín
Por uso ó naturaleza
Me arrebatase á empuñarla,
Si es de mi rey en ofensa
O en ofensa de mi dueño:
Y pues de cualquier manera,
Aun en el primer amago
Mi fe y mi lealtad se arriesgan,
Con él, contigo y conmigo
Cumplir mi valor intenta
Arrojándola de mi;
Que á vista de mi nobleza,
De mi esclavitud á vista,
Y á vista en fin de la guerra,
Para tenerla envainada,
Mejor me está no tenerla.

ANFION.

Alza del suelo, y la espada
Cobra, supuesto que verla
A mis plantas ó en tu mano
Todo es una cosa mesma,
Segun de tí fio; que aunque
Me ofendi en ver que no aprecias
Mis ofrecimientos, tiene
La razon por sí tal fuerza,
Que sin valedores, sabe
Ella volver por sí mesma.
Tú harás lo mejor, y así,
Libre el arbitrio te queda,
No la persona, porque
Basta á mayores defensas
No tenerte en contra, ya
Que en mi favor no te tenga.—

(A un soldado.)

Toca al arma;— y porque no
Se juzgue de mí que pueda
Turbarme la armada, en tanto
Que voy á reconocerla
Y hacer que contra su orgullo
Todas mis gentes prevengan
A su óposito, vosotras
Repetid las voces vuestras
Prosiguiendo el sacrificio.—
(Aparte á Celau-
ro, volviendo este las
espaldas á las sacerdotisas.)

Tú me escucha. Porque veas
Que sé estimar la razon
Y desestimar la queja,
Vuelvo á valerme de tí
En lo que el honor no arriesgas.
La beldad que dije es
La que el sacrificio lleva
De las tórtolas de Vénus.
No vuelvas ahora á verla;
Que atenta á los dos, podrá
Conocer que hablamos della.

Despues me dirás quién es,
Y si acaso á hablarla llegas,
Podrás decirlo...

(Hablan bajo.)

ESCENA IV.

DÓRIS, LIBIA.— ANFION, ISMELA, SACERDOTISAS, MÚSICA, SOLDADOS.

DÓRIS.

¿A qué efecto,
Mandándome que esté presa,
Envió á llamarme?

ISMELA.

Si Libia
No lo ha dicho, de que seas
La que á la deidad de Vénus
Sacrifiques la primera:
Y así, pues la inmolacion
Has de hacer, toma la ofrenda.

DÓRIS.

¡Yo á Vénus, deidad ingrata!
Mas preciso es que obedezca.

(Toma el azafate.)

ANFION. (Á Celau-
ro.)

Esto la dirás.

(Vase, y con él los soldados.)

ESCENA V.

CELAURO y DÓRIS, aun sin haberse visto; ISMELA, LIBIA, SACERDOTISAS, MÚSICA.

CELAURO. (Ap.)

Ya es tiempo
De salir de la sospecha.

DÓRIS.

Vamos, Libia, pues ya dije
Que el obedecer es fuerza.

(Vuelven los dos á un tiempo, y quedan
suspensos, viendo Celau-
ro á Dóris
con el azafate.)

(Ap. Mas ¡qué miro!)

CELAURO. (Ap.)

Mas ¡qué veo!

Dóris es. ¡Oh nunca hubiera
De la sospecha salido
Para entrar en la evidencia!

DÓRIS. (Ap. á ella.)

Celau-
ro es. ¿Qué es esto, Libia?

LIBIA.

Es, pues nadie al verle tiembla,
Que anoche en temblar nosotras
Fuimos grandisimas bestias.

DÓRIS. (Ap.)

¡Oh, quién sin publicidad
A decirle se atreviera
Cuánto me privó de mí
Tener su muerte por cierta!

CELAURO. (Ap.)

¡Oh, quién sin tantos testigos
Decirla ¡ay de mí! pudiera
Que ahora mejor que anoche
De mí espantarse debiera,
Pues ahora es cuando mas
Muerto llego á su presencia!

DÓRIS. (Ap. á Libia.)

La voz que corrió fue engaño.

LIBIA.

Claro es.

DÓRIS.

¿Qué dicha!

CELAURO. (Ap.)

¿Qué pena!

DÓRIS.
¡Qué felicidad!

CELAURO. (Ap.)

¡Qué ansia!

DÓRIS.

¡Qué alegría!

CELAURO.

¡Qué tristeza!

LIBIA. (Ap. á Dóris.)

Disimula.

DÓRIS.

(Ap. á Libia. Mal podrá.)

Sea muy enhorabuena,
Celauro, de la cobrada
Salud la convalecencia. (Yéndose.)

CELAURO.

Guárdeos el cielo.

LIBIA.

La voz

Que corrió, con grande pena
Tuvo á todas.

ISMELA.

Sino á mí,

Que aun mi agravio se me acuerda,
Y no he de verme vengada
Hasta que tu sangre vierta.

DÓRIS. (Ap.)

Ahora sí, Vénus mia,
Iré á adorarte contenta,
Diciendo mi corazón
Mas que esos bronces y lenguas...

ELLA Y CORO.

Venid, y en nuevo rito y nueva ofrenda
Dad nueva aclamacion á deidad nueva.
(Con esta repeticion se entran todas,
y queda Celauro.)

ESCENA VI.

CELAURO.

¡Cielos! ¿Quién crerá que á un tiempo
Dándome una norabuena
Y un pésame, no sé cuál
Desestime ó agradezca?
La norabuena de Dóris
Viene en mis celos envuelta,
Cuando envuelto en su rencor
Viene el pésame de Ismela.
¡Oh quién pudiera trocarlos,
Y que el sentimiento fuera
De Dóris al verme vivo,
Y el gozo de que viviera
Fuera el de Ismela, olvidada
De aquella pasada ofensa
De que dió muerte á su hermano
Más mi razon que mi diestra!
Pues con eso, todos tres
Mejoraríamos tristezas,
Vengada Ismela en su enojo,
Dóris en su amor contenta,
Y yo muerto de una herida
Que era honor, y ya es afrenta.

ESCENA VII.

LELIO. — CELAURO.

LELIO.

¡Que siempre tengo de hallarte
De soliloquio!

CELAURO.

¡Pues llegas

A buen tiempo para burlas!

LELIO.

¿Quién quieres que esté de veras

Sobre haber sido fantasma
De capa y espada?

CELAURO.

Desa

Causa, infame, tienes tú
La culpa. (Maltrátale.)

LELIO.

¿Yo?

CELAURO.

Si no hubieras

Esparcido tú la voz...

LELIO.

Deten la mano: no quieras
Que sea cuerpo en pena yo
Porque tú fuiste alma en pena.
¡Qué novedad hay ahora
Para que así te enfurezcas,
Cuando á cobrar Aristeo
Viene su perdida tierra
Y á ponerte en libertad?

CELAURO.

No sé, porque aunque debiera
Sentir el que haya de estar
Neutral mi espada y suspensa
Entre mi rey y mi dueño,
No es lo que mas me atormenta.
Anfion á Dóris ama.

LELIO.

Ame muy enhorabuena,
Y quédese el noramala,
Señor, para cuando ella
Ame á Anfion.

CELAURO.

¿Pues no basta

Solo el que bien le parezca,
Para sentirlo yo?

LELIO.

No,

Y pruébelo una experiencia.
Estaba yo enamorado
Tal vez de una rica fembra,
En cuya alabanza oía
Por donde quiera que fuera,
A unos ¡qué maldita cara!
A otros ¡qué maldita vieja!
A otros ¡qué mujer tan boba!
A otros ¡qué mujer tan puerca!
Y siendo para mi oído
Cualquiera lisonja destas
Un duro puñal, ¿por qué
Tú al contrario no te alegras
Que parezca bien tu dama?

CELAURO.

Porque no hacen consecuencia
Materias tan despreciables
A soberanas materias.
Cuando ama la vanidad
Solo para que se sepa,
Suenan bien las alabanzas
Del garbo, ingenio ó belleza
De la dama; pero cuando
Ama el recato suprema
Beldad, aun en el silencio
Hace la alabanza ofensa.

LELIO.

Anfion.

CELAURO.

De aquí te retira.

(Vase Lelio.)

ESCENA VIII.

ANFION, LIDORO, SOLDADOS. —

CELAURO.

ANFION.

Ya que costeano se acerca
La armada á estas playas, haz,

Lidoro, que se prevenga
Toda la gente, porque
En órden militar puesta
Siempre esté, para acudir
Donde intente tomar tierra;
Que yo, en habiendo asistido
Al culto de Vénus bella
De quien fio la victoria,
Daré al ejército vuelta
Para dar con los retenes
Calor donde mas convenga.

LIDORO.

Así á disponerlo voy. (Vase.)

ANFION.

Celauro...

CELAURO.

Señor... (Ap. Ea, penas,
Haya valor para oirlas
Pues le hubo para verlas.)

ANFION.

¿Viste el hermoso milagro
Cuya divina belleza
Se ha apoderado del alma
Con tan dominante estrella,
Que no le deja lugar
Donde el sobresalto quepa
De haber visto en esos mares
Tan poderosa y tan nueva
Errante ciudad de pinos
Y república de velas,
Que parece que Neptuno
Ha trasladado á su esfera
Con las cumbres de los montes
Los árboles de las selvas?

CELAURO.

Si, señor.

ANFION.

¿Y no es la mas
Hermosa de todas ellas?

CELAURO.

A mi así me lo parece.

ANFION.

¿Y quién es?

CELAURO.

(Ap. ¡Oh ley severa
De sacra verdad, que aun no
Permites que el noble mienta
Tal vez en su favor!) Dóris
Es su nombre, su nobleza
En la corte de Tesalia
De las mas ricas y excelsas.
Consagrósele á Diana
Su padre en edad muy tierna.
Y así, en condicion ó genio
No puedo darte mas señas.

ANFION.

¿Hablástela?

CELAURO.

Aquí, señor,
Fuera escándalo.

ANFION.

No fuera;
Que ya las austeridades
De Diana, á las finezas
De lícitos galanteos
Dan permitidas licencias:
Y así, en habiendo ocasion
(Pues no hay otro de quien pueda,
Por natural, por amigo
Y por conocido della,
Valerme, sino de ti),
Háblala en mí, porque lleva,
Sobre la que dije ántes,
Otra ventaja el que llega,
Habiendo dado principio
A su pasion quien la media.
Sepa que amo, y sabré yo

Decir que amo; que á primera
Vista declararse, no hay
discrecion que no sea necia:
Y entra ahora al templo conmigo,
Asistiré á lo que resta
Del sacrificio. (Vase.)

CELAURO. (Ap.)

Tonante

¡Dios, ¿para cuándo reservas
La cólera de tus iras,
La saña de tus violencias?
¿No hay un rayo para un triste?
(Ruido de tempestad.)

ANFION. (Volviendo.)

¡Qué es esto, cielos! Apénas
Del templo la primer grada
Sintió el peso de mi huella,
Cuando oscurecido el cielo,
Todo su edificio tiembla.

CELAURO. (Ap.)

Si es que Júpiter me ha oído
Y avisó el trueno, ¿qué espera
El rayo?

SOLDADOS.

¡Qué confusion!

ESCENA IX.

DÓRIS, ISMELA, SACERDOTISAS. —

ANFION, CELAURO, SOLDADOS.

SACERDOTISAS. (Dentro.)

¡Qué desdicha!

DÓRIS É ISMELA. (Dentro.)

¡Qué tragedia!

(Salen todas las sacerdotisas asombradas.)

ANFION.

¡Qué es esto, hermosas beldades?

DÓRIS.

¿Qué ha de ser sino que venga
Diana así sus agravios?
(Ap. Aunque lo contrario sienta,
Lleve mi tema adelante.)

ISMELA.

¿Qué ha de ser sino que premia
(Ap. Aunque sienta lo contrario,
Lleve adelante mi tema)
Asi sus obsequios Vénus?

DÓRIS.

Pues al punto que sangrientas
Vió por mi mano las aras...

ISMELA.

Pues al instante que muertas
Vió las simplesavecillas...

DÓRIS.

En fe de cuánto la ofenda
El sacrificio, turbó
Las cristalinas esferas
De su alto alcázar.

ISMELA.

En fe
De que el sacrificio acepta,
Apagó la luz al sol,
Envuelto entre nubes densas.

ANFION.

¡Siempre en vuestras opiniones
Os tengo de hallar opuestas!—
¿En qué fundas tú que es (A Dóris.)
Venganza de Diana esta?—
Y tú ¿en qué que este de Vénus
Agradecimiento sea? (A Ismela.)

DÓRIS.

Yo en que es tormenta, que dice
Enojo.

ISMELA.

Yo en que es tormenta,
Que dice piedad, supuesto
Que desde aquí ver se deja
Que, como hija de la espuma,
Turba el aire, el mar altera
En favor tuyo, dejando
Desbaratada y deshecha
Esa poderosa armada
Que navegaba en tu ofensa.
Mira allí un bajel que sube
A rozar con las estrellas
De la gavia el tope: mira
Allí otro, de quien era
El casco mecida cuna,
Ser tumba, la quilla vuelta.
Cuál choca entre los peñascos,
Cuál encalla en las arenas,
Y cuál sin rumbo, sin norte
Ni bitácora se entrega
A la discrecion del mar,
Que con ciclope soberbia
Montes de piélagos finge,
Cumbres sobre cumbres puestas.
Y pues vencerla ha querido
Primero que tú la venzas,
Mira si Vénus te ampara,
O si Diana se venga. (Vase.)

ANFION.

Oye, aguarda; que tú tienes
Razon. (Ap. ¡Que nunca la tengas
Tú para mí! Y pues me da
El tener que agradecerla
Ocasión de hablarla, ¿qué
Hago que no voy tras ella?)
Aguárdame aquí, Celauro.
(Vase, y siguenle los soldados.)

ESCENA X.

CELAURO, DÓRIS, SACERDOTISAS.

CELAURO.

Dejarte á ti é ir tras ella
Y decir que yo le aguarde,
Todo esto es hacer deshechas,
¡Ay Dóris! para que yo
Me quede a hablarte en sus penas...
Mejor dijera en las mias.

DÓRIS.

¿Qué penas hay que lo sean,
Ni mias, ni tuyas, ni suyas,
El día que á verte llegan
Mis ojos vivo, despues
De aquella aprensiva idea
Que arrebató el corazon
Con tan helada violencia,
Que me desmayó temida?
Mira lo que hiciera cierta.

CELAURO.

¡Ay Dóris! que de tu fe
No dudo; mas no te ofenda
Que dude de mi fortuna.
Y pues declararme es fuerza;
Porque tú estés advertida
Y yo cumpla con la deuda,
Pues vengo con la embajada,
De volver con la respuesta;
Sabe que Anfion; ay triste!
A tu ingenio, á tu belleza
Rendido, se fia de mí.
Sabe...

DÓRIS.

Pues ¿hay mas que sepa
El día que sé que tú
En otro me hablas?

CELAURO.

Peor fuera
Que otro te hablara, y no yo,
Y que tú le responderas
Lo que no responderás
Conmigo, Dóris, siquierá
Por este último riesgo
De los muchos que me cuestras.
¿Ves amarte con recato
Tal, que aun la menor sospecha
No resultó de la muerte
De Fabio, hermano de Ismela,
Contra ti? ¿Ves la prision
Y destierro, en cuya ausencia,
A este templo de Diana
Tu padre quiso que vengas?
¿Ves al transcurso del tiempo
Las extrañas diligencias
Que por este puesto hice
Por mirarte de mas cerca,
En cuyo gobierno todo
Ha sido una concurrencia,
En los amores de sustos,
En las armas de tragedias,
Hasta verme esclavo? Pues
Todo es nada con que venga,
Tercero de otros amores,
A decirte...

DÓRIS.

Ten la lengua:
No lo digas; que no quiero
Verte cometer baja
Tan ruin como...

CELAURO.

No lo digas
Tampoco tú, y considera
Que no es decirte que él ama
Decirte que tú agradezcas,
Sino que estés advertida.

DÓRIS.

Con todo eso, nunca adviertas
A tu dama de que hay,
Celauro, otro que la quiera;
Que aunque la voz no oiga, oye
El ruido, como quien llega
A oír música desde léjos,
Y sin percibir la letra,
Le suena bien la armonía.

CELAURO.

¿Luego á ti no te disuena
Oír?

DÓRIS.

Yo no lo digo; tú
Te sacas la consecuencia:
Cúlpate á ti. Y sino, dime,
Necio amante... Pero Ismela
Vuelve; quédate, porque
Hablar á los dos no vea.

CELAURO.

¿Y qué respondes?

DÓRIS.

No sé;
Que de una parte mi queja
Y de otra mi amor batallan,
Y así, por si hicieren treguas,
No dejes de ir esta noche
Al jardín por la respuesta. (Vase.)

ESCENA XI.

ISMELA. — CELAURO, SACERDOTISAS.

ISMELA. (Ap.)

Aquí está Celauro. ¡Oh nunca
Por esta parte viniera!

CELAURO.

(Ap. Peor seráirme sin hablarla,
Ya que esta ocasión me alienta.)

Divina Ismela, aunque sé
Que de mi vida te pesa,
Tambien sé que de mi vida
Nadie puede sino ella
Desenojarte: y así,
Porque tú no la aborrezcas,
De mi aborrecida, viene
A ampararse, á tus piés puesta.
La desgracia de tu hermano
Sin traicion y sin cautela
Fué, en igual duelo; la causa
Entre los dos tan secreta,
Que aunque la espada la dijo,
No la ha de decir la lengua.
Baste saber que no hubo
Trance de honor en que deba
Lo ilustre de nuestra sangre
Dejar el odio en herencia:
Y así humilde te suplico...

ISMELA.

No prosigas: cesa, cesa;
Que haberte oído no es estar
Atenta, sino suspensa.

ESCENA XII.

ANFION *que se queda escuchando.*
— DICHOS.

ANFION. (Ap.)

No pude alcanzarla, hasta
Que Celauro á hablar con ella
Llegó: ¡oh si pudiera oír
Escondido entre estas hiedras
Si es de mí!

ISMELA.

Mas ya cobrada
De la suspension, y atenta
Tambien al osado arrojó,
Tirano, de que te atrevas
A haber hablado conmigo
En plática tan ajena
De mi estimacion...

ANFION. (Ap.)

Que la habla en mi amor.

ISMELA.

Es fuerza
Que en nueva ira, en nueva rabia
Volcanes el pecho encienda.
¿Cómo es posible, villano,
Loco, bárbaro, que tengas
Atrevimiento de hablarme
En tan odiosa materia
Para mí?

CELAURO.

Como no pude
Nunca entender que lo fuera;
Que un noble rendido afecto
Que solamente desea
Verse en el agrado tuyo,
Más es obsequio que ofensa.

ANFION. (Ap.)

Bien me disculpa.

ISMELA.

¿Qué obsequio
Es crêr de mi que yo pueda
Domeñar de mi altivez,
De mi sangre, mi nobleza,
Mi pundonor y mi duelo
La nunca rendida fuerza?

CELAURO.

El de persuadirte á que
No hay deidad que no agradezca
Verse rogada.

ANFION. (Ap.)

No mal

La persuade. ¡Qué fineza
Tan de amigo!

ISMELA.

Ruego injusto
Ninguna deidad le acepta.
Y para que no alterquemos
En demandas y respuestas
Tan indignas de mi oído,
En tu vida á hablarme vuelvas
En esto... y véte de aquí:
Quitate de mi presencia.
No me fuerces, no me obligues
A que con la espada mesma
Que tú...

CELAURO.

Detente.

(*Vale á sacar la espada, detiéndela él,
y sale Anfion.*)

ANFION.

¿Qué es esto?

CELAURO.

Una cólera, que ciega
Conmigo, quizá, señor,
Contigo estará mas cuerda. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ANFION, ISMELA, SACERDOTISAS.

ANFION.

Poca razon, soberana
Beldad, que á la primavera
Das en tu coturno flores,
Dando en tu guirnalda estrellas;
Poca razon has tenido
En mostrarte tan severa
Contra un afecto que solo
Aspira á que te venera.
Cuanto te ha dicho Celauro
¿Es mas de que quien desea
Tus piedades no merece
Tus rigores? Pues si esta
Es la culpa, y viene á ser
La suya y la mia una mesma,
Véngate en mí, que sabré
Hacer menos resistencia,
Pues es lo propio morir
A tu ira que á tu belleza.

ISMELA.

¡Esto solo le faltaba
A mi ofendida paciencia!

ANFION.

Desde el instante primero
Que te vi...

ESCENA XIV.

SOLDADOS, LIDORO. — DICHOS.

SOLDADOS. (Dentro.)

¡Arma, arma! ¡Guerra!
(*Las cajas.*)

ANFION.

Pero ¿qué alboroto es este?

SOLDADOS. (Dentro.)

Mueran todos.

OTROS. (Dentro.)

Nadie muera.
(*Sale Lidoro.*)

ANFION.

¿Qué es eso?

LIDORO.

Acude, señor,
A impedir el que sucedan
Mil desdichas La resaca
De la pasada tormenta
En desatados fragmentos

Gente desas playas echa
Derrotada: con que alguna
De la tuya, mal resuelta,
No les da cuartel, bien que otra
Los ampara y los alberga.
En cuya desigualdad
Opuestos...

ANFION.

No me refieras
Que hay quien disfame mis armas
Con los rendidos soberbias.
Iré á enmendar el desorden.—
Tú entre tanto considera (*Á Ismela.*)
Que quien vence sin contrario
(Si de ti misma te acuerdas),
No puede decir que vence.
Con que tampoco el que llega
A vengarse sin agravio,
Podrá decir que se venga.
(*Vanse Anfion, Celauro y Lidoro.*)

ESCENA XV.

ISMELA, SACERDOTISAS.

ISMELA. (Ap.)

¡Esto solo me faltaba
(Otra vez á decir vuelva
Y otras mil) para apurar
El resto de mi paciencia!
¿No te bastaba, fortuna,
Que forzadamente atenta
A conservar (bien lo sabes)
El templo y las vidas nuestras,
Tomase la voz de Vénus?
¿No te bastaba que puestas
En esa armada, corriesen
Mis esperanzas tormenta,
Sino que una vez perdidas,
Sobre que dure depuesta
Diana, y Vénus colozca,
Las sinrazones padezca
De que Anfion y Celauro
Osadamente se atrevan
El uno á olvidar respetos
Y el otro á acordar ofensas?
Pero ¿qué me desconfía?
¡Aqui, cielos, de mi mesma!
No se pierda la venganza,
Ya que el socorro se pierda;
Que si la noche me ayuda
(Dejando aparte las quejas
De Celauro para otra
Ocasión, pues no son desta),
Verá Anfion de su Vénus
Todas las pompas deshechas,
Diana todos sus agravios
Vengados, todas mis penas
Consolidadas yo, y el mundo
Verá que el valor de Ismela
En los montes de Tesalia
Supo hacer su fama eterna.
(*Vase, y con ella las sacerdotisas.*)

ESCENA XVI.

LELIO, LIBIA.

LELIO.

Libia hermosa, no te asombre
Que de amarte no dé gana,
Pues ya en Libia de liviana
Tienes la mitad del nombre.

LIBIA.

¡Ay Lelio! los accidentes
De tan mal bochorno entibia:
Que soy Libia, y Doña Libia
Solo ha engendrado serpientes.

LELIO.

Bien se ve, pues cuando en esta
Montaña no hay quien no halle

Todo músicas el valle,
 Todo bailes la floresta,
 En regocijo de que
 La armada desvanecié
 Vénus, y diosa quedó
 De Tesalia, en cuya fe
 Una y otra juventud
 Celebran con igualdad
 Las ninfas su libertad,
 Los ninfos su esclavitud;
 Sola tú, sorda á mis quejas,
 Ni me oyes ni me escuchas.

LIBIA.

Aunque son tus quejas muchas,
 Ya son mas las que me dejas.
 ¿Sorda yo? ¡Loco, atrevido!
 ¿Sorda yo? ¡Tonto, insensato,
 Necio, simple, mentecato,
 Grosero y mal advertido!
 ¿Sorda yo, siendo yo quien
 A sátiros que me llamen,
 Como lega digo *amen*,
 En vez de decir *amén*?
 ¿Sorda yo! ¡Qué groseria!
 En castigo pues, menguado,
 Que de mi has desconfiado,
 Vén á hablarme cada día:
 Verás si soy sorda ó no.
 Esto, cielos, es volver
 Por mi honor; y ha de saber
 Que á cualquiera escucho yo;
 Porque como no sea mucha
 La parola en que se apoye,
 No es sorda la que no oye,
 Sino aquella que no escucha. (Vase.)

LELIO.

¡Qué constancia y qué valor
 Tan heróico y singular!
 ¡Oh qué gran cosa es amar
 A damas de pundonor!
 Albricias pedir quisiera
 A todo el mundo.

ESCENA XVII.

CELAURO. — LELIO.

CELAURO.

¿De qué?

LELIO.

De que á Libia hablar podré
 Tan bien yo como cualquiera.

CELAURO.

¡Qué necedad!

LELIO.

Si lo es

El amar, cúlpate á ti,
 Pues que de ti lo aprendí.

CELAURO.

¡Qué siempre tan necio estés,
 Que no pueda consolar
 (Siendo así que otro testigo
 No hay ni puede haber) contigo
 Siquiera el menor pesar
 De tantos como padezco?

LELIO.

Pues ¿quién te lo quita?

CELAURO.

Quien

Está siempre loco.

LELIO.

Aun bien
 Que hoy á estar cuerdo me ofrezco.
 Cuanto quisieres me di;
 Que en oír te pago atento...

T. XIV.

CELAURO.

¿Qué?

LELIO.

Pago el neutral contento
 De que Libia me oiga á mi.

CELAURO.

A Dóris (¡qué confusion!)
 De parte de Aníon hablé.

LELIO.

Tambien yo á Libia; mas fué
 De parte de mi afición.

CELAURO.

Que esta noche la respuesta
 En el jardín me daría,
 Dijo.

LELIO.

A mi Libia de día.

CELAURO.

No solo mi pena es esta,
 Que á Ismela llegué rendido,
 Y tambien se enfureció.

LELIO.

Fuérate, como hice yo,
 Sin darte por entendido.

CELAURO.

Colérica...

LELIO.

Estotra brava...

CELAURO.

No oyó aun mis voces primeras.

LELIO.

Llamárasla sorda, y vieras
 Como de estilo mudaba.

CELAURO.

Véte, bárbaro, de aquí;
 Que sin tí, con mi dolor
 Hablaré á solas mejor,
 Ya que tan triste nací
 Que no tengan mis cuidados
 Con quien hablar de otros modos.

LELIO.

Paciencia, señor; que todos
 Estamos enamorados,
 Y nos hemos de sufrir,
 Sin hallar, si yo me fuera,
 Ni tú otro que te sirviera,
 Ni yo otro á quien servir. (Vase.)

ESCENA XVIII.

CELAURO.

De cuantos disfamaron,
 Obscura noche fría, [ron
 Tu lóbrega estacion, á quien nombra-
 Emula infausta de la luz del día,
 Te ha de desagrar la pena mía;
 Pues á pesar del sol verás que nombra
 Mi fortuna su oráculo tu sombra,
 Alumbrándome en ella [lla,
 Aun mas que todo el sol, sola una estre-
 Que grata me responda: [da.
 Y mas que á nunca ver el sol se escon-
 Duélete pues ¡oh noche! de una vida,
 De tan contrarios vientos combatida,
 Que á morir ó vivir se arroja expuesta
 A la equivoca voz de una respuesta,
 Y no porque deseo
 Mas vivir que morir, segun me veo
 A todo prevenido,
 Sino por fallecer de una vez, pido
 A tu deidad que el arrugado velo
 Borre con negra tez la azul del cielo.
 Desciende pues, y para mas obscura,

Vistete del color de mi ventura.

Mas ¡ay! que necio invoco [co;
 A quien mi ruego ha de estimar en po-
 Pues aunque no la ruegue, [que
 De oficio es fuerza que por si despie-
 El ceño de sus páldas tinieblas,
 Con que en este horizonte, [monte.
 Ni el valle es verde ya, ni pardo el
 Bien me parece que acercarme puedo
 Al templo. ¿Quién llevó valor y miedo
 A un tiempo tan iguales?
 Mas ¿quién pudo llevar bienes y ma-
 Tan á un tiempo tampoco? [les
 La yerba apénas con la planta toco.
 ¡Oh qué cobarde pisa una fortuna
 Siempre infeliz! (Vase.)

Tránsito del templo de Diana al jardín.

ESCENA XIX.

ISMELA.

Si el orbe de la luna
 Dosel es de Diana,
 Si la noche su imperio, y las estrellas
 Su vasallaje son, no con liviana
 Satisfaccion, no con erradas huellas
 En su favor me vengo á valer dellas.
 Fúnebre tropa, ¡oh tú! que vas huida
 Del sol, tu alta deidad está ofendida:
 Yo la ofendi fiada en la esperanza
 De que Aristeo la daría venganza.
 Deshízose el intento [to,
 Por la inconstante condicion del vien-
 No porque Vénus, diosa de la espuma,
 Turbase el mar, cual dije, ni presuma
 Que han menester sus cóleras violentas
 Que haya milagros para haber tormen-
 [tas,
 Siendo en el puerto, el golfo y en la
 [playa
 El milagro mayor que no las haya.
 Y pues de mi sin culpa está agravada,
 De mí á mi riesgo se ha de ver vengada.
 Sed pues testigos, si la reverencio;
 ¡Oh noche obscura, oh tímido silencio!
 En el altar que puro ostentó honores,
 ¿La infiel diosa no está de los amores?
 Pues si una dél se vió desposeida,
 Ultrajada y rompida,
 Véase otra robada,
 Y en términos rompida y ultrajada.
 Veá si al verla desaparecida
 El vulgo, cré que es darse por vencida,
 Dejando, como ménos soberana,
 Desocupado el trono de Diana, [plo
 Y dejando tambien yo al mundo ejem-
 De celo, amor y fe. (Vase.)

ESCENA XX.

CELAURO.

Pues ya del templo
 La puerta abrí, abra ahora la que pasa
 Al jardín. Ruido siento, y á la escasa
 Luz de trémula lámpara que densa
 Apénas un crepúsculo dispensa,
 A medio viso, como que agoniza,
 Temiendo siendo lumbre ser ceniza,
 Subir las gradas veo
 Una mujer. Bien lo que dudo creo,
 Pues creo que llegar al trono pudo,
 Y que pudo quitar la estatua dudo;
 No porque no es pequeña,
 Sino por admirar en qué se empeña.
 Con ella carga, y hácia el claustro vuel-
 [ve.
 Atienda á ver qué es lo que hacer re-
 [suelve.

ESCENA XXI.

ISMELA, con un idolo de Vénus, de bronce, sin ver á CELAURO.

ISMELA.

Pues mi fuerza no basta á deshacella,
Para que nadie rastro encuentre della
La arrojaré en la sima
En cuyo centro nadie á entrar se anima.
Y pues cerrar no puedo ahora la puerta,
Hasta volver, fuerza es dejarla abierta.
(Vase.)

CELAURO.

Tras ella iré. Mas no; que no quisiera
Que otra me viese ó que ella me sintie-
Mayormente no yendo [ra,
Hacia el jardin. ¿Y para qué pretendo,
Por lo que no me importa, [do,
Lo que me importa aventurar, perdién-
Vencida ya la noche, la edad corta
Que resta para el día?
Volveré hacia el jardin (¡ay Dóris mia!)
A saber tu respuesta.
¿Pero gran flojedad no será, ó poca
Curiosidad, que novedad como esta
Se quede sin saber? Mas ¿qué me toca?
Bien que no sé qué influjo de mi estre-
[lla
Mas que mi amor me mueve: iré tras
[ella.

(Al entrar él, sale Ismela, encuéntranse los dos, y él se cubre el rostro con una banda.)

ISMELA.

(Para sí. Cierre ahora la puerta.)
Mas... ¿Quién va?

CELAURO.

No va nadie.

ISMELA.

(Ap. Yo estoy muerta.)

Hombre ó fantasma, ó quien eres,
¿Cómo aquí (Ap. ¡El cielo me valga!)
A estas horas estás?

CELAURO.

¿Cómo,

Mujer ó sombra ó fantasma,
En este sagrado tú
Tambien á estas horas andas?

ISMELA.

Yo en mi casa estoy.

CELAURO.

Pues yo

En la ajena.

ISMELA.

Esa arrogancia
Llamaré quien la castigue.

CELAURO.

(Ap. ¡Cielos! yo conozco esta habla.)
Llama norabuena; pero
Advierte ántes que si llamas...

ISMELA.

¿Qué?

CELAURO.

Que llamas de camino
A quien castigue la osada
Accion de haber dese altar
Quitado á Vénus la estatua;
Que todo lo he visto.

ISMELA. (Ap.)

¡Ay triste!

Que aunque diga que el llevarla
Fué para adorarla, ya
No me es posible sacarla
De donde la eché.

CELAURO.

¿Enmudeces?

ISMELA.

No, porque cuando (¡qué ansia!)
Lo digas, diré tambien
Que su sagrado profanas,
Y te quitarán la vida.

CELAURO.

(Ap. Ismela es, si no me engaña
La voz, y así he de apurarlo.)
Pues calle yo si tu callas,
Y adios, bella Ismela.

ISMELA.

Espera;

Que conocida y nombrada
De ti, tengo de saber
Tambien yo, ántes que te vayas,
Quién va dueño de un secreto
En que me van vida y alma.

CELAURO.

No lo intentes, porque yo
No he de decirlo.

ISMELA.

Repara

Que si el partido es igual
De que calle pues tú callas,
Se desiguala el partido
Llevando tú la ventaja
De poder decirlo todo
Sin poder yo decir nada:
Y así he de saber quién eres
Para quedar resguardada
De mi secreto en el tuyo.

CELAURO.

Para ese resguardo basta
Saber, Ismela, que soy
Noble yo, y que tú eres dama,
Y no has de perder por mi.

ISMELA.

Todo eso el temor no salva;
Que no asegura que es noble
Quien nombre y rostro recata,
Y mas á una dama á quien
La deja mal confiada
De su verdad.

CELAURO.

Quizá es

Esto por asegurarla
De que en sabiendo quien soy
No entre en mas desconfianza.

ISMELA.

Ya esa es enigma que pone
Mas deseo en apurarla,
Y no has de irte sin que yo
Sepa quién eres.

CELAURO.

Repara

Tú tambien que ya la noche
Huyé, vencida del alba:
Y pues á su media luz
Es fuerza, si aquí nos hallan,
Que ambos secretos se pierdan,
Adios, adios.

ISMELA.

Oye, aguarda;

Que aunque se aventure todo,
No he de quedar obligada
A guardar dos vidas yo
Sin ver quien una me guarda.

CELAURO.

¿Dos?

ISMELA.

Sí.

CELAURO.

¿Cuáles son?

ISMELA.

La tuya
Y mas la de la que ingrata

Te da estos atrevimientos:
Con que si tú me restauras
De una culpa, de dos yo
Te restauro á ti.

CELAURO.

Te engañas,

Pues con decir que eres tú,
Vendrás tú á tenerlas ambas.

ISMELA.

¿Cómo dices que eres noble,
Si te defiendes y amparas
Ya de vil mentira?

CELAURO.

Como

Quizá es verdad. (Ap. ¡Ay amada
Dóris! Esto es prevenir
El que en sospecha no caiga,
Si el dia dice ser tú
La que en el jardin aguardas.)

ISMELA.

Ser yo y guardarte de mi
Hace tan gran repugnancia,
Que ella misma te desmiente:
Y así, con mayor instancia
Me importa saber quién eres.

CELAURO.

¿Y cómo saberlo aguardas?

ISMELA.

Pues me favorece el dia,
Quitando al rostro la banda.
(Quítale la banda del rostro.)

¿Celauro es! ¡Valedme cielos!

CELAURO.

¿Ves si bien te aseguraba
Que en viéndome habías de entrar
En mayor desconfianza?

ISMELA.

(Ap. ¿Qué haré, cielos? Mas ¿qué puedo
Hacer cuando, á la garganta
El agua, todo va á pique,
Sino asirme de la espada?)
Celauro, de nuestra diosa
El celo (la voz me falta)
Me movió (el labio entorpece)
A que (el aliento desmaya)
Viendo perdido (¡qué pena!)
El socorro (¡qué desgracia!),
Robase (el corazon tiembla)
De Vénus (¡qué horror!) la estatua,
De Diana (¡qué congoja!)
En desagravio (¡qué rabia!),
Para que fuese (¡qué injuria!)
Otro ultraje su venganza.
Con que yo... sí... cuándo... ¡Ay triste!

CELAURO.

Pues ¿de qué es turbación tanta,
Si te aseguras con solo
Volver la imágen al ara?

ISMELA.

¡Ay, que no puedo! Y así,
Pues mas obliga que agravia
Un noble afecto rendido,
Mi infelice vida ampara,
Que aborrecida de mi,
Llega á ponerse á tus plantas,
Morir es fuerza, si tomas
De mis reñores venganza,
Diciendo que por mi vienes
Y por mi la imágen falta.
Humilde pues...

CELAURO.

No prosigas;

Que es nueva especie de infamia
Dejar pedir lo que es fuerza
Que uno por sí mismo haga.

Yo soy quien soy, y te doy,
Testigos haciendo á cuantas
Deidades contiene el cielo,
La fe, la mano y palabra
De que ni lo uno ni lo otro
Jamás de mis labios salga.

ISMELA.

En esa confianza... Pero
Gente ya en los claustros anda.
Véte, véte, mientras yo,
Saliendo al paso, hago espaldas
A tu fuga.

CELAURO.

Adios.

ISMELA.

Adios.

(Ap. ¿Quién, cielos, imaginara...

CELAURO. (Ap.)

¿Quién imaginara, cielos...

ISMELA.

Que mis iras...

CELAURO.

Que mis ansias...

ISMELA.

Se hayan convertido en que
De mi enemigo me valga?

CELAURO.

Se hayan trocado en que yo
Sin ver á Dóris me vaya?

LOS DOS. (Ap.)

¡Ay de quien deja honor, vida y alma,
Pendiente hasta ver si es ventura ó des
[gracia!

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

ANFION, empuñando la daga, tras de
ISMELA, DÓRIS y LIBIA, y otras
SACERDOTISAS, que salen huyendo; y
deteniéndole, CELAURO, LIDORO,
LELIO y GENTE.

UNAS.

¡Piedad, dioses!

OTRAS.

¡Favor, cielos!

CELAURO.

Señor...

LIDORO.

Señor...

ANFION.

Quita, aparta;

Que todas han de morir
A los filos desta daga,
Si no me dicen cuál es
La que ha quitado la estatua.

TODAS.

Ninguna lo sabe.

ANFION.

¿Cómo

Ninguna, si es cosa clara
Que no pudo ser de fuera
El que allí entrase á robarla?
¿Cerrado el templo no estuvo?

TODAS.

Sí estuvo.

ANFION.

Luego de casa

Es la sacrilega aleva

Que la tiene y que la guarda,
Mayormente cuando veo
Entre esa vil tropa ingrata
Alguna que contra Venus,
Siempre en favor de Diana
Se mostró. Pero no quiero
Que parezca el condenarla
Violenta pasión, sinó
Justicia igual: y así, hasta
Que al trono se restituya,
Y la que fuere, del ara
Manche el jaspe, el mármol tiña,
Y humano holocausto arda,
No han de templarse las iras
De mi furia, de mi rabia;
Tanto, que porque una no
Pueda escapar de mi saña,
Habeis de perecer todas.

DÓRIS.

Advierte...

LIBIA.

Mira...

ISMELA.

Repara

Que es suma justicia sumo
Rigor.

ANFION.

No me digas nada;

(Ap. Que ya sé que vencerás
Si tú del ruego te encargas.)

TODAS.

A tus plantas...

ANFION.

Ya otra vez

Perdonaron mis hazañas
Vuestras vidas: era mía
En aquel trance la causa;
Esta no es mía, es de Venus.

UNAS.

Señor...

OTRAS.

Señor...

ANFION.

Retírdlas,

No las vea, no las oiga,
Adonde ninguna salga
Hasta que entre si confieran
Y me entreguen la culpada,
O mueran todas.

LIBIA.

Aun bien

Que yo y Dóris la coartada
Probarémos; que estuvimos
En el jardín hasta el alba,
De que no habrá tulipán
Que no sea testigo.

ANFION.

Calla.

CELAURO. (Ap.)

¡Ay de quien no pudo en él
Verla, ni ahora disculparla!

DÓRIS. (Ap.)

¡Ay de quien aquí el indicio
Llora, y allá la tardanza!

(Vase.)

ISMELA. (Ap.)

¡Ay de quien en su enemigo
Ha puesto la confianza!

(Vase.)

LELIO. (Ap.)

¡Ay de quien se enamoró
Solo para que á su dama
Se la pasen á cuchillo!

(Vanse las sacerdotisas.)

ESCENA II.

ANFION, CELAURO, LIDORO, LELIO,
GENTE.

ANFION.

Celauro.

CELAURO.

Señor.

ANFION. (Ap. los dos.)

¿No acabas

De oír á una desas alevas
Que ella y Dóris hasta el alba
En el jardín estuvieron?

CELAURO.

Sí, señor.

ANFION.

Dime, ¿qué traza

En eso fundar podemos,
Para que no entre en la airada
Pena de todas?

CELAURO.

¿Qué mas

Que quererlo tú? (Ap. ¿Que haya
Trance en que pueda en un noble
Ser conveniencia la infamia
De sus celos!)

ANFION.

Yo quisiera

Que con industria ó con maña
Su exención se disimule:
No diga despues la fama
Que abandonó la justicia
Mi interes, pues entre tantas
Reservar una es dejar
Sabida la circunstancia.

CELAURO.

Entre dos en un delito
Indiciados, si se halla
Que uno solo fué agresor,
Piadosas las leyes mandan
(Ap. ¡Oh quién pudiese templar
De tanto rigor la instancia!)
Que se perdonen entrambos,
Teniendo por mas fundada
Razon que el culpado viva,
Que no que al suplicio vaya
El no culpado. Esta ley
Se ve en la guerra observada,
Pues cuando algun motin mueven
Muchos, ó un bando quebrantan,
Sortean á uno: con que puedes
(Puesto que un ejemplo basta
Para un delito) mandar
Que en una la suerte caiga;
Que no ha de ser luego en Dóris
Tan precisa la desgracia,
Que caiga en ella: con que
Sin nota su vida salvas
Y la opinion de cruel
Dejando a la soberana
Providencia de los dioses
El que ellos la eleccion hagan.
Y dado caso que sea
Ella la mas desgraciada,
Podrás, disponiendo que
Se eche llorosa á tus plantas,
Fingir tú que la piedad
Al enojo se adelanta,
Y perdonarla.

ANFION.

Bien dices.—

Lidoro.

(Llega Lidoro.)

LIDORO.

¿Qué es lo que mandas?

ANFION.

Mudar consejo el prudente
Dicen que es sentencia sabia,

Y así, mi cólera quiero
Que suspenda la amenaza
De que todas mueran, siendo
Quizá una sola culpada.
Pero para que no quede
El delito sin venganza,
Remitiéndome á los dioses
El que vuelvan por su causa,
Echese suerte entre todas,
Muera la que ellos señalan :
Quéjese de su fortuna,
No de mí ; y porque no haya
Sospecha de que en mi gente
(Que al fin es nación contraria)
Hubo maña, fraude ú dolo,
Asiste, Celauro, á echarla
Tú, pues con esto verán
Que hay quien justicia las guarda.
Y oye aparte. (Ap. á él. Si pudieras,
Sea dolo, fraude ó maña,
Hacer la suerte precisa
Para que en Dóris no caiga,
Hazlo así : mira que en Dóris
Me van amor, vida y alma.) (Vase.)

CELAURO. (Ap.)

¡Cielos! ¿á quién se ha pedido
Que dé la vida á su dama,
Sino á mí? Pero ¿á quién, cielos,
Se ha pedido que el guardarla
Sea para verla ajena?

LIDORO. (Á Celauro.)

Venid, pues Anfon lo manda,
A ser testigo de cuánto
Regularmente se trata
Esta accion entre nosotros.
(Vanse Lidoro y gente.)

ESCENA III.

CELAURO, LELIO.

CELAURO. (Ap.)

¿Quién se vió en confusion tanta,
Persona que hace y padece?
Pues si á Dóris (¡pena extraña!)
No toca la suerte, es fuerza
Que Anfon del poder se valga
Contra mi amor; si la toca,
Es fuerza tambien que haga
Mérito de la fineza
Que ha de hacer en perdonarla :
De suerte que contra mí
Resulta, salga ó no salga,
Ser desgraciada la dicha
O dichosa la desgracia,
Sin que para uno ni otro
Pueda servirme de nada
El que sepa yo quién es
Quien tanto escándalo causa. (Vase.)

ESCENA IV.

LELIO.

Aquí entro yo. Fortunilla,
Siempre fiera, siempre infausta,
Siempre necia, siempre loca,
Y siempre... A decir *borracha*
Iba; pero no mereces
Verte en dignidad tan alta.
¿Qué será de mí ¡ay de mí!
Si á Libia la suerte alcanza,
O no la alcanza la suerte?
Cuando de lo uno se saca,
Que si no hace caso della,
No es persona de importancia;
Y sobre mal empleado,
Perderé dicha tan rara
Como ver en vivo fuego
Hecha polvos á mi dama;
Y lo otro, que si hace caso,

Perderé tambien la gana
Que tengo de verla mia
Para matarla á patadas,
Que es el último desquite
Que tienen los que se casan :
Con que, salga ó no, es preciso
Que diga...

ESCENA V.

LIBIA. — LELIO.

LIBIA.

A los cielos gracias,
Que ya me libré del susto.

LELIO.

¿Qué es eso, Libia?

LIBIA.

Que echada
La suerte, escapé por dicha.

LELIO.

¿Y en quién cayó la desgracia?

LIBIA.

Hasta ahora no lo sé,
Porque todavía se andan
Brujuleando las que quedan.

LELIO.

¿Y cómo saberlo aguardan?

LIBIA.

Echáronse en una urna
Muchas cedullitas blancas,
Y una escrita, que decia,
«Esta es la desdichada.»
Después que se barajaron,
Porque no haya engaño ó trampa,
Ni nadie pueda quejarse
Sino de sí misma, mandan
Que cada una por su mano
Sacando una suerte vaya,
Hasta que en la que sacare
La escrita, la pena caiga.
Llegué yo, saqué la mia,
Salí en blanco, aunque no en blanca
Mano (que tambien hay duelo
Que negras manos no agravian) :
Con que ya libre, escapar
Pude, dando al cielo gracias
De haber salido del susto.

LELIO.

Yo tambien, Libia; que estaba
Pendiente el alma de un hilo,
Si hacen calcetas las almas.

LIBIA.

Ismela por aquí viene
Libre tambien.

ESCENA VI.

ISMELA; después, DÓRIS Y GENTE. —

LELIO, LIBIA.

ISMELA. (Ap.)

¿Cuánto engañas,
Oh fortuna, á quien previno
Su oráculo en tus mudanzas!
Digalo yo, pues que siendo
Yo la cómplice, me sacas
Libre del peligro, y dejas
En el peligro empeñada
A la que inocente diga...

DÓRIS. (Dentro.)

No era menester que hablaras,
Suerte, para decir que
Yo soy la mas desdichada.

ISMELA.

La voz de Dóris es esta.
¿Qué dolor!

UNOS. (Dentro.)

¿Qué pena!

LIBIA.

¿Qué ansia!

LELIO.

¡Pobre Celauro! ¿Quién te hizo
Testigo de tu desgracia?

ISMELA.

¿Qué le va á Celauro en eso?

LELIO.

No le va, señora, nada;
Que ántes le viene gran pena.

ISMELA.

¿Por qué?

LELIO.

¿Qué sé yo? ¡Mal haya
Mi lengua!

LIBIA.

Amen.

ISMELA.

Pues yo tengo

De saberlo.

LIBIA. (Ap. á él.)

Infame, calla.

(Hace señas Libia á Lelio de que calle,
y Ismela repara en ellas.)

ISMELA.

¿Qué señas son esas, Libia?

LIBIA.

¿Yo señas?

ISMELA.

Prosigue, habla :

Di, ¿por qué?

LELIO.

Porque se tienen

Simpatía las dos casas
Desde que un abuelo suyo,
Saliendo de una batalla
Victorioso, á un Lauro dijo :
« ¡Ce, Lauro! » Los que allí estaban,
Viendo que el Lauro se hacia
Sordo, dijeron : « ¿Qué aguardas
Para que sus sienas dores? »
Con que se hizo la alianza
De los Celauros de Armenia
Con las Dóris de Tesalia,
Y así, sentirá ser Dóris
La infeliz. Esta es la causa;
Y por si fuere otra, voy
Con tu licencia á buscarla. (Vase.)

ESCENA VII.

ISMELA, LIBIA.

ISMELA.

Libia, las locuras deste
Y tus señas me declaran
Que hay algun secreto en esto,
Que te obliga á que le hagas
Callar, forzándole á que
Diga necedades tantas.

LIBIA.

Yo no sé nada, señora.

ISMELA.

Dóris, ya la suerte echada,
Ha de morir : mejor soy,
Libia, si bien lo reparas,
Viva yo, que muerta ella,
Para amiga.

LIBIA.

No sé nada.

ISMELA.

Mira que me importa mas
Que piensas el que yo salga
De una duda.

LIBIA.

No porfíes;

Que no diré, si me matas,
Que á Dóris Celauro adora,
Que á Celauro Dóris ama,
Y que porque él no lo diga,
Quitándome á mi la gana
Que tenia de decirlo,
Segun reventando estaba,
Le decia que callase.

ISMELA.

¿Qué me dices!

LIBIA.

Lo que pasa.

ISMELA.

¿Celauro á Dóris?

LIBIA.

Por señas,
Que el quedarse desmayada
Una noche, fué creyendo
Que muerto Celauro estaba;
Y por señas de que anoche,
Como ya dije, hasta el alba
En el jardín esperando
Estuvimos á que entrara,
Como suele, por el templo,
Y no entró.

ISMELA.

Ya eso me basta

Para salir de una duda
Y entrar en muchas. (Ap. Tirana
Fortuna, ¿á qué mas extremo
Pudo llegar tu inconstancia,
Que hacer dueño de un secreto
A un hombre que es fuerza que haya
De dar vida á su enemiga,
O ver dar muerte á su dama?
¿En grande peligro, cielos,
Estoy!)

LIBIA.

Dóris, mal hallada

Con su suerte, como muchas;
Celauro con su esperanza,
Como muchos, mal contento,
Sin hablarse una palabra,
Enternecidos los dos,
Solos han quedado.

ISMELA.

No hagas

Reparo en ellos, y vén
Conmigo por otra estancia;
Que hay mucho en que hablemos, Libia,
Las dos.

LIBIA. (Ap.)

¡Oh, quiera Doña Ana

O Doña Venus (que á mi
Basta cualquiera) no salga
Desta junta un nuevo amor
De que ser yo secretaria!

(Vanse las dos.)

ESCENA VIII.

DÓRIS, CELAURO.

DÓRIS.

Más siento, Celauro, verte
Las lágrimas en los ojos,
Que todos cuantos enojos
Me pudo acarrear la suerte.
No te enternezca mi muerte;
Que yo desde anoche puedo
Decir que la perdí el miedo;
Que el día que así me olvida
Tu amor, no quiero la vida.

CELAURO.

¡Ay Dóris! tan sin mi quedo
Al mirarte, que no sé

Qué responder á esa queja;
Y pues entender se deja
Que libre un punto no esté
Quien prisionero se ve,
Culpa á Anfion, y no á mi:
El me detuvo, y así,
(Ap. ¡Quién declararse pudiera!)
No ser justo, considera,

Se sienta, cuando tenemos
Tantas cosas que sentir.

DÓRIS.

¿Quién te ha dicho que el morir
Trae mas sensibles extremos
Que el presumir que nos vemos
Olvidadas las mujeres?
Y si consolarme quieres,
Pues lo mas es que he sentido,
Consuélame de tu olvido,
Y adios.

CELAURO.

No llores; que no eres
Tú quien mueres, sino yo;
Ni la olvidada tampoco,
Sino yo tambien, que loco
De celos moriré.

DÓRIS.

No

Sé que hasta hoy ninguno vió
Que celos quien muere dé.

CELAURO.

Hoy yo tampoco lo sé;
Mas sé que tú vivirás
Y yo moriré.

DÓRIS.

¿En qué vas

Fundando ese truco?

CELAURO.

En que

Es mas infeliz mi suerte
Que la tuya: bien mostrando
Lo está el que yo viva, cuando
Tú estás condenada á muerte.
Yo fui quien á Anfion di (advierte)
Medio con que darte pueda
La vida, cuando suceda
El caer la suerte en tí.
Ya sucedió: mira si
Causa de morir me queda,
Pues de Anfion adorada,
Y de mi, Dóris, perdida,
Siendo quien pone tu vida
A su fineza obligada,
Fuerza es temerte mudada;
Que aunque movió la cuestion
Ciega desesperacion
De cuándo daria mas pena,
Muerta una dama ó ajena;
Es tan fina mi pasion,
Que ella modo le advirtió
Con que dél vida recibas;
Que á precio de que tú vivas,
¿Qué importa que muera yo?
No me lo agradezcas, no;
Y pues el modo ha de ser
Darte lugar de poder
Llegar á sus piés rendida,
Triste, llorosa, afligida
Para dar él á entender
Que tu llanto le ha movido²,
Dóris, y no su pasion,
A que te otorgue el perdon,
Que te consueles te pido,
Pues la suerte no ha caido
De morir tú, sino yo.

¹ Falta el último verso de esta décima.² Desde aquí, hasta *Te hizo dueño de mi vida*, inclusive, hay en lugar de una décima una combinacion de doce versos.

DÓRIS.

No desconfíes; que no
Porque mi vida le pida
Y dél sea concedida,
Podré yo disponer della,
Supuesto que ya mi estrella
Te hizo dueño de mi vida.
Vivamos pues, y esperemos,
Tú en amar, yo en resistir.

CELAURO.

¿Quién te ha dicho que es vivir
Vivir entre dos extremos
Tales?

DÓRIS.

Pues si en ambos vemos
Que tu vida amenazó
Que yo la pida ó que no,
¿Para qué la he de pedir?
Que habiendo tú de morir,
¿Para qué he de vivir yo?
Y así, el medio que buscaste
Contra mi estrella cruel,
No habiendo yo de usar dél,
Presume que no le ballaste,
Y que no me ofenda baste;
Que ¿quién finezas llevó
De otro á su dama?

CELAURO.

Quien vió

Que su dama á morir iba:
Y á precio de que ella viva,
¿Qué importa que muera yo?

DÓRIS.

Pues si esto no basta, advierte
Otra razon tú.

ESCENA IX.

LIDORO, SOLDADOS. — DÓRIS,
CELAURO.

LIDORO.

Llegad,

Y un velo al rostro le echad,
En fe de que es la que á muerte...

CELAURO.

¡Duro trance!

DÓRIS.

¡Pena fuerte!

LIDORO.

Lleva el hado destinada:
Y venid, porque adornada
De lutos pueda llegar
Donde entre pira y altar
Ha de ser sacrificada.

(Echan á Dóris un velo en el rostro.)

CELAURO.

Lidoro, escucha.

LIDORO.

¿Qué quieres?

CELAURO. (Ap. á Lidoro.)

Orden tengo de Anfion
Para que en esa ocasion,
Cuando cercano le vieres,
La dejes como pudieres,
Sin nota, echarse á sus piés.

LIDORO.

Lo mismo, Celauro, es
Lo que me ha ordenado á mi
Cuando noticia le di
De que Dóris era.

CELAURO.

Pues

Hazlo asi.— ¿Quién, cielos, vió?...
(Lidoro y los soldados se llevan á Dóris.)



Mas deje la queja esquivá ;
Que á precio de que ella viva ,
¿ Qué importa que muera yo ?

ESCENA X.

ANFION. — CELAURO.

ANFION.

Celauro , pues ya llegó
El caso que prevenimos
Cuando los dos discurrimos
En dar vida á Dóris bella
Si la suerte caía en ella ,
Obremos lo que dijimos.
Ven al templo , donde creo
Que el riesgo me ha estado bien ,
Si obligando su desden ,
Agradecida la veo
En favor de mi deseo.

CELAURO.

¿ Quién dudará que lo esté ,
Si tan gran fineza ve
Que obra por ella tu amor ?
Que al dar la vida , señor ,
Ninguna dádiva sé
Que pueda igualar.

ANFION.

A tí

Te la debo yo , pues fuiste
El que el arbitrio me diste.

CELAURO.

(Ap. Mejor dijeras que fui
El que le dió contra sí ;
Pero no ; que bien obró
En lo que dijo y calló
Mi siempre opinion altiva :
Y á precio de que ella viva ,
¿ Qué importa que muera yo ?)
Mas ¿ qué es esto ?

(Dentro cajas destempladas.)

ESCENA XI.

LELIO. — DICHOS.

LELIO.

Que arrastrando
Negros lutos , y despues
Al compas de destempladas
Cajas , ir Dóris se ve ,
Si no por su pié á la pila ,
A la pira por su pié.

ANFION.

Salgamos , Celauro , al paso ,
Para que pueda mas bien
Lidoro hacer la deshecha ,
Como yo se lo mandé
Y tú preveniste.

CELAURO. (Ap.)

¿ Ay triste !

Que lo que previne fué ,
Por ser con ella piadoso ,
El ser conmigo cruel.

(Las cajas , y suena dentro ruido.)

ESCENA XII.

DÓRIS , LIDORO. — ANFION ,
CELAURO , LELIO.

DÓRIS. (Dentro.)

Soltad , tiranos.

LIDORO. (Dentro.)

Tenedla ,

Antes que á vista del Rey
Pueda llegar.

ANFION.

¿ Qué es aquello ?
(Sale Lidoro.)

LIDORO.

Que del militar tropel
Que la lleva , desasida ,
Sin que la impida el no ver ,
Por transparente el cendal ,
El descubrirte , y sin que
Los que la cercan , la puedan
Resistir ni detener ,
Hacia aquí viene , señor.

ESCENA XIII.

Sale DORIS huyendo con el velo echado ,
Y SOLDADOS tras ella ; despues , LIBIA Y
SACERDOTISAS. — ANFION , CELAURO.
LELIO.

DÓRIS.

No es eso solo.

ANFION.

¿ Pues qué es ?

DÓRIS.

Querer los cielos que tome
El sagrado de tus piés ,
Facilitándome el paso .
Compadecidos de ver
Que muero inocente.

ANFION.

El llanto

Suspende , la voz detén ;
Que yo no pude hacer mas
Que haber hecho al cielo juez ,
Puesta tu suerte en tu mano. —
Llevadla , llevadla pues.
(Ap. á él. Dime , Celauro , si finjo
Bien la deshecha.)

CELAURO.

Y muy bien.

DÓRIS.

Ya que no por infeliz ,
Permiteme por mujer
Que pueda decirte , ¿ cuándo ,
Señor , dió fuerza de ley
A la suerte el que prudente
Supo en sus mudanzas ver
Que ceños de la fortuna ,
Contra la razon tal vez ,
Por salir con su dictámen
Suelen votar al revés ?
¿ Al condicional acaso
De un mal doblado papel ,
Que yo misma le elegí
Sin saber lo que habia en él ,
Se ha de dar crédito , mas
Que á la lástima de quien
En su abono hace testigo
A todo el cielo tambien
De que no cometió el robo ?
Y cuanto , señor , á haber
Puesto mi suerte en mi mano ,
¿ Qué prueba contra mí ? Pues
Antes prueba en mi favor ;
Que en manos de una mujer
Desdichada antes , no es mucho
Prosiga el serlo despues.
Y cuanto...

ANFION.

No mas : de aquí
La llevad. (Ap. á Lidoro. No la lleveis.)
(Ap. á Celauro. Dila tú que ruegue mas.)

CELAURO.

(Ap. A mi pesar lo diré.)
Prosigue , pues mi pesar ,
Viviendo tú , es mi placer.

DÓRIS.

Señor , si yo...

ANFION.

Baste , baste.
DÓRIS.

¿ La espalda vuelves ? Mas ¿ qué
Me aflige ? Que todo es rostro ,
Y no tiene espalda el Rey.

ESCENA XIV.

ISMELA. — DICHOS.

ISMELA.

(Ap. Aunque aventure el quedar
Obligada á agradecer
Lo que haga por mí , sabiendo
Que Anfion me quiere bien ,
Algo he de hacer por Celauro ;
Que mas es lo que hace él
En guardar contra su dama
Mi secreto.) Si á tus piés
Un ruego mas , ya que no
Mérito haga , puede hacer
Número , á ellos te suplico...

ANFION. (Ap.)

¿ Qué es lo que mis ojos ven ?
¿ No es esta la que yo adoro ?

ISMELA.

Que ya que á lograr llegué
La primera vez tu agrado ,
Le logre segunda vez ;
Que en ánimos generosos
Dignos de eterno laurel ,
Es de una merced el fin
Principio de otra merced.
Si por mí vivieron todás
Quando á Vénus aclamé ,
Supuesto que no se sabe
Que ella la agresora es ,
No por un acaso deje
De vivir Dóris tambien.
Su vida en nombre de todas
Te pido humilde.

ANFION.

(Ap. No sé

Lo que me sucede. ¿ Cielos !
¿ Si son dos de un parecer ?
Entre la noche y el dia
Confuso me llego á ver.
Allí el nombre todo es sombras ,
Aquí todo es rosicler
El semblante ; mas si es sol ,
¿ Qué mucho , á desvanecer
La oposicion de la niebla
Se venga la luz tras él ?
¿ A cuál creré de las dos ?
Pero ¿ qué lo dudo , qué ,
Si tan cerca el desengaño
Está ?) Ese velo corred
Al rostro desa infelice.

CELAURO.

Esto es , llegándola á ver ,
Honestar lo compasivo.

ANFION.

¿ Qué miro ! ¿ Tú no eres quien ,
Osadamente soberbia
Y atrevidamente infiel ,
Contra Vénus á Diana
Disculpaste ? Mira si es
Acaso el haber caído
La suerte en tí , ó si es haber
Concurrido todo el cielo
De tu fortuna al desden.
El te condena , no yo ;
Que su claro azul dosel ,
Que espejo es de la verdad ,
No habia de empañar la tez
En la inocencia , pudiendo
En la malicia mas bien.